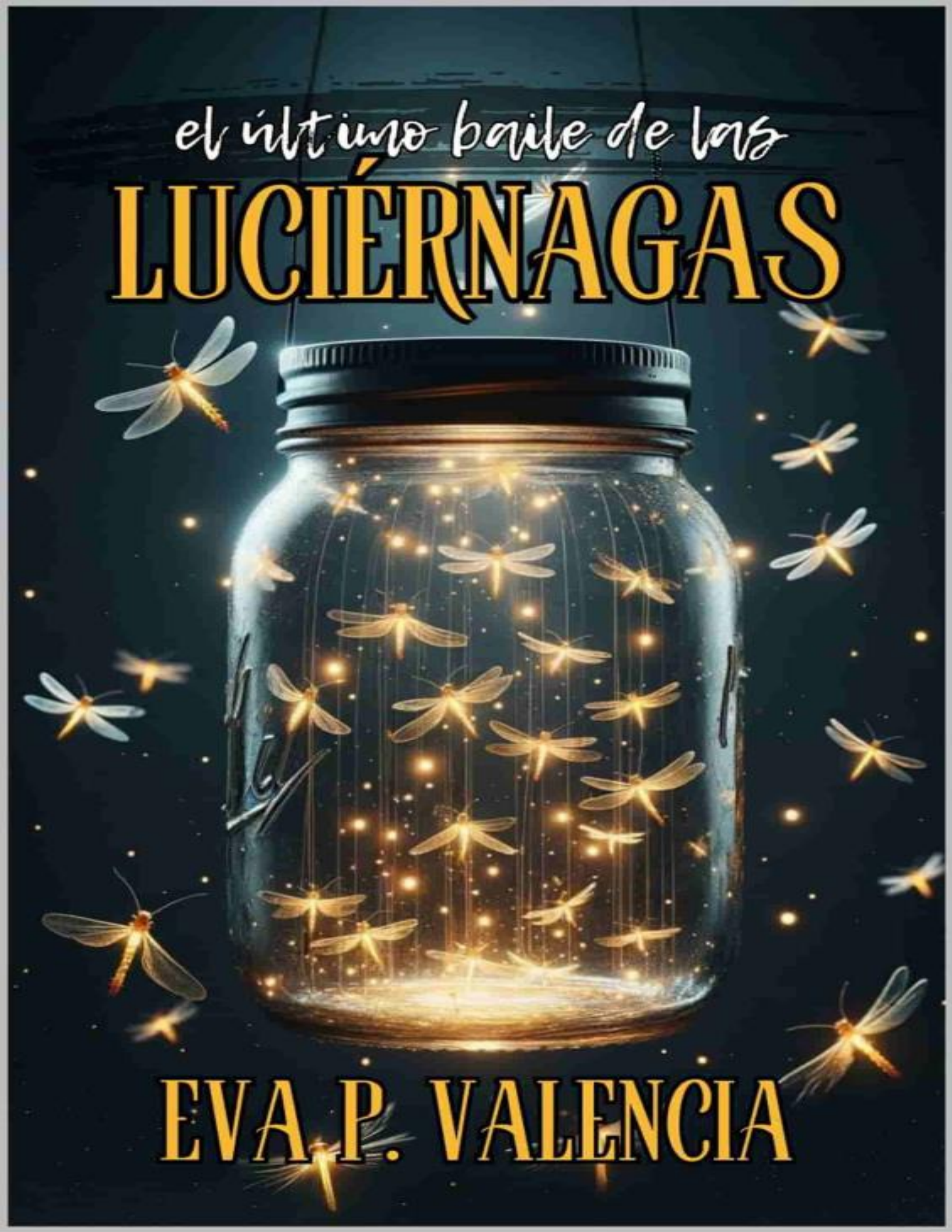
el último baile de las

LUCIÉRNAGAS



EVA P. VALENCIA

el último baile de las LUCIÉRNAGAS

EVA P. VALENCIA

El último baile de las luciérnagas

Derechos reservados © 2025, por:

© del texto: Eva P. Valencia

© de esta edición: Eva P. Valencia

© diseño de la cubierta: Eva P. Valencia

www.evapvalencia.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a **evapvalenciaautora@gmail.com** si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicatoria

A mi hijo, Aleix Subirà

“La venganza nunca es una solución,

es solo una cadena más que nos ata al pasado.”
MAHATMA GANDHI

“Las cicatrices son el tatuaje del sobreviviente.”
CARLOS RUIZ ZAFÓN

“Hay algo de belleza en la fragilidad,
y las luciérnagas lo saben.”
VIRGINIA WOOLF

Prólogo

Creo que todo sucede por algo, que no existen las casualidades. No recuerdo cuándo ni cómo conocí a Eva, solo que la portada de su hermosa Valentine me encandiló nada más verla. Al leer la sinopsis, me eché un poco para atrás, pues no me gusta el drama. Sin embargo, no podía dejar de pensar en esa mirada. Así que tuve que contactar con Eva a través de Instagram y preguntarle si terminaba bien, porque tampoco me agradan los finales tristes. Eva fue súper amable. Me invitó a conocer la historia y me remitió a las reseñas de la misma. No pude evitar leerla y quedar encandilada tanto por la pluma de la autora como por la mismísima historia.

Después leí *Tentación*, un thriller erótico, pues hasta ese momento el misterio era mi género favorito. Poco después, la portada de *Brooklyn* volvió a quitarme el sueño. Quizá fue el turquesa de la portada, mi color favorito, o la sinopsis: ese amor entre personas de dos mundos tan diferentes (el amor imposible tipo *Romeo y Julieta* es mi punto débil). ¿Otra señal del destino? Puede ser. Contacté con Eva para hacerme con un ejemplar y me envió detalles preciosos: un llavero, marcapáginas y una hermosa dedicatoria.

Con *Polvo de amor y huesos* volví a creer en la magia, pero fue la bilogía *Un millón de nosotros* la que convirtió a Eva en una de mis autoras favoritas, en una imprescindible. No puedo dejar de mencionar la bilogía *Celestial*, pues consiguió que leyera con una sonrisa pintada en la cara. Devoré la primera novela en un día y, cuando llegué al final… ¡sorpresa! Había que esperar a la segunda parte. ¿Sabes qué es contar los días para leer el desenlace? Una tortura que no se la deseo ni al peor de mis enemigos.

Eva es una todoterreno. Se atreve con fantasmas, policías, Las Vegas, drama, el romance más puro, erotismo, tentación… Sus historias atrapan y te obligan a devorarlas hasta llegar al punto final. Y con sus personajes sientes que los conoces de toda la vida. Son tan reales que acabas echándolos de menos. Pero hay algo más. Algo doloroso y, a la vez, excepcional: la necesidad de más. Cerrar el libro y sentir que falta algo en tu vida. No poder abrir un nuevo libro en días por lo que te remueven sus historias. Amar y odiar personajes. Ser uno más en sus historias. ¿Un mero espectador? No, Eva va más allá. Es dejarse la piel y el alma. Meterse en el centro de un tornado y dejar que la historia te ponga del revés. Es pura magia.

El día que vi la portada de *El último baile de las luciérnagas*, sentí de nuevo ese flechazo. Las luciérnagas me recuerdan a una película que me marcó: *Dragonfly*. ¿Otra señal? Tal vez. Mi primera reacción fue compartir el post de la portada y, al poco tiempo, Eva me propuso escribir este prólogo.

Al principio, supuso un sueño hecho realidad: ¡una de mis autoras favoritas me había pedido escribir el prólogo de su próxima novela! Un regalazo. Después, cuan-do puse los pies sobre la tierra, me atrapó la inseguridad. ¿Estaré a la altura? No lo sé. Lo único que tengo claro

es que Eva nunca defrauda, así que estás en el lugar indicado.

Feliz lectura,

Naiara Sánchez, escritora

TRES DÍAS. UN DESTINO.

Dos vidas entrelazadas Por un pasado oscuro.

Hope Deschanel, tras hallar una carta con matasellos de Oklahoma, se ve obligada a enfrentar un secreto que su madre ha mantenido oculto durante años.

Jamie Gordon, marcado por un doloroso pasado, busca venganza contra el hombre que le arrebató su familia, su futuro y todo lo que amaba.

Un último tren, un violento altercado con traficantes de drogas y la imparable sed de la verdad empujan a Hope y Jamie a compartir un viejo Chevrolet Chevelle del ’64, rumbo a un destino incierto. Lo que comienza como una huida personal se convierte en una búsqueda compartida de justicia, redención y respuestas, sin imaginar que cada milla los empuja hacia un desenlace que unirá sus vidas para siempre.

El último baile de las luciérnagas es una road trip de alto voltaje, un viaje inquebrantable hacia la verdad, donde el tiempo se agota, las emociones se intensifican y los secretos más oscuros finalmente salen a la luz.

Para que tu experiencia sea aún más "sensorial"



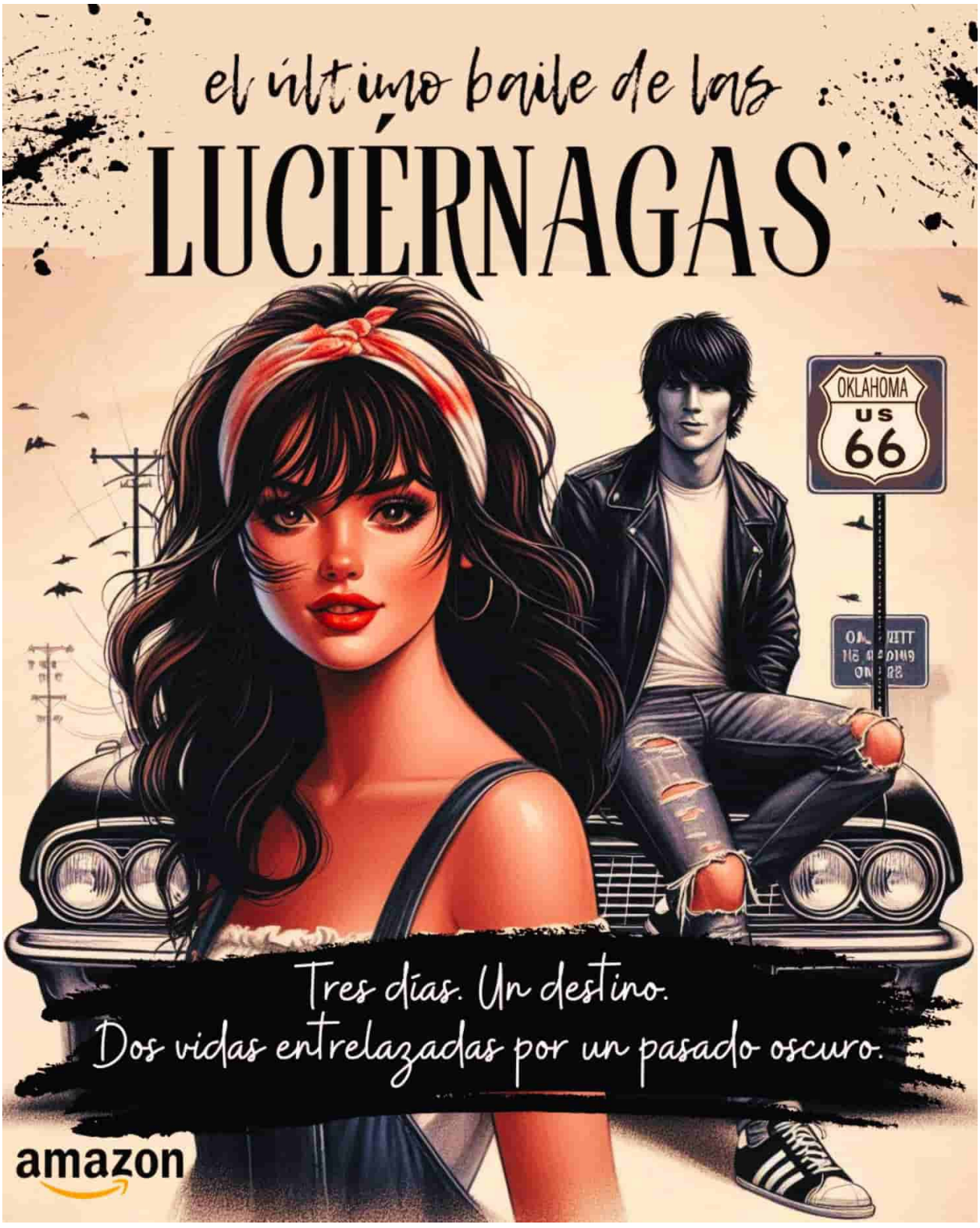
BOOKTRAILER

YouTube

PLAYLIST

Spotify




el último baile de las
LUCIÉRNAGAS
OKLAHOMA
US
66
Tres días. Un destino.
Dos vidas entrelazadas por un pasado oscuro.
amazon

1
Hope

18 diciembre de 2024
Union Station, Los Ángeles

Cuando menos lo esperas, sucede el milagro. O, en ese entonces, bajo la influencia de mis veintitrés años, prefería pensar que era cosa del destino, esa extraña y mágica idea de que los astros se alinean en una perfecta conjunción cósmica justo en ese preciso instante, cuando el tiempo parece detenerse y la razón se desvanece, para que dos almas, hasta ese momento desconocidas, se encuentren y se unan en una sola. Quizá suene algo cursi, tal vez me tachen de soñadora, pero, como siempre, a los hechos me remito. Y es que, cuando mi historia, nuestra historia, ocurrió, sucedió de una manera… tan imprevisiblemente real que ni yo misma podría haberla imaginado.

—¡No puede ser… no me está pasando esto a mí! ¡Es imposible que haya perdido el maldito tren…!

Ante mis ojos, como si estuviera protagonizando una de las escenas histriónicas y surrealistas de Eraserhead, las puertas correderas del Southwest Chief se cerraron con una lentitud tortuosa, dejándome fuera, en el andén, con la mano temblorosa aferrada al billete, mientras en la otra sostenía la maleta que, en ese momento, parecía un lastre insoportable, más pesada que nunca.

—¡Dios, no puede ser…! ¡No… puede ser…!

Me froté los ojos, con la absurda esperanza de borrar de mi mente aquella imagen tan nítida, tan dolorosamente clara. Negué con la cabeza, sintiéndome atrapada en un torbellino de confusión y desorientación, incapaz de procesar lo que acababa de suceder. La frustración creció en mí mientras mi respiración, entrecortada por la carrera frenética, me ahogaba y la desesperación golpeó mi pecho con tal fuerza que sentí como si algo dentro de mí se rompiera en mil pedazos.

Crash!

Mierda. ¡Oh, mierda…!

Mis ojos, hipnotizados, siguieron al tren, viendo cómo se alejaba sin poder hacer nada por impedirlo, contemplando a mi última esperanza para llegar a Oklahoma a tiempo.

Sonreí para mis adentros, por no echarme a llorar, pues, ironías de la vida, fui bautizada con el nombre de Hope, mientras que yo misma ya ni siquiera confiaba en el significado onomástico.

¿Esperanza?

¡¿En serio?!

De improviso, alguien pasó por mi lado como un vendaval, a grandes zancadas, corriendo

hacia el final del andén como si, al perseguir al tren, el maquinista de alguna manera lo detuviera en seco para que pudiera saltar al último vagón.

—¡Joder! ¡Me cago en mis putos muertos!

Dio una patada al aire, frustrado, y se frotó la cara con ambas manos, como si intentara deshacerse de la rabia. Luego pasó los dedos por su pelo negro, tan oscuro como una noche sin luna y sin estrellas, y al girarse, se topó con mis ojos azules, grandes como platos, y con mi cuerpo plantado en medio del andén como una lela.

Inmediatamente, me sostuvo la mirada durante unos segundos, con sus rasgados ojos recorriéndome de arriba abajo con una intensidad inquietante.

Cuando parecía haberse quedado satisfecho, o al menos eso creí, me soltó con una indiferencia desafiante:

—Ey, ¡se acabó el espectáculo!

—¿Disculpa?

Negó con la cabeza, y antes de soltar una risa burlona, empezó a caminar hacia mí, reduciendo rápidamente la distancia entre nosotros.

Mi respiración se aceleró, y justo cuando estaba a su lado, se inclinó y susurró en mi oído:

—Que dejes de mirarme así, Piernas, o me obligarás a lamer tus labios hasta borrarte esas ganas que me tienes de besarme.

Me quedé completamente paralizada, abriendo la boca sin poder emitir palabra alguna, ni siquiera una onomatopeya.

Pestañeé varias veces, sin dar crédito a lo que acababa de suceder, y sin pensar, me giré instintivamente, apenas sin poder reaccionar antes de verlo alejarse, con su paso seguro y arrogante. Bajé la mano al borde de mi falda tejana y traté de cubrir mis muslos con torpeza, sintiéndome tan expuesta, pero ¡era inútil!

Finalmente, cuando el rubor de mis mejillas atenuó lo suficiente como para que dejara de sentir que me estaba incendiando por momentos, logré articular un:

—¡¡¡Capullo!!!

La palabra emergió de mis cuerdas vocales con tanta fuerza que me quedé más ancha que larga.

O tal vez no tanto…

«Genial, Hope», me autoflagelé.

«Tarde como siempre.»

«Siempre tan tarde para las respuestas, para las reacciones y, cómo no, ¡para perder el último tren!»

2
Jamie

—Un café solo, por favor.

Me dejé caer en un taburete de madera oscura en la cafetería Philz Coffee, enclavada dentro de la bulliciosa Union Station, buscando algo sencillo y rápido que pudiera aliviar mi mente, aún aturdida, pues sentía como una neblina densa que apenas me dejaba discernir entre la maraña de oscuros pensamientos que me atormentaban.

Mientras esperaba mi pedido, mi mirada vagó sin rumbo, atrapándose en pequeños detalles: el tintineo de una taza al rozar su platillo, el silbido del vapor escapando de la máquina de expreso, y las notas casi imperceptibles de *Dreams* de Fleetwood Mac, disimulando los silencios incómodos entre las conversaciones cruzadas.

A mi alrededor, algunos se refugiaban tras las páginas de un periódico; otros, abducidos por las pantallas de sus teléfonos mientras, en la entrada del establecimiento, la chica del andén hacía su entrada estelar, luchando con una maleta casi tan grande como ella, al tiempo que sus ojos rastreaban con desesperación una mesa vacía.

Para su desgracia, y quizás también la mía, solo quedaba un lugar disponible, justo a mi lado.

«¡Vaya suerte la mía! ¡Qué afortunado soy!», me burlé en silencio, con una ironía mordaz que ni yo mismo me creía.

La chica del flequillo siempre perfecto se acercó a mí; su parecido con Katy Perry era asombroso, ¡casi como si fueran gemelas separadas al nacer! Sus ojos, de un azul gélido, contrastaban con su piel blanca e inmaculada, realzados por un maquillaje muy del estilo *effortless* (cuidadosamente equilibrado), que acentuaba su aire dulce y retro. Su melena negra, recogida en una coleta alta adornada con un lazo prominente, complementaba su atuendo de reminiscencias cincuenteras y sesenteras, consolidando una estética nostálgica.

Cuando la camarera me entregó el café, tomé la taza entre mis manos sintiendo el calor de la cerámica.

—Menuda coincidencia… —murmuré sin dejar de observarla cuando ocupó el taburete libre, más para mí mismo que para ella, y di un sorbo sonoro, dejando que el sabor amargo del café recorriera mi lengua.

No la miré a los ojos.

No era necesario.

De repente, una exclamación escapó de sus labios sin previo aviso:

—¡Oh, mierda! No es lo que parece…

Joder.

No pude evitar sonreír pues fue una de esas reacciones espontáneas, casi involuntarias, que salen del alma. Luego me giré y cuando por fin la miré, su rostro estaba completamente sorprendido, con los ojos abiertos de par en par, como si estuviera procesando algo más allá de lo

evidente.

«Sí, cielo, soy el mismo gilipollas del andén.»

Acto seguido, observé como su garganta se movió con una suave ondulación al tragar saliva apelmazada.

—Disculpa, yo… Buscaré otro sitio… —claudicó, se recolocó la coleta y se levantó, dispuesta a huir del incómodo escenario.

Salvo porque yo, sin apenas meditarlo (o mejor dicho, sin meditarlo en absoluto), la tomé suavemente por la muñeca antes de que pudiera despegar su trasero del asiento.

—No —manifesté con firmeza—. Este es un país libre. Puedes estar donde te plazca en todo momento.

Entonces, unos segundos de duda cruzaron su rostro mientras sus labios se humedecieron lentamente antes de que dejara escapar un suspiro.

—¿Qué vas a tomar, bonita? —le preguntó la camarera, interrumpiendo nuestro duelo de miradas.

Instintivamente, la morena de grandes ojos azules y ropa colorida sin obviar la minifalda que dejaban ver unas piernas largas y delgadas, se giró hacia ella para responderle con la voz aún aturullada:

—Un *turmeric latte*, por favor.

Mi ceño se frunció al instante. ¿Cúrcuma? ¿Cúrcuma en un café? ¿De verdad? ¡La idea de sustituir el café tradicional con esa especia dorada me resultó un sacrilegio!

—¿Para todo siempre eres tan *especialita*?

Juro que lo solté sin filtro, las palabras escaparon de mi boca como un torrente, vomitándolas sin siquiera detenerme a meditarlas. La guapa desconocida arqueó una ceja con una precisión casi quirúrgica, una expresión que rozaba la perfección del desdén. ¡Claramente, estaba ofendida!

—Obvio que no —contraatacó con un tono acerado, con su voz firme y sin el más mínimo temblor. Luego repiqueteó la barra con su manicura *nail art* que me resultaba de lo más divertida.

Su semblante permanecía gélido, aunque, para mi desconcierto, una leve sonrisa se asomó en la comisura de sus labios, como si esa pequeña grieta en su fachada estuviera burlándose de mis suposiciones.

¿La había ofendido o, por el contrario, encontraba divertida la situación?

Definitivamente, la mente de una mujer seguía siendo un enigma inescrutable, un rompecabezas que desafiaba toda lógica ni razón. Al menos para mí…

—No pretendo darte conversación —contraataqué— De hecho, nunca la doy.

—¡Anda, gracias! Entonces debería considerarme una excepción —dijo, dejando escapar un suspiro con un deje sarcástico que golpeó justo donde más dolía.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

¡Joder!

¡Peleona hasta la médula!

Cada palabra suya era una estocada precisa, y no pude evitar preguntarme si aquello era un defecto o una virtud. En ese instante, no tenía ni pajolera idea de cómo interpretar su conducta.

Pero algo era seguro: pronto lo averiguaría.

3
Hope

—Deja —insistió él, deslizando su mano con suavidad sobre la mía, deteniéndome justo antes de que alcanzara a pagar. El contacto fue breve, pero suficiente para que ambos lo notáramos. Sin apartar la mirada, colocó su teléfono sobre el datáfono con un gesto decidido—. Esta vez invito yo.

Me observó, arqueando ligeramente una ceja, como si intentara desentrañar algún misterio en mis intenciones. Tras un breve silencio que pareció alargarse más de lo necesario, mi respuesta brotó de mis labios, tan fría como inesperada, incluso para mí misma:

—Gracias, pero no habrá una próxima vez.

No esperé a ver su reacción; no tenía sentido alargar la estancia allí, pues nuestros caminos se separaban en ese punto.

No mucho después, sin despedirme, ajusté la correa de la maleta y me encaminé hacia la salida. Al pisar el exterior, la penumbra de la noche me devoró bajo un lienzo celeste salpicado de centelleantes estrellas.

Enrosqué la bufanda alrededor de mi cuello y dejé escapar un suspiro profundo. Un largo viaje me aguardaba, sin la menor idea de cómo iba a completarlo, pues el próximo tren con destino a Oklahoma no saldría hasta dentro de veinticuatro horas.

Debía encontrar un lugar donde pasar la noche. Sin perder tiempo, saqué mi teléfono y abrí rápidamente el buscador de Google. Fue entonces cuando me asaltó una realidad perturbadora: me encontraba en Los Ángeles y, además, en vísperas de Navidad. Por lo tanto, ¡necesitaba un milagro!

—Toma, se te ha caído el billete de tren en el suelo de la cafetería.

Unos pasos ligeros resonaron en el pavimento, acercándose hasta quedar justo detrás de mí.

Me giré, algo sorprendida.

Era él.

Era ese chico moreno, con el cabello alborotado y desordenado, como si acabara de levantarse de la cama sin dar un solo vistazo al espejo.

Observé su mano extendida, sujetando el billete de tren que aparentemente había extraviado, con los dedos firmemente apretados contra el cartón. Fue entonces cuando noté algo más, algo que no había visto antes: en la cara interior de su muñeca izquierda, apenas visible, comenzaba a delinearse lo que parecía el principio de un tatuaje: las alas extendidas de una luciérnaga teñían su piel.

—Gracias.

Logré esbozar una sonrisa de agradecimiento, una sonrisa pequeña, casi tímida.

—Es la segunda vez esta noche que me las das.

—Tómalo como un incidente extraño, uno que no se va a repetir.

—Eso dijiste la última vez.

—¿La última vez hace tres minutos?

—Sí —aseveró en un tono casi juguetón, y luego me miró fijamente a los ojos, como si tratara de leer algo en mi expresión.

Hubo un breve instante de silencio incómodo, el tipo de pausa que deja una sensación incómoda en el aire antes de que él hablara nuevamente.

—No deberías vagar por las calles sola y con una maleta así.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Porque podrían robarme?

—Eso sería lo más inocente que podrían hacerte.

Sus palabras fueron más duras de lo que había anticipado, como si detrás de su comentario se ocultara algo más sombrío. La advertencia, velada pero clara, me hizo sentir una punzada de inquietud que no pude ignorar.

—Gracias, pero sabré arreglármelas sola.

—Tercera vez.

—¿Cómo dices?

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y negó con la cabeza, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de respuestas. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que se refería a la manera en que le agradecía en todo momento sus gestos, sus intenciones y sus...

—¿Cuál es tu nombre?

Pestañeé varias veces, una, dos y hasta tres, antes de responder. Algo en su mirada me hizo vacilar, como si no quisiera compartir más de lo necesario, pero al final, elegí decir la verdad y no inventarme un nombre ficticio. De todas formas, estaba segura que no iba a creerme.

—Hope.

—¿Hope?

—Así es.

—Esperanza.

—Vaya, veo que tienes agudeza mental...

Escupió una risa seca, cargada de ironía. Yo, por mi parte, me mordí el labio para reprimir una sonrisa divertida, aunque no podía evitar encontrar algo irónico en la forma en que se burlaba.

—Ya me explicarás más tarde por qué tus padres te jodieron la existencia con ese nombre. Ahora lo que prima es no morir congelados por idiotas —dijo, sin medir sus palabras, pasando una mano por su cabello desordenado, como si sus mechones ya no pudieran estar más alborotados—. El estudio de un colega está a solo dos manzanas.

—¿Te has vuelto loco?

—Bueno —se encogió de hombros, su gesticulación era de total indiferencia, antes de soltarse a reír—, según la gente que me rodea, nací un poco tarado, pero esa es una larga historia que ahora mismo, no viene a cuento, Piernas.

Al escuchar nuevamente el mote con el que me había bautizado, me sentí sonrojar al instante, como si hubiese menguado varios centímetros y ¡volviera a tener diez años!

—Ni de coña. No pienso hospedarme en un lugar que no conozco.

—¿Prefieres que te roben, violen y que encuentren tu cadáver tirado en un sombrío callejón?

Tragué saliva con un sabor amargo y acidulado recorriendo mi garganta al visualizar, incluso por un instante, ¡esas aterradoras situaciones! El solo pensamiento me recorrió como un escalofrío, haciendo que mis músculos se tensaran.

—Prefiero buscar alojamiento en alguna web y despedirme de ti, ahora.

Mi voz salió más firme de lo que esperaba, como si, al decirlo, pudiera convencerme de que tenía el control sobre la situación, craso error. Sin embargo, una parte de mí aún dudaba.

Clavó sus ojos en los míos, y nuestras miradas se entrelazaron durante unos largos segundos.

—Como prefieras. No insistiré más, no va conmigo ese rollo —manifestó con un tono que circunvalaba entre la indiferencia y la advertencia. Acto seguido, sacó una cajetilla de cigarrillos, le dio unos ligeros golpecitos para alinearlos, atrapó uno con los labios, lo encendió y aspiró una bocanada profunda—. Aunque, a simple vista, parece que no eres de aquí y deberías guardar mi número de teléfono. Por si acaso.

Su voz sonó más grave, había descendido una octava, y supe en ese instante que hablaba en serio. No era algo que dijera a la ligera. Mi impulso inicial fue rebatirle, rechazar sus palabras o, al menos, sus intenciones, pero me contuve. Cerré la boca y me limité a desbloquear el teléfono, ofreciéndoselo para que añadiera su contacto a mi lista.

Al terminar, apagó la colilla aplastándola bajo la suela de sus deportivas. Luego se caló un gorro de lana, dejando que algunos mechones ondulados se asomaran por su nuca. Con un gesto seco, alzó la mano en una breve despedida, mientras lanzaba un último: «suerte» antes de desaparecer al doblar la esquina.

4
Jamie

Me presenté en el estudio de mi amigo Will Lauder sin previo aviso. No estaba para tonterías ni para desperdiciar un segundo más. Afuera, la calle estaba azotada por un frío infernal, de esos que calan hasta los huesos. Pero esa noche no pensaba quedarme en el camino, no iba a ceder ante el destino sin antes poner fin a un asunto que llevaba veinte jodidos años esperando resolver.

Subí hasta la octava planta y golpeé la puerta con los nudillos. Insistí varias veces, pues se filtraba un tenue haz de luz por debajo de la puerta y, además, la canción *Zombie*, de The Cranberries, resonaba a un volumen ensordecedor, como si Will estuviera completamente sordo.

Tras un interminable minuto y medio sin respuesta, no me quedó más remedio que recurrir a la llave escondida. La encontré tras descolgar el aplique de la pared, ese que rezaba en letras grandes y desafiantes: «¡Bienvenido a la república independiente de mi puta casa!».

Entré y cerré la puerta de un golpe seco con el talón. Escaneé el lugar con la mirada, y no me tomó mucho tiempo darme cuenta de que el caos reinaba por doquier. Latas de cerveza vacías desperdigadas por todas partes, y los restos de una pizza a medio devorar descansaban en el interior de una grasienta caja de cartón. El sofá estaba cubierto de ropa: una camiseta de propaganda arrugada, unos tejanos llenos de rotos y, en el suelo, un tanga de leopardo y encaje negro junto a tres condones usados, ¡prolijamente anudados como si eso compensara la depravación!

Negué con la cabeza, dejando escapar un suspiro de protesta y mal gusto, y crucé el saloncito de diez metros cuadrados escasos, en dos zancadas hasta el tocadiscos. Sin dudarlo, lo apagué, poniendo fin a la música que me estaba licuando el cerebro a marchas forzadas. En cuanto el silencio se hizo presente, contuve una sonrisa sarcástica mientras levantaba los dedos, enumerando mentalmente cuántos segundos pasarían antes de que aquel cabrón apareciera en bolas, ¡listo para patear el trasero del intruso que había osado profanar su templo de decadencia!

Conocía a Will desde hacía más de una década, y todavía no había encontrado a nadie tan chiflado como él. No, no estaba exagerando ni un ápice, porque ese tipo era capaz de prestarte a su novia en un abrir y cerrar de ojos antes que permitirte tocar su adorado Chevrolet Chevelle Malibu del '64, idéntico al que aparece en *Pulp Fiction*.

¡Sí, has leído bien, listillo! El mismo modelo que alguna vez fue propiedad de Tarantino y que, tras ser robado poco después del rodaje, acabó siendo recuperado por pura casualidad durante una redada policial.

—Tres, cuatro...

—¡¿A qué desgraciado voy a arrancarle los huevos esta vez y comérmelos sin siquiera masticar?!

Su grito retumbó en mis oídos con la misma intensidad que *Wind Beneath My Wings* de Bette Midler, esa balada que siempre despierta pasiones enfrentadas: para algunos, una obra maestra conmovedora; para otros, el equivalente sonoro a ¡un coro de grillos empapados

chillando al unísono!

Yo prefería mantenerme al margen y no opinar en esa ocasión…

—¿Jamie? —se plantó a menos de medio metro de mi cara, con la mano cerrada en un puño que parecía a punto de partirme la crisma. Yo, audaz o simplemente estúpido, ni siquiera me moví un milímetro—. ¡Hijo de puta! ¿Qué demonios haces en mi *kelly*?

—¿Me invitas a una birra y te lo cuento?

—¡Pero antes dame un jodido abrazo! —exclamó antes de abalanzarse sobre mí y estrujarme como si fuera una naranja a punto de ser exprimida para un zumo—. ¿Por qué no me has avisado? ¡Hubiera limpiado este tugurio…!

—¡Puf! Ha sido un imprevisto —alcancé a responder una vez que me soltó y me permitió recobrar el aliento tras ¡semejante asalto físico!

—Eso está hecho, tío… —rio a carcajadas mientras me zarandeaba y, de paso, me obligaba a dar una vuelta completa para escrutar mi aspecto de pies a cabeza pues hacía tres años que no había dado señales de vida.

En ese momento, una rubia de cabello platino y coleta despeinada apareció en escena, desfilando con pasos tambaleantes junto a nosotros. Llevaba puesta una camiseta blanca de tirantes manchada de quién sabe qué y unos calzoncillos que, a juzgar por el tamaño y el descuido, probablemente pertenecían al menda lerenda.

Ignorándonos por completo, se acuclilló frente a la mesita, rebuscó entre tanto desorden hasta encontrar una bolsita de polvo blanco, y sin demora cuarteó un par de rayas. Se inclinó para esnifarlas con la precisión de quien tiene práctica en años, echó la cabeza hacia atrás con un resoplido y, con total parsimonia, se limpió los restos de los orificios nasales con la mano.

—Voy a darme una ducha…

Se acercó a Will, recorrió sus labios con la lengua y le sobó el trasero de manera descarada, ignorando por completo mi presencia, que parecía no importarle un bledo. Acto seguido, se encerró en el diminuto cuarto de baño.

—No sabía que estabas comprometido —comenté con sorna.

—¿Comprometido? —replicó, frunciendo el ceño y revelando estar casi ofendido—. ¿Acaso me ves con una soga al cuello mientras alguna tiparraca me pasea por ahí como si fuera su chihuahua?

—Pues no.

—¡Exacto, joder!

Entonces, se frotó las manos y, ensanchando aún más su sonrisa, me preguntó en tono jocoso por los motivos que me habían llevado de regreso a su vida de entre los muertos.

No tardé en explicarle una de las dos razones de mi inesperada visita tras tanto tiempo. Sin embargo, solo compartí una: necesitaba su ayuda. Le pedí que me prestara su preciado Chevrolet de coleccionista.

Lo que omití fue la segunda razón, la verdadera: el auténtico motivo detrás de mi gran petición y la urgencia de llegar en tres días a Oklahoma.

5
Hope

Me pateé media ciudad aquella noche sin dar con un alojamiento digno, hasta que, sin saberlo, terminé metiéndome de lleno en la boca del lobo. Ante mí se abría un callejón angosto, impregnado de un hedor penetrante a orina y basura fermentada. Al fondo, un tugurio se alzaba con un aspecto lúgubre: un edificio decadente de dos plantas, con paredes cubiertas de grafitis desvaídos y carteles desgarrados que anunciaban eventos de una época olvidada. Sobre la entrada, un letrero de neón, parpadeante y moribundo, rezaba *Midnight Motel*. Solo la palabra «Motel» era legible entre los chispazos intermitentes.

La chica de la cafetería donde había cenado una insípida ensalada me había dado esas señas, describiéndolo como un «hotel de confianza» y que no me costaría más de veinte pavos por noche.

Bajo la tenue luz de dos farolas averiadas, con el frío calándome hasta los huesos, me debatí entre intentar encontrar otro lugar o rendirme a la necesidad y cruzar esa puerta. Por un momento, incluso pensé en pasar la noche en un banco del Griffith Park, pero mis reflexiones quedaron interrumpidas cuando una rata del tamaño de un caniche ¡cruzó frente a mis pies con la confianza de quien sabe que manda en ese territorio! Ese fue el empujón que necesitaba para dejar de vacilar, dejar atrás las tonterías y entrar de una vez bajo un techo, aunque fuese el más fúnebre de la ciudad.

Entré a trompicones, arrastrando mi pesada maleta que parecía decidida a resistirse. El vestíbulo, ambientado en los años 80, estaba empapelado con rombos granates desgastados y cubierto de una moqueta sucia que hacía imposible maniobrar las ruedecillas con facilidad. El aire olía a rancio, a mezcla de tabaco, humedad y algo indefinible que preferí no investigar.

Tras el *check-in*, subí a la séptima planta en un montacargas cuya puerta de tijera chirriaba como si cada viaje fuese el último.

Al llegar, avancé por el pasillo mal iluminado hacia la ha-bitación 705, mientras el eco de una música ensordecedora intentaba camuflar las discusiones violentas que salían de algunas puertas entornadas.

—Buenas noches… —murmuré con esfuerzo mientras anclaba la llave en el bombín, saludando por cortesía a una prostituta que estaba apoyada contra la pared a escasos metros de mí.

Fumaba un porro con desdén y me observaba de soslayo. Casi podía oírla pensar: «¡Nena, este no es lugar para princesas!»

No tardé en entrar dentro y cerrar la puerta tras de mí a cal y canto, echando el pestillo, mientras mi pulso seguía descontrolado.

A esas alturas, quedaba claro que la necesidad puede llevarte a hacer cosas que, en otras circunstancias, ¡ni siquiera habrías ima-ginado!

Eran las tres de la madrugada, la calle estaba a cinco grados bajo cero y yo, con mi cara de turista perdida y mi enorme maleta, me estaba exponiendo a ser el blanco perfecto: carne de

cañón para un robo, una agresión… ¡o algo peor!

Cuando recuperé el aliento y me giré sobre mis talones, fui capaz de poner las cosas en perspectiva. Me recordé a mí misma los motivos por los que había perdido el tren: una acalorada discusión telefónica con mi madre.

Me dejé caer sobre la cama, con el teléfono aún entre las manos. Lo observé durante unos segundos inmersa en mil dudas. Finalmente, suspiré y decidí que era el momento de enfrentarme a las decenas de llamadas perdidas que había estado ignorando.

—Cielo, ¿dónde estás? —su voz sonó rota.

—Mamá…

—Dime dónde estás y voy a buscarte. Cariño, siento todo lo que te dije… ¡Por favor, hazme caso!

—Mamá.

—Dime, ¿a dónde puedo ir a bus…

—¡Mamá! ¡Para! ¡¡Déjalo ya, por el amor de Dios!!

La interrumpí con brusquedad, más de lo que habría querido, pero era necesario. Requería que, por una vez en su vida, me escuchara. No era demasiado pedir, ¿o sí? Ya no se trataba solo de mi edad, que rondaba la veintena, sino del hecho de que hacía décadas habíamos cortado el cordón umbilical. Era una adulta completamente funcional, capaz de tomar mis propias decisiones, aunque algunas resultaran equivocadas.

—Mamá, deja de intentar protegerme a toda costa. Estoy bien, te lo prometo.

—Mi vida… —su voz se quebró en un lamento ahogado—. Te has ido después de discutir.

—Tenía que hacerlo.

—Zoey… Por favor, recapacita. Te lo ruego. Dime dónde estás. ¡Iré lo antes posible!

Era la primera vez en años que me llamaba por mi nombre de pila y no por el apodo cariñoso que me había puesto cuando tenía apenas seis meses, *Hope*, nombre que al final decidí poner en mi documento de identidad. Aquella palabra resonó como un eco en mi interior, haciendo que mi corazón se saltara un latido, ¡tal vez dos! Eso solo podía significar una cosa: realmente lo estaba pasando mal.

Pero yo ya había tomado una decisión. Y no, el detonante no había sido la carta, ni siquiera la discusión. ¡Fue el descubrir que me había ocultado la verdad durante toda mi existencia!

—Te iré llamando para que sepas que estoy bien.

—Hope, no lo hagas.

—Mamá, necesito hacerlo.

Me despedí de ella con un nudo en el pecho, uno que parecía incrustarse más con cada palabra y que tardó varios minutos en deshacerse. Finalmente, el agotamiento me venció, y caí en un sueño profundo.

A medianoche, un estruendo me arrancó de golpe de los brazos de Morfeo. Me incorporé de la cama de manera tan abrupta que, por un instante, me sentí como en esa escena de *Pulp Fiction*, cuando Vincent Vega le clava la jeringa a Mia Wallace para devolverla a la vida. El causante fue una sirena de policía que aullaba con insistencia, unas luces estrambóticas y unos portazos resonantes en el pasillo.

Con el corazón desbocado, me levanté y corrí hacia la puerta. Pegando un ojo a la mirilla, intenté asimilar lo que estaba ocu-rriendo, aterrada por el eco de disparos que se entrelazaba con los gritos desesperados de varias personas.

En seguida entendí que estaba en medio de una trifulca, en un violento altercado con traficantes de droga y en un motel perdido en la mano de Dios.

Por un instante, mi mente se quedó completamente en blanco, paralizada por el miedo. Luego, comenzó a procesar ideas sin sentido, todas apuntando a lo mismo: debía salir de allí, huir… y debía hacerlo ya, ¡antes de que mi integridad física corriera peligro!

Te juro que, por primera vez en mi vida, sentí la muerte acechándome, pisándome los talones, trepando desde mis pantorrillas hasta mis muslos, ¡como un frío cortante que me helaba hasta los huesos!

Aquel terror visceral estuvo a punto de hacerme perder el control, y no exagero cuando digo que ¡casi me meo encima!

—Piensa, Hope. ¡Piensa rápido!

Sin meditarlo dos veces, me refugié en un rincón oscuro de la habitación. Agazapada en el suelo, hecha un ovillo, doblé las piernas, pegué las rodillas a mi pecho y me tapé los oídos con las manos, como si pudiera ahogar el caos que se desataba fuera de esas cuatro paredes. Recé, y lo hice con todas mis fuerzas, para que todo aquello acabara cuanto antes.

6
Jamie

—No te muevas.

—No pienso hacerlo —su voz tembló, quebrada por el miedo.

—Llegaré antes de que pronuncies: «Chili con carne».

—¡Chili con carne…! —aulló, casi sin aliento, como si sus palabras se desvanecieran en el aire.

Sonreí.

—Quizás tarde un poco más, Hope.

Sin pensarlo ni un segundo, me calcé las deportivas Adidas, me puse la cazadora y me jalé el gorro de lana sobre la cabeza. Salí a la calle y, con un silbido y un gesto de brazo, detuve el primer taxi que pasó.

Le di las indicaciones para ese hotel miserable en Skid Row, una zona en pleno centro de la ciudad, famosa por su alta tasa de criminalidad y violencia.

—Ella no podía haber escogido un lugar peor, ¡me cago en todo…! —murmuré, frustrado, sintiendo cómo mis pulsaciones se aceleraban—. ¡Apúrese, amigo!

—No se preocupe, joven. Llegaremos en menos de diez minutos.

Y así fue. Me apeé, aceleré el paso hasta el vestíbulo y luego me planté frente a su habitación, tras sortear la marabunta de gente que se agolpaba en los pasillos de la séptima planta.

Golpeé la puerta con los nudillos, y ella abrió enseguida. Su sonrisa era forzada, y sus ojos azules, enrojecidos, mientras unas lágrimas negras surcaban sus mejillas, me dejaban claro que había estado llorando y que se alegraba de verme. La vi, con el rostro descompuesto, y me pareció... adorablemente preciosa.

—¿Dónde está tu equipaje?

—Allí —respondió, señalando con un leve movimiento de cabeza.

—De acuerdo.

Crucé la habitación en tres largas zancadas, recogí la maleta y luego la sujeté a ella del codo con firmeza, pero sin brusquedad.

—Vamos, señorita. Este no es un lugar para princesas...

Por un instante, creí percibir cómo ponía los ojos en blanco, como si mi comentario le hubiera parecido de lo más inapropiado. Sin embargo, con tanto maquillaje corrido en ese rostro de niña que parecía incapaz de hacer daño a una mosca, me asaltaron las dudas.

Aun así, me acompañó al estudio de Will, esta vez sin rechistar, como una buena nena obediente.

—Pasa, pero camina de puntillas; no quisiera despertar a mi amigo y a su bella durmiente.

—Vale —asintió con una media sonrisa.

Sin hacer ruido, se descalzó, agarró los zapatos con los dedos y se encogió de hombros.

—¿Dónde?

Cerré la puerta tras de mí con un golpe de talón y dejé su maleta apoyada contra la pared.

—Allí —señalé a una de las tres puertas que delimitaban el diminuto salón.

Rompió a andar hacia la habitación y, al entrar y accionar el interruptor, se quedó inmóvil al ver que solo había una cama infantil.

—¿Y tú dónde dormirás?

—Por mí no te preocupes. No es la primera vez que pruebo los muelles del sofá.

Le sonreí con amabilidad.

—Si necesitas una ducha —señalé con el pulgar a mis espaldas—, es la que no tiene el cartel de: «no molestes, capullo».

—Claro —alegó con una sonrisa que, aunque ligera, parecía sincera.

—Estate tranquila. Estarás bien, te lo prometo —manifesté, mientras me rascaba la nuca.

Ella asintió en silencio.

—Si me necesitas, solo tienes que salir. Me encontrarás espachurrado y semiinconsciente, casi en coma, a menos de diez metros.

—Genial.

«Buena chica», pensé para mis adentros.

—Espera —me detuvo justo cuando iba a cerrarle la puerta para darle privacidad.

—Gracias.

—No hay de qué, —acentué con una sonrisa—. Por cierto, me llamo Jamie, Jamie Gordon.

7
Hope

Día 1: de Los Ángeles, CA a Flagstaff, AZ
(~460 millas / ~740 kms)

La vida es, a menudo, la suma de pequeños acontecimientos, esos que dejan una huella imborrable en tu existencia. Puede tratarse de una mirada fugaz, una sonrisa cautivadora, un anhelo profundo o algo tan tangible como misterioso: el encuentro casual entre dos personas que, bajo circunstancias triviales, jamás habrían coincidido, ni siquiera coexistido.

—¿Tienes pañuelos desechables, Jamie?

—Mira en la guantera.

Seguí sus indicaciones y la abrí, buscando en su interior. Sin embargo, lo único que encontré fueron unas esposas de fantasía, un tubo de lubricante con sabor a cereza y una interminable ristra de preservativos que parecía no tener fin.

Los levanté con una mezcla de asombro y cierta diversión.

—Vaya… —murmuré, dejando escapar una risa que me surgió del alma.

—E-esto… —balbuceó Jamie, soltando una risa nerviosa—. El coche es prestado, y, bueno… por ende, eso no es mío.

Dejé todo de nuevo en su lugar y cerré la guantera con cuidado, mientras lo miraba de reojo. ¿Era posible que bajo esa fachada de chico malo asomara un rastro de vergüenza?

Interesante descubrimiento…

—¿Te apetece comer algo?

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Eran casi las dos de la tarde, y llevábamos varias horas recorriendo la Interestatal 40 (I-40) rumbo a Flagstaff, una de las principales arterias que cruzan Estados Unidos hacia Arizona. Habíamos hecho breves paradas únicamente para repostar combustible en Barstow y usar los servicios. Nada más.

Mi estómago, en un acto de traición, rugió de manera estruendosa, como si respondiera directamente a su pregunta.

Jamie soltó una carcajada tan contagiosa que, a pesar de mi vergüenza, me arrancó una sonrisa.

—Creo que tus tripas han hablado por ti.

Sentí cómo mis mejillas se encendían al instante como una hoguera en el 4 de julio.

—Claro, me tienes en ayunas desde primera hora de la mañana, por si lo habías olvidado —repliqué, cargando mi voz de una falsa indignación.

—No, si ahora la culpa será solo mía, Piernas.

Fruncí el entrecejo, claramente irritada.

—Ey, ¿por qué no dejas de llamarme así?

Jamie arrugó la nariz en una mueca divertida, mientras sus ojos color café oscuro recorrían mis piernas con descaro. Aprove-chaba que estaba conduciendo para evitar mirarme

directamente y no hacer algo aún más irritante, ¡como babear sobre la tapicería del coche!

—¿Pero tú te has visto?

—Todos los días. Tengo espejos.

—Entonces no entiendo la pregunta. Sobra, Hope —sentenció con una sonrisita autosuficiente que me hizo apretar los labios, conteniendo las palabras que se amontonaban en mi mente.

No quería darle el gusto de reírse aún más, aunque si lo hacía, doy mi palabra de que sería más por terror que por diversión.

—No te piques, anda —contraatacó Jamie con un tono desenfadado que avivó mi irritación.

—Tu manía de apodarme así y esas miraditas de australopiteco no hacen más que confirmarme que ¡eres un machista de manual! ¡Hunga, hunga!

Ahora fue cuando soltó una carcajada que casi le provocó el atragantarse con su propia saliva.

—¿Machista yo? ¡Joder! —tosió—. ¿Dónde ha quedado la parte en la que un tío puede decirle a una chica que es guapa sin que ésta se moleste?

—En el momento en que me miras así.

—¿Así cómo?

—¡Desnudándome!

—Para desnudarte deberías llevar más ropa cubriendo tus piernas.

Me crucé de brazos en un gesto defensivo.

—¡¿Qué, Jamie?! ¿Ahora resulta que una no puede vestir como le dé la gana sin que por ello vaya partiendo cuellos a su paso?

—¿Partiendo cuellos?

—¡Es una forma de matizar lo salidos que vais!

—¡Ey, ey, ey! ¡Sooooo…. para el carro, señorita, que esto se está yendo de madre! —alzó los brazos en señal de rendición, sin dejar de mirar la carretera—. A mí que me registren. Solo estaba piropeando a una chica. No creo que haya nada malo en eso. Además, deberías sentirte afortunada de haber nacido preciosa.

—No es excusa, no me sirve.

—¿Qué no te sirve? —negó con la cabeza, claramente sin dar crédito a la conversación y todo lo que había derivado de ella—. Además, jamás me acostaría contigo.

Dejé de cruzarme de brazos y giré el rostro hacia él, cual niña de *El Exorcista*, sintiéndome aún más ofendida de lo que ya estaba.

—Ah, ¿no?

—Claro que no.

Me quedé boquiabierta, observándolo sin saber qué decir. Las palabras se habían quedado apelmazadas en mi garganta, incapaces de salir.

—No eres mi tipo. Fin de la conversación.

Entonces me quedé aún más alucinada, si eso era posible.

—Que no sea tu tipo lo puedo entender, tampoco eres el mío. Pero que decidas cuándo termina la conversación ¡me parece de lo más maleducado!

—¿Paramos aquí a comer? —preguntó Jamie, ignorándome de forma deliberada.

—¿Qué?

Y, dicho y hecho, salió de la carretera para detenerse en un aparcamiento arenoso. Siguiendo la estela de su chulería barata, hizo un polvoriento derrape antes de aparcar en batería.

Tras recuperar el aliento, miré al frente y leí el letrero luminoso de Mr. D'z Route 66 Diner, justo cuando Jamie apagaba el motor del Chevrolet Chevelle Malibu del '64.

El edificio parecía extraído de una revista *vintage* o de una escena de *Thelma & Louise*, un escaparate de nostalgia que te transportaba inmediatamente a los años cincuenta.

Entramos al establecimiento, y el aroma de hamburguesas recién hechas y patatas grasientas se entremezclaba con el murmullo de conversaciones y la melodía de *I Don't Want a Lover* de Texas en la rockola.

El tiempo parecía haberse detenido entre esas paredes adornadas en tonos rosa chicle y turquesa, cubiertas de matrículas des-gastadas y carteles viejos de Coca-Cola a cinco centavos.

Nos dirigimos a una mesa al fondo, junto a la ventana, cuyos asientos de vinilo rojo resultaron ser más cómodos de lo que inicialmente pensé.

Rauda, una camarera apareció con su uniforme en tonos pastel, un delantal anudado en la cintura y una placa con su nombre en letras cursivas: *Madison*. Su sonrisa se ensanchó cuando, con un bloc en mano y un lapicero, se acercó dispuesta a tomarnos nota.

—¿Qué será, chicos?

Jamie dejó de darle vueltas al menú plastificado con un par de movimientos rápidos.

—Para mí, la hamburguesa especial de la casa.

—¿Y para ti? —masticó con la boca abierta, dejando que un chicle se asomara, ¡tan sólo le faltaba hacer una pompa y explotarla después!

—Ehm… lo mismo, ¡gracias!

—¿De beber?

—Una birra bien fresquita.

Miré a Jamie con el ceño fruncido, con la cara de pocos amigos que suelo adoptar y que sé que deja muy claro mi desacuerdo en esas circunstancias, pues alguien parecía no entender que quedaba mucho camino por recorrer y debía estar alerta para conducir.

Jamie carraspeó en el puño, intentando disimular su incomodidad.

—Una cerveza sin alcohol, por favor —rectificó con un tono más neutro.

Me gustó que, en el escaso tiempo que llevábamos conociéndonos, ya fuéramos capaces de comunicarnos con una simple mirada, aunque fuera ¡una mirada asesina por mi parte!

—¿Y tú, cielo? —preguntó, dirigiéndose a mí.

—Un batido de vainilla, gracias.

Cuando la camarera nos dejó nuevamente a solas, Jamie, como si de repente hubiera encontrado algo interesante en mí, se inclinó hacia adelante y preguntó:

—Creo que ya va siendo hora de que me cuentes por qué tus padres te bautizaron con el nombre de Hope.

—Fue decisión de mi madre.

—¿Cómo? —frunció el ceño, confundido.

—Que fue mi madre. No tengo padre.

Sonrió, pero no con burla, sino con esa mezcla extraña de ironía y comprensión que acompaña a las confesiones personales. Su expresión revelaba que, de algún modo, se sentía más cercano a mí, aunque fuera por algo tan sombrío como la desgracia compartida. Porque, al final, todos los habitantes del planeta Tierra estamos unidos por alguna calamidad.

—Vaya —dijo al fin—, ya somos dos.

Se inclinó hacia atrás, apoyando la espalda en la silla y colocando un tobillo en la rodilla contraria.

—Cuéntamelo —me miró fijamente, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Tomé un sorbo de mi batido de vainilla, dejando que la cañita resbalara entre mis dedos. Mientras jugueteaba con ella, aproveché ese instante para observarlo. En mi mente, una batalla silenciosa se libraba: ¿contarle toda la verdad o limitarme a ofrecerle solo retazos de la historia, omitiendo lo más comprometido?

Opté por lo segundo.

—Mi madre estaba sola cuando supo que yo venía en camino. Por eso no tengo idea de quién es mi padre —me envalentoné a relatar finalmente, con un tono pausado, sorbiendo otro poco del batido para tomarme un respiro. Luego continué—: En una revisión de rutina, el ginecólogo descubrió que tenía una malformación cardíaca congénita. Era grave, potencialmente mortal.

Jamie arqueó una ceja, pero no dijo nada, invitándome con su silencio a seguir hablando.

—Le dieron dos opciones —proseguí, tratando de mantener mi voz firme—: esperar y ver si sobrevivía después de nacer, o arriesgarse a que me operaran... mientras yo aún estaba en su vientre.

Mi voz tembló al imaginar lo que mi madre tuvo que soportar.

Respiré hondo antes de soltarlo:

—Me hicieron una valvuloplastia fetal. Imagínate: una aguja larguísima, —gesticulé con las manos— perforando el abdomen de mi madre para llegar hasta mí. Luego, introdujeron un diminuto balón en mi corazón, para abrir una válvula defectuosa. Esa fue la operación que salvó mi vida.

Al decirlo, esbocé una sonrisa tensa, fue más un rictus automático que auténtico.

—Desde entonces, he pasado por más cirugías de las que puedo recordar. Me han abierto el pecho tantas veces que ya ni siquiera podría decirte cuál fue la primera cicatriz de todas ellas.

Hice una pausa, apretando los labios mientras los recuerdos pesaban sobre mí.

—Pero aquí estoy —añadí, encogiéndome de hombros—, con veintitrés años, sentada frente a ti y respondiendo preguntas incómodas.

Intenté bromear, como si eso pudiera aliviar el peso de lo que acababa de compartir. Pero mi voz quebrada y las ganas de llorar que se agolpaban en mi garganta traicionaron mi intento.

Jamie se quedó callado por un instante. Su mirada, más cálida de lo habitual, se fijó en mí con una mezcla de respeto y ternura que me desconcertó.

—Joder... por eso te llamó así, Hope —murmuró, como si estuviera atando cabos por primera vez.

Asentí, emocionada.

—Así es. Esperanza.

Jamie sonrió, aunque con un deje de solemnidad.

—Yo iba a contarte por qué tengo tatuada una luciérnaga en la cara interna de la muñeca, pero... está claro que no puedo competir con tu historia, Piernas.

Su comentario logró arrancarme una breve carcajada.

—Me temo que no —respondí, todavía sonriendo.

8
Jamie

Caía la noche cuando decidimos abandonar la carretera para recuperar fuerzas y descansar bajo el techo del Motel DuBeau, en Flagstaff, Arizona.

Detuve el Chevrolet frente a una hilera de habitaciones de fachada de ladrillo rojizo, con ventanas enmarcadas en madera des-gastada. Apenas bajamos del coche, el aire helado nos golpeó de inmediato. Sin perder tiempo, abrí el maletero y saqué las maletas, sintiendo cómo el frío entumecía mis dedos.

Caminamos apresurados y en silencio hacia la recepción, con el único propósito de impedir que el frío nos adormeciera las pocas neuronas aún despiertas. Al entrar, un cascabel tintineó suavemente, anunciando nuestra presencia. La recepción era pequeña y acogedora, aunque modesta. En las paredes colgaban mapas envejecidos de la Ruta 66, en el techo una lámpara de araña y el mostrador, de madera lacada, estaba repleto de folletos turísticos de la zona.

Detrás del mostrador, un hombre de mediana edad nos recibió con una sonrisa somnolienta que apenas disimulaba sus ganas de bostezar.

—¿Buscan habitación? —inquirió con voz grave, aunque amigable.

—Sí, dos habitaciones con baño, por favor —respondí, apoyándome en el mostrador, encorvado por el agotamiento del via-je.

El recepcionista asintió y consultó la disponibilidad en un ordenador algo anticuado para los tiempos que corrían.

—Tienen suerte, nos quedan justo dos —indicó mientras tomaba un par de llaves metálicas con números grabados y nos las entregaba.

—Aquí tienen, habitaciones doce y trece. Espero que ninguno de ustedes sea supersticioso —añadió con una risotada que se transformó en un graznido peculiar, como el de un cerdito— Si necesitan algo más, estaré aquí hasta el amanecer.

—Gracias —se anticipó Hope, tomando la llave doce y girándose sobre sus talones para salir.

Negué con la cabeza antes de seguirla hacia las habitaciones. Las ruedas de las maletas resonaban sobre el pavimento irregular, mientras ella caminaba delante de mí, con sus pasos decididos dejándome apreciar sus piernas perfectamente torneadas.

—Deja de babear, Jamie —proclamó sin siquiera volverse, con ese tono cargado de ironía que manejaba como una segunda lengua.

—¿Tienes ojos en la nuca?

—No me hace falta, huelo tu descaro a millas.

—La culpa es tuya por tener esas piernas.

Hope se detuvo en seco y, con teatralidad, me fulminó con una mirada que, de haber podido, habría cavado mi tumba a tres metros bajo tierra. Pero no pude resistirme; el juego había comenzado, y yo sabía cómo devolver la pelota.

—No sabía que, además de antipática, eras supersticiosa.

—No lo soy —respondió, alzando la barbilla con orgullo.

Me paré frente a la puerta marcada con el número doce y arqueé una ceja en un gesto de desafío que sabía que la irritaría.

—Entonces, no tendrás problemas para cambiarme la habi-tación.

—Claro que no —balbuceó, aunque su voz traicionó un atis-bo de duda.

Levanté la palma de mi mano, mostrando la llave de la habi-tación contigua, la trece. Hope vaciló por un momento, tal vez dos, mientras se mordisqueaba el labio inferior, evaluando si ceder a mi provocación o mantener su postura.

Con un resoplido, me arrebató la llave con tirria.

—Dámela, Jamie. Que sepas que tocarme las narices se te da de maravilla —sentenció, pero luego se detuvo, como si una idea maquiavélica cruzara su mente— Ey, espera… —añadió, con una sonrisa amplia y un brillo travieso en los ojos que la hacía parecer una versión algo menos aterradora del Joker—. A partir de esta noche, te bautizo como Jamie Gordon, *el tocapelotas*.

No pude evitar soltar una risotada breve mientras ella daba tres pasos más y anclaba la llave en la cerradura con la determinación sin siquiera mirarme.

—Buenas noches, Jamie.

Entró en la habitación y, poco después, oí el crujir del pestillo al cerrarse, el suave roce de las ruedecillas de la maleta deslizándose por el suelo y unos pasos que se iban alejando en el interior de la estancia.

—Buenas noches, Piernas —respondí en voz baja.

9
Hope

Me dejé caer al borde de la cama, con la mirada fija en la pantalla del móvil, como si pudiera darme el valor que necesitaba. Vacilé durante unos interminables segundos, debatiéndome entre marcar su número o dejarlo cargando sobre la mesita de noche, pero un suspiro profundo, cargado de resignación, fue suficiente para rendirme.

—¡Por todos los santos, Hope, ¿dónde andas?! —Su voz sonó más quebrada de lo habitual, y sentí cómo el corazón me daba un vuelco.

—Hola, mamá.

—¿Te parece bonito? Me tienes al borde de un ataque de nervios, y lo único que se te ocurre decirme es: «¿hola, mamá?»

El sonido del agua corriendo del grifo delató que estaba en la cocina, probablemente enjuagando los platos antes de dejarlos en el escurridor. Mientras tanto, yo jugueteaba incómoda con el dobladillo de mi jersey.

—Estoy bien.

—Ya, claro, no lo discuto.

Un silencio incómodo flotó entre nosotras, pesado, como si el aire estuviera a punto de quebrarse, hasta que volvió a la carga.

—Dime dónde estás, e iré a buscarte ahora mismo.

—Esta vez no, mamá.

—No seas testaruda —su tono descendió, intentando sonar más conciliadora—. Te has llevado mucha ropa…

—Voy a estar unos días fuera.

—No entiendo esa urgencia. ¡Ni siquiera te has llevado la medicación!

—Mañana la compraré en la primera farmacia que vea.

—Sin la receta no te la darán.

El silencio volvió, tenso, como una cuerda estirada al límite.

—Cariño… Escúchame.

La oí respirar profundo, pausada, como buscando las palabras correctas.

—No necesitas verle, no necesitas pasar por eso. Regresa a casa y te contaré todo lo que quieras saber, sin restricciones, te lo prometo. Pero ven, hazme caso.

—Mamá, necesito hacerlo. Necesito preguntárselo mirándole a los ojos.

—¡No lo hagas!

—Ya lo tengo decidido.

Me despedí con una promesa velada de que regresaría lo antes posible, después de Navidad. Sabiendo que lo haría siendo una Hope Deschanel muy distinta.

10
Jamie

Para mi sorpresa, alrededor de las dos de la madrugada, un insistente golpeteo en la puerta me arrancó de un sueño tan profundo y repa-rador que rozaba el coma.

Caminé descalzo, somnoliento y en ropa interior, res-tregándome los ojos con torpeza.

—¿Quién anda ahí fuera?

—Yo.

Esa voz... la voz de Hope me desarmó en un instante. No la esperaba, mucho menos después de nuestra última conversación, algo tensa.

Abrí la puerta y me quedé quieto un momento, escudriñándola de arriba abajo. Llevaba puesto un pijama estampado con ositos amorosos, cubierto apenas por una chaqueta de punto que parecía ofrecerle más consuelo emocional que abrigo real. Cruzó los brazos bajo el pecho, y su cuerpo entero tembló como una hoja a punto de soltarse de la rama.

—Entra o te congelarás de frío.

Ni siquiera se lo pensó dos veces. Atravesó el umbral como alma que lleva el diablo.

—¿Qué te pasa, Piernas?

Suspiró hondo, con el ritmo acelerado de sus respiraciones.

—Llevo rato escuchando a alguien merodear por fuera de las habitaciones… y ¡he sentido pánico!

—Ajá.

Pestañeé, intentando contener una sonrisa nerviosa.

—No hay *asesinillos en seriecilla* acechando por los moteles de carretera. Eso solo pasa en las películas.

—¡Hablo muy en serio!

—Y yo, joder.

Entonces empezó a deambular de un lado a otro, como una gallina sin cabeza, y su rostro comenzó a desencajarse.

—Ey, vamos, tranquila… —La detuve en seco, cortándole el paso y sujetándola suavemente de los brazos—. Puedes quedarte aquí esta noche, no me importa.

—¿De verdad?

—Claro.

Como por arte de magia, sus gestos se relajaron bastante. Luego, como si despertara de un trance emocional en la quinta dimensión, su mirada se fijó en mí por primera vez desde que entró.

—Estás en calzoncillos —comentó, señalando directamente mis partes nobles.

—En boxes, sí. ¿Algún problema?

Tragó saliva despacio, como si no encontrara palabras para rebatir aquel detalle tan evidente. Luego desvió la vista hacia el mobiliario, probablemente buscando algo que la ayudara a no parecer demasiado juzgona.

—¿Por qué tienes dos camas?

—¿Tal vez porque soy más guapo que tú?

Cerré un ojo en un gesto exagerado de sospecha, y ella esbozó una media sonrisa.

—No, en serio.

—Sí, muy en serio. ¿No viste cómo el chico de recepción me guiñaba un ojo cuando me dio las llaves?

—¿Bromeas, Jamie?

No pude evitar soltar una carcajada; su expresión de incredulidad me resultaba demasiado divertida. Cuando se dio cuenta de que le tomaba el pelo, me lanzó un puñetazo al vientre.

—¡Maldita sea, Hope! ¿No tienes sentido del humor? —pregunté, fingiendo que el golpe había dolido más de lo que realmente fue.

—A estas horas, con un asesino acechando en la calle y un caradura como compañero de viaje, ¡por supuesto que no!

11
Hope

Día 2: Flagstaff, AZ a Amarillo, TX

(~570 millas / ~917 kms)

Debía admitir que Jamie no era ni el hombre más alto ni el más robusto ni siquiera el más guapo sobre la faz de la Tierra. Sin embargo, poseía un atractivo brutal, quizás sea gracias a su sonrisa con hoyuelos, esas favorecedoras hendiduras en sus mejillas que resulta-ban innegablemente letales para las féminas. Sus vaqueros desgastados y deshilachados, la camisa de cuadros *vichy* que siempre parecía llevar con desenfado, y su cabello desordenado, lo suficientemente largo como para cubrir sus orejas, le conferían un aire de sensualidad despreocupada, casi magnética, dependiendo de cómo se interpretara.

¡Ah! Además de tener un gran carisma bajo esa cara de niño bueno…

—Voy un momento al baño —anuncié mientras me bajaba del Chevrolet y cerraba la puerta de un golpe suave, lanzando una mirada de soslayo a Jamie, que asentía distraídamente mientras sostenía la manguera de gasolina con una mano y jugueteaba con las llaves en la otra.

Caminé hacia el establecimiento, cruzando la puerta al son del tintineo de una campanilla oxidada, que avisó al dependiente de mi presencia.

—Buenos días, ¿los servicios? —pregunté, forzando una sonrisa cordial.

—Al fondo, a mano izquierda —manifestó sin interés, murmurando entre dientes mientras contaba las monedas y ordenaba los billetes con movimientos mecánicos.

Me adentré en el estrecho pasillo y abrí la puerta del baño. Era minúsculo, con paredes desconchadas y un hedor que dejaba mucho que desear. Cerré con cuidado, escogí uno de los dos cubículos y, sin atreverme a apoyar siquiera una mano en la pared, bajé las medias y las braguitas. Desde una distancia prudente, me puse en cuclillas y oriné.

Todo iba relativamente bien hasta que, al terminar, alargué la mano hacia el dispensador de papel higiénico.

—No puede ser… —musité al descubrir que apenas que-daba ¡un mísero fragmento pegado al cartón vacío!

Intenté estirar ese retazo inútil con los dedos, como si por arte de magia fuera a multiplicarse, pero nada. Tanteé con desesperación en la espiral por si alguien había dejado restos enganchados. Tampoco.

—¡Mierda!

Hice memoria: mis pañuelos de papel estaban a buen recaudo en mi bolso. Y mi bolso, por supuesto, ¡descansaba cómodamente en los asientos traseros del coche! Maldije mi suerte en silencio, tratando de deliberar qué hacer. No podía vestirme sin limpiarme; aquello no era ni higiénico ni remotamente aceptable.

Suspiré con resignación.

—¿Por qué me pasan estas cosas siempre a mí? —refunfuñé en voz baja, cuando reparé en algo. A mi derecha había un baño contiguo.

Si quería salir de ahí limpia y digna, tendría que hacer un acto de fe. O más bien, desplazarme unos cuantos pasos fuera de mi zona de confort… literalmente.

Ni siquiera lo pensé demasiado; simplemente actué.

Con un movimiento rápido y lleno de torpeza, me levanté del asiento con las braguitas y medias a la altura de los tobillos, caminando a duras penas hacia el otro lado como un pato tambaleante. Todo iba bien, o eso quería creer, hasta que la puerta principal de los aseos se abrió de par en par con un golpe seco.

Ahí estaba Jamie y fue cuando caí en la cuenta de que los baños eran unisex.

¡Mierda, mierda, mierda!

Sus ojos se abrieron como platos al encontrarse con aquella escena surrealista: yo, inmóvil en mitad del trayecto, con el equilibrio de un cervatillo herido y la dignidad pendiendo de un fino hilo, mientras la vergüenza me abrasaba desde la cabeza hasta el dedo gordo del pie.

—¿Qué… demonios? —barruntó, entre estupefacto y divertido, mientras yo intentaba decidir si reír, llorar o simplemente desear con todas mis fuerzas que la tierra me tragase.

—¡Ni una sola palabra! —advertí, alzando un dedo acusador, mientras sentía cómo mis mejillas ardían como nunca antes.

—No osaría… —respondió Jamie, levantando las manos en señal de rendición, aunque una sonrisa pugnaba por escaparse mientras se mordía el labio inferior.

Con una mano delante y otra detrás, intenté cubrir mis vergüenzas estirando de la minifalda mientras avanzaba.

—Oye, si necesitas ayuda… ya sabes, aquí estoy, Piernas. O quizás prefieras que te llame… —dejó la frase en el aire con su tono cargado de insinuación.

Puse los ojos en blanco y le dirigí una mirada fulminante antes de encerrarme de un portazo en el otro servicio.

—No, Jamie. Ni se te ocurra apodarme de otra forma. ¡Me sobra y me basta con uno solo!

—¡Recibido! —soltó en tono guasón—. Lo que diga la morena, ¡siempre!

12
Jamie

Hope era cálida en todos los sentidos, aunque se empeñaba en aparentar ser una persona esquiva y reservada la mayor parte del tiempo. Pero a mí no me engañaba; la había calado desde el principio. Era excéntrica, sí, y también poco convencional, pero en ella residía una sensibilidad extraordinaria y una capacidad única para conectar emocionalmente con los demás.

Por desgracia, al haber pasado una buena parte de mi vida entre psiquiatras y loqueros, había aprendido a interpretar los mensajes subliminales que el ser humano suele transmitir sin siquiera darse cuenta.

En cambio, yo, con el paso de los años y los golpes que había recibido por todas partes, me había vuelto arisco y cauto. Ya no confiaba ni en mi propia sombra. Sin embargo, por extraño que pareciera, desde nuestro primer encuentro en la estación de Los Ángeles, algo en ella me impulsaba a otorgarle una y otra vez el be-neficio de la duda y a creer ciegamente en sus palabras.

—*Los paraguas de Cherburgo*.

—¿Esa es tu película favorita, Piernas?

—Ajá. Me sé todos los diálogos de memoria.

—¡Pero si ni siquiera me suena!

—Eso será porque eres un ignorante del séptimo arte.

—De eso nada…

—A ver, listillo —se giró hacia mí en el asiento del copiloto— ¿Entonces cuál es la tuya?

No tuve que meditarlo, me lo sabía de carrerilla.

—Toda la saga de *Star Wars*. Sobre todo, soy fan del Maestro Yoda.

—Debí haberlo imaginado.

—¿En serio?

—La duda ofende.

—¿Así de simple me ves? —le seguí la broma.

Ella se encogió de hombros mientras aplicaba *gloss* en sus labios.

—*Simple* no sería precisamente la palabra adecuada.

—¿Mojigata?

Comencé a gesticular con expresiones absurdas, como si estuviera completamente enajenado mental o sufriera algún tipo de trastorno de identidad, bizqueando y pronunciando palabras sin sentido, como si estuviera hablando en un idioma inventado que solo yo comprendiera.

Y entonces sucedió el maldito milagro. Por primera vez desde que la conocía, observé cómo sonreía sin tapujos, y su rostro, tan hermoso como aniñado, se iluminó con una calidez inesperada. ¡Dios, estaba radiante! Despojada de las barreras imaginarias que solía levantar para protegerse de esos fantasmas invisibles que parecía que la acechaban en todo momento, ¡en cualquier lugar!

—¡Deja de hacer el tonto, Jamie, por favor! ¡Me está doliendo hasta la barriga!

Y era cierto; no dejaba de retorcerse en el asiento, mientras yo, atontado, pero por ella, pisaba el acelerador sin darme cuenta.

¡Me cago en la madre que me parió! Si hubiera imaginado antes que era tan sencillo hacerla reír, sin duda lo habría intentado hasta que la cara se me quedara entumecida de tantas muecas.

—¡Te lo digo completamente en serio!

Hope no podía parar de reír mientras me daba ligeros toquecitos en el brazo y algún que otro empujoncito, como si eso hiciera más efectivo mi repertorio de tonterías. No lo conseguía, claro, pero cuanto más se partía el esternón, más idioteces hacía yo para mantener la magia del momento.

—Me encanta tu sonrisa, Hope.

—¿Qué? —preguntó de golpe, atragantándose con su propia saliva. Su expresión se tornó seria al instante, como si aquel arrebato de sinceridad la hubiera tomado por sorpresa y no supiera cómo gestionarlo.

Giré la cabeza hacia ella, atrapándome en su mirada.

—Lo que has oído.

—Jamie...

—¿Qué?

—No hagas eso —protestó ella, sutilmente ruborizada— ¿Por qué lo has hecho…?

Le sonreí sin separar los labios, intentando mantener la calma.

—¿El qué? ¿Decir la verdad?

—Por ejemplo...

—No entiendo por qué no puedo decir lo que pienso.

—No es que no puedas. Eres libre de expresar lo que quieras.

—¿Entonces?

Tomó aire y lanzó un suspiro.

—Yo qué sé... Tal vez hace tanto tiempo que no recibo un halago que... ¡que ya ni siquiera recordaba cómo me hacían sentir!

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, vibrando entre nosotros. No podía apartar la vista de ella, salvo en los breves momentos en los que la carretera me lo exigía. ¡Joder, no podía! Sus malditos ojos azules, profundos y enigmáticos como un océano embravecido, brillaban bajo la luz del mediodía. Los rayos del sol se filtraban en las vetas más oscuras de sus iris, haciendo que pare-cieran fragmentos de cielo atrapados en su mirada.

¡Mierda, joder, mierda!

Me tenían completamente hechizado.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí mi corazón acele-rarse, latiendo con fuerza, retumbando en el interior de mi pecho.

Sin saber por qué, mis ojos se deslizaron hacia sus labios justo en el instante en que apartaba un mechón de pelo tras la oreja. Fue entonces cuando una idea peligrosa, casi desesperada, cruzó por mi mente: detener el coche en el primer claro y besarla. Besar esos labios perfectos, suaves, de un sonrosado tan tentador que parecía invitarme a hacerlo. ¡Por mis muertos que tenía unas ganas inmensas de saborearlos, de morderlos, de recorrerlos con mi lengua lentamente! Enredar mi lengua con la suya…

Cogí aire y aparté la mirada de su boca, obligándome a centrarme de nuevo en la carretera, intentando aniquilar cualquier pensamiento romántico o sexual que rondara entre los

dos. Pero era inútil; la tensión que se había desatado entre nosotros era imposible de ignorar. Yo la sentí, y sus ojos, esquivos pero cargados de significado, me dijeron que ella también.

Sin embargo, liarnos no estaba en mis planes, y no debía estar en los suyos. Sabía que, si acabábamos follando hoy, nos arrepentiríamos mañana. No era una buena idea; de hecho, era una idea suicida. Yo no estaba hecho para amar ni para ser amado, y ella no merecía conformarse con un polvo sin compromiso, sin promesas ni futuro. No sería justo para ninguno de los dos, pero especialmente para Hope.

Sería un error.

Estaba demasiado jodido por dentro, vendido, mutilado emocionalmente, arrastrando un lastre que me rasguñaba las entrañas desde hacía veinte malditos años. Puede que suene a tópico, pero era la cruda realidad. ¡Mi puta realidad!

Dejé de pensar en nosotros cuando las risas, que habían llenado el coche hacía solo unos segundos se transformaron en un silencio tenso, espeso, casi cortante.

La había cagado.

—Hope…

La observé fijamente, y ella sostuvo mi mirada con igual intensidad.

—Olvídalo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Era curioso, porque ninguno de los dos parecía sincero. Ninguno decía lo que realmente pensaba o sentía en ese instante. Sin embargo, eso nos bastó, al menos por ahora. Sentí cierto alivio velado, o eso creí.

De repente, como si el destino decidiera intervenir por su cuenta y riesgo, las luces estroboscópicas de un coche patrulla aparecieron de la nada a través del espejo retrovisor, parpadeando con una intensidad que no dejaba lugar a dudas: teníamos que detenernos al borde de la carretera.

Obedecí de inmediato, como un autómata. Activé el intermitente derecho y reduje la velocidad hasta detenerme en el arcén, apagando el motor.

Un policía uniformado se acercó a paso lento al vehículo. Llevaba una camisa azul oscuro con insignias de plata, pantalones negros bien planchados, y un cinturón de servicio cargado con una funda para pistola, esposas y radio. En el pecho, una placa reluciente que rezaba: «Oficial L. Sandoval».

El tal Sandoval se detuvo junto a mi ventanilla, inclinándose ligeramente mientras mantenía una expresión de malas pulgas que me dio mala espina. Tenía ganas de empaquetar a alguien y ese alguien parecía ser yo.

Bajé la ventanilla, sintiendo cómo el aire caliente del desierto se colaba en el interior, como si el ambiente no fuera ya lo suficientemente asfixiante.

—Buenas tardes. Soy el oficial Sandoval, del Departamento de Policía de Albuquerque. ¿Sabe por qué le he detenido? —preguntó con voz firme y algo tosca.

—Eh... Pues la verdad es que no...

El oficial carraspeó.

—Estaba conduciendo a 82 millas por hora en una zona donde el límite es 65.

Suspiré mientras trataba de mantener la calma. Ni siquiera me había percatado de que el velocímetro se había disparado tanto.

«Cojonudo, Jamie», pensé para mis adentros con ironía. «Mantén la calma y la puta mente fría».

Sandoval desvió la mirada hacia el asiento del copiloto, a Hope, quien le sonreía con aire

angelical. Solo le faltaba formar un corazón con las manos, como hacen las *influencers* en TikTok.

—¿Algún motivo en particular para ir tan rápido? ¿Quizá ha bebido? —preguntó él, alzando una ceja con sospecha.

—No, qué va… —intenté forzar una sonrisa nerviosa que no convencía ni a un niño de tres años— Ha sido un despiste sin importancia.

—Bueno, eso de «sin importancia» lo decidiré yo, si no le importa —replicó, masticando con deliberada lentitud, probablemente uno de esos chicles de nicotina para dejar de fumar. Su mirada permanecía fija en mí mientras continuaba—: Necesito ver su permiso de conducir y la documentación del vehículo.

—Claro, ningún problema —respondí, aunque por dentro sentía cómo el sudor frío comenzaba a deslizarse por mi espalda hasta la rabadilla.

El nudo en mi estómago se apretó aún más. No era el mejor momento para que el sistema mostrara mi nombre, y mucho menos que el Chevrolet estuviera registrado a nombre de Will Lauder.

—Un momento... —murmuré mientras hacía un gesto a Hope para que se moviera un poco.

Me incliné hacia la guantera, intentando no invadir dema-siado su espacio. Introduje la mano en el compartimento, hurgando entre un revoltijo de cosas inútiles que, por alguna razón, mi amigo había decidido acumular como si padeciera el síndrome de Diógenes.

—Espera, te ayudo, Jamie —susurró Hope, inclinándose hacia delante hasta casi rozarme con su delantera la espalda.

Comenzó a buscar junto a mí en ese espacio reducido, y en cuestión de segundos nuestras manos chocaron una y otra vez en un torpe vaivén. El contacto, aunque breve, desató en mí algo inesperado, algo que no estaba preparado para sentir. Su piel, cálida y suave, se deslizaba contra la mía, y mis yemas rozaron la cara interna de su muñeca. Allí, en ese maldito punto, pude percibir el latido acelerado de su pulso.

«¡Bum, bum! ¡Bum, bum!»

—¡Lo tengo! —Anunció Hope, entregándome un sobre con las esquinas desgastadas.

Lo tomé y acto seguido se lo entregué al agente.

—Esperen aquí mientras verifico la información —ordenó antes de girarse y regresar a la patrulla.

Apoyé el brazo en la ventanilla y observé por el retrovisor cómo el oficial conversaba con su compañero dentro del coche. Golpeé el volante suavemente, dejando escapar un suspiro frustrado. Solo esperaba que el sistema de información de Oklahoma no cruzara datos con el de Nuevo México.

Unos minutos después, Sandoval volvió. Esta vez su mirada era más incisiva.

—Voy a pedirle que salga del vehículo y realice una prueba sencilla de alcoholemia —anunció.

—¿Alcohol? No, no he bebido nada.

—Solo tomará unos minutos. Esto es para garantizar su seguridad y la de los demás en la carretera —contestó con firmeza.

—¡Ey, espere un momento!

—Señor, salga del coche.

Me mordí la lengua para no replicar y obedecí.

Salí fuera.

—Por favor, colóquese junto a su coche —dijo Sandoval, mientras su mirada se endurecía aún más.

De repente, Hope abrió la puerta como si fuera a bajarse, pero el agente la frenó con un gesto severo.

—Señora, manténgase dentro del vehículo. Solo se lo diré una vez —Le advirtió con contundencia mientras le mostraba la palma de la mano.

—Hope, vamos, haz caso —aseveré con firmeza, intentando calmarla con la mirada.

Ella se detuvo, claramente desconcertada, como si no pudiera procesar lo que estaba ocurriendo. Para ser honesto, yo tampoco lo entendía del todo. Pero tras un momento de duda, volvió a sentarse en el coche, cerrando la puerta con un gesto tenso.

—Levante el pie izquierdo unas seis pulgadas del suelo y manténgalo recto. Al mismo tiempo, con la mano derecha toque la punta de su nariz. Mantenga esta posición por unos segundos.

«¡¿Qué cojones?!», pensé, pero conservé mi lengua a raya. Seguí sus instrucciones al pie de la letra, consciente de que cualquier señal de rebeldía podría empeorar las cosas. Por supuesto, pasé la prueba. ¡No tenía ni una gota de alcohol en el cuerpo!

—¿Es usted el propietario del vehículo? —preguntó el oficial, con su tono monocorde cargado de desconfianza.

—No… no es mío, es de un amigo. Pero…

—En ese caso, dé media vuelta y coloque ambas manos en la cabeza con los dedos entrelazados.

—¿Por qué? —repliqué, mi voz cargada de incredulidad.

—¡Coloque ambas manos en la cabeza con los dedos entrelazados! —insistió, ignorando deliberadamente mi pregunta.

La situación había cruzado una línea. Antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, sentí una mano firme en mi hombro, girándome bruscamente. El oficial me empujó contra la fría carrocería del coche, impactando contra mis costillas. Las esposas se cerraron con un clic seco alrededor de mis muñecas, apretando más de lo necesario.

¡Todo a mi alrededor parecía haberse ralentizado!

13
Hope

Nunca había experimentado una sensación de impotencia tan abrumadora en mi vida. Me quedé sentada en el interior del coche, observando cómo el agente esposaba a Jamie con una brusquedad que me pareció completamente innecesaria. Su rostro, usualmente sereno, se mostraba tenso, marcado por una mezcla de frustración y resignación. No podía escuchar lo que le decían, pero la forma en que lo empujaron contra el coche me ardió por dentro.

Me mordí el labio con fuerza para no gritar. Quería bajar de inmediato, exigir explicaciones, pero sabía que solo empeoraría las cosas. En lugar de eso, mis manos se aferraron con fuerza al salpicadero, sin hallar consuelo.

Poco después, el segundo de los agentes se acercó a mí con paso firme.

—Señora, salga del coche.

—¿Adónde?

—A la Comisaría Central del Departamento de Policía.

—¿Por qué? —insistí, tozuda.

—Salga del coche. Ahora o me veré obligado a esposarla también a usted.

Abrí los ojos desmesuradamente. Jamás un agente de la ley se había dirigido de tal manera hacia mí. Es más, ni siquiera había recibido una multa de tráfico, pues no tenía licencia de conducir. Era una ciudadana ejemplar, que, además, había dedicado tiempo a impartir clases de español a niños de hogares marginados los sábados por la tarde durante los últimos dos años.

Cerré la boca y, con una mezcla de incredulidad y resignación, abrí la puerta y salí del vehículo.

—Acompáñeme —dijo, señalando el camino hacia el coche patrulla donde Jamie permanecía esposado, sentado en el asiento trasero.

Respiré hondo, intentando mantener la calma, aunque cada segundo allí resultaba más difícil.

Veinte minutos más tarde, ya dentro del calabozo, nos informaron que el Chevrolet Chevelle Malibu del '64 tenía una denuncia por robo.

Mis mejillas jamás habían rivalizado con el blanco de la pared que llevaba rato observando fijamente. Mientras tanto, mi mente se inundaba de preguntas: «¿Por qué no nos dejaban ir?» «Nunca he robado nada, ni siquiera me he llevado un azucarillo del café con leche.» «¿Quién demonios eres, Jamie?» «¿Por qué han saltado todas las alarmas al comprobar tu nombre en la base de datos?»

Me froté la cara con ambas manos, sintiendo la decepción arder en mi interior. Intenté calmarme, pero cada segundo que pasaba allí, recluida y privada de libertad, me hacía sentir más hundida.

Pasaron tres largas horas antes de que una agente de policía acudiera a mi encuentro para aclarar la situación. Abrió la celda y me indicó que la siguiera.

Atravesamos un pasillo estrecho hasta llegar a una habi-tación. Encendió la luz y me invitó a sentarme.

—Soy la agente Smith —se presentó tras acomodarse en la silla y revisar un informe dentro de una carpeta de cuero marrón—. Tras contactar con el señor Will Lauder, verificamos que el Che-vrolet Chevelle Malibu del '64 le pertenece. La denuncia de robo fue un malentendido por su parte. Por lo tanto, si firma aquí, quedará en libertad sin cargos.

«¿Genial, y eso es todo?», pensé con amarga ironía. «¿Qué pasó con la presunción de inocencia? ¿Os la habéis pasado por alto como si no existiera?»

Me sentía devastada, furiosa, con una necesidad urgente de abandonar el viaje a Oklahoma, el plan que había trazado y regresar a mi hogar, donde mi madre y mi rutina meticulosamente ordenada me esperaban.

Solo quería acabar la carrera de periodismo, recuperar el control de mi vida y... ¡maldita sea! ¡Me sentía vulnerable, como si estuviera completamente desnuda y expuesta en una sociedad que proclama la culpabilidad antes que ofrecer el beneficio de la duda!

¿En qué país vivía realmente? Este lugar distaba mucho de ser el tan proclamado Estados Unidos de América, esa tierra prometida de libertad, oportunidades y sueños.

Recogí mis pertenencias y salí a la calle. Me froté el rostro con ambas manos, mientras debatía si hacer un paréntesis o mandarlo todo a la mierda y regresar con el rabo entre las piernas, cuan-do Jamie apareció frente a mí.

—¡Ey, Piernas! ¿Todo bien? —preguntó con su tono des-preocupado.

Negué con la cabeza, observándolo mientras se encendía un cigarrillo y exhalaba dos largas caladas con la tranquilidad de quien no tiene prisa por nada. Yo, que acababa de vivir el peor día de mi vida y aún sentía el estómago revuelto, no podía creer que él estu-viera tan relajado, ¡como si volviera de un retiro espiritual!

—Oye, ¿te encuentras bien?

—¿Quién eres, Jamie? —disparé, con la impaciencia a punto de desbordarse.

—Jamie Gordon, ya lo sabes.

—¡No me tomes por estúpida! —resoplé.

—No lo hago. Eso sería lo último que haría en mi vida —replicó, alzando las manos como si quisiera calmar las aguas.

—¿Entonces por qué, en cuanto contrastaron tu identidad, te esposaron? —Espeté, con la voz temblorosa y quebrada por la frustración—. Dime quién demonios eres en realidad, o te juro por lo más sagrado que cojo mi maleta, desaparezco para siempre y ¡no vuelves a verme más en tu puta vida!

El silencio que siguió era tan denso que podría haberse cortado con el filo de un cuchillo. Jamie no dijo nada; solo me miró, inmóvil, como si estuviera calibrando sus palabras. Pero yo no estaba dispuesta a esperar más.

—Segunda oportunidad. ¿Quién eres? —insistí, cruzándome de brazos para darle más peso a mi ultimátum, notando su respiración agitada.

Jamie dejó escapar un suspiro prolongado, cargado de una tensión que parecía haber estado acumulando durante años, incluso vi vulnerabilidad en sus ojos.

Vaciló un solo segundo.

—Hagamos esto: busquemos el coche —dijo al fin, con la voz grave, tan baja que parecía haber descendido una octava— Te prometo que te lo contaré todo.

14
Jamie

Toda mi vida había huido de la verdad, porque enfrentarme a ella significaba volver a sangrar. Cuando las heridas aún laten a carne viva, recordar se convierte en una forma cruel de morir, poco a poco, una y otra vez. Porque cuando de la noche a la mañana te arrebatan a tu familia, tu futuro y todo lo que amas, comprendes que ya no se trata de vivir, sino de sobrevivir como la sombra de lo que fuiste. En líneas generales, es entonces cuando aceptas la única alternativa que te queda: emprender la búsqueda de justicia.

Hope esperó sin mediar palabra hasta que llegamos al Che-vrolet. Una vez allí, apenas habíamos ocupado nuestros respectivos asientos cuando se giró hacia mí, cruzando los brazos bajo sus pechos en un gesto de clara impaciencia.

El silencio que siguió no fue excesivamente largo; bastó el tiempo justo para intentar organizar mis pensamientos y decidir qué parte (solo una mínima parte) de mi verdad estaba dispuesto a re-velar.

—Mi nombre es Jamie Gordon, como bien sabes —comencé, con la voz ligeramente tensa.

—Jamie… —me interrumpió de inmediato, frunciendo el ceño, dejando en claro que esa conversación no iba a ser fácil.

—¡Mierda, Hope! Escúchame primero, ¿vale? —espeté, levantando una mano en un gesto de súplica—. Después habrá tiempo para ruegos y preguntas.

Me rasqué la cabeza con frustración y fijé la vista en el horizonte, como si ese simple gesto pudiera ayudarme a ordenar el caos en mi mente. No lo hizo, por supuesto.

Busqué de nuevo su mirada azul.

—Cuando tenía diez años, perdí a toda mi familia en una tragedia. Entonces me enviaron a vivir con un pariente lejano en Minnesota. Pero en cuanto cumplí la mayoría de edad, como no había nada que me atara, me alisté en el ejército para alejarme lo más posible.

Mi voz se quebró una fracción de segundo, tragué saliva con dificultad y continué.

—Estuve en Afganistán durante los últimos años. En misiones que ni siquiera quiero recordar sin que suenen como algo sacado de una película de terror. Estaba allí porque no había nada para mí aquí. Después de lo de mi familia, todo lo que deseaba era escapar, dejar atrás lo que había sido y quien había sido —hice una breve pausa y la miré fijamente a los ojos—. Antes de alistarme, cuando todo me resultaba indiferente, me pasaba la mayor parte del día bebiendo y, por la noche, me metía en trifulcas sin ningún motivo. Por eso la pasma me tiene… fichado.

Me encogí de hombros con una sonrisa amarga asomando en mis labios.

—No he sido una persona ejemplar, Hope. Pero tampoco soy alguien por quien debas temer por tu vida. Soy un hombre lleno de imperfecciones, alguien que siempre tropieza con la misma piedra, porque está cansado de que siempre se la encuentre en el camino.

—¿Has estado en la cárcel? —preguntó, con la mirada algo más suave, aunque la inquietud seguía reflejándose en sus ojos.

—No. Solo en correccionales —respondí, dejando escapar una exhalación, como si intentara liberar algo que se había quedado atascado en mi pecho—. En cualquier caso, me gustaría que no cambiaras la percepción que tenías de mí.

Mi arrebato de sinceridad le robó una sonrisa a Hope, una sonrisa que iluminó de nuevo su rostro.

—¿Y qué concepto crees que tengo de ti? —se interesó, inclinando ligeramente la cabeza, con una sonrisa curiosa aún en su rostro.

—El de un chico guapo, simpático, que te está acompañando a Oklahoma sin tener ni pajolera idea de qué vas a hacer allí —concreté, dejando escapar un toque de sarcasmo.

—Entiendo… Confesión por confesión.

—Me vas captando, Piernas —chasqueé la lengua.

Con aire distraído, se aclaró la voz, como si estuviera a punto de compartir algo más personal.

—Trabajo como columnista en una revista de moda.

Sonreí porque le pegaba muchísimo, eso o modelo, por lo preciosa que era y la luz que siempre irradiaba.

—No te rías…

—No me río, me hace gracia porque me imaginaba algo así, algo relacionado con la imagen.

—¿Por qué?

—Solo hay que verte para darse cuenta de que te gusta cuidarte y que te gusta gustar.

—¿Y a quién no?

—A mí, por ejemplo —me señalé a mí mismo, mostrando mi aspecto siempre desaliñado a propósito, como un escudo para pasar lo más desapercibido posible—. Venga, no te disperses. Sigue…

Negó con la cabeza y sonrió de nuevo. Joder, ¡qué bonita era cada vez que lo hacía!

—Estoy en el último año de periodismo y viajo a Oklahoma para acabar de escribir mi tesis.

—Anda…

—Así es.

—¿Por qué a Oklahoma?

—No quieras saber tanto, metomentodo —me dio unos golpecitos en la frente, y yo, por pura inercia, le atrapé la muñeca con fuerza, como si me estuviera protegiendo de un ataque inminente.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Ella, sin pestañear, como si le hubiese pillado por sorpresa mi arrebato. Y yo, con la saliva apelmazada en la garganta, sin saber cómo reaccionar. Por fin, logré hablar.

—Lo siento, no pretendía apartarte así… yo…

Lancé un suspiro, dejando que el aire saliera de mis pulmones con todo el peso de lo que no decía. Lentamente, le solté la muñeca, como si me costara más de lo que debería.

—Lo sé, Jamie, lo sé.

Me sonrió, y esa sonrisa logró calmarme, aunque solo en parte. Luego, apartó la mirada y se fijó en la hora en un reloj de aguja que colgaba del salpicadero.

—Deberíamos ponernos en marcha o no llegaremos a hacer noche en Amarillo.

La observé detenidamente mientras se ajustaba el cinturón de seguridad, un gesto tan simple, pero que no dejaba de parecer perfecto en ella. Después, encendí el motor del Chevrolet, y el rugido del motor se unió a las suaves notas de *The Weight* de The Band que sonaban de fondo, acompañándonos mientras avanzábamos por la interestatal prosiguiendo el camino.

15
Hope

El atardecer se desvanecía lentamente, dando paso a la noche, cuan-do llegamos a Amarillo. El letrero iluminado de The Big Texan Motel, con su fachada rústica y su evidente aire vaquero del oeste, apareció ante nosotros en el horizonte.

Decidimos pernoctar allí mismo. Ya era tarde y ambos estábamos exhaustos tras el largo trayecto debido al incidente en el calabozo, sumado a la confesión de nuestras *verdades a medias*.

Cargamos nuestras maletas y nos dirigimos hacia la recepción.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó un hombre, vestido con la típica camisa de cuadros, mientras anotaba algo en un cuaderno. En la pared, una televisión emitía Fox News.

—¿Tienen habitaciones disponibles?

—Solo queda una —respondió, mirando por encima de sus gafas de lectura. Luego añadió, con una ligera sonrisa—: Pero es una doble.

Jamie me miró, entrecerrando los ojos con una expresión cauta mientras esperaba mi aprobación. Lo cierto es que prefería dormir en la misma habitación con él que arriesgarme a que un desconocido irrumpiera en la mía, aunque solo fuera para incomodarme.

Asentí.

—Perfecto, tomaremos esa —indicó Jamie mientras sacaba su tarjeta de crédito.

Con la habitación reservada, nos dirigimos al número quince. Yo abrí la puerta con la llave y, al entrar, nos encontramos con una estancia pequeña pero acogedora. Dos camas, una mesita de noche y una lámpara de pie en la esquina, que iluminaba tenue-mente las paredes forradas de madera.

—¡Me pido la de la ventana! —señalé, dejándome caer de espaldas sobre el colchón con estampado de flores. Los muelles me hicieron rebotar, devolviéndome recuerdos de cuando era una niña y saltaba a escondidas en la cama pese a las advertencias de mi madre de que terminaría rompiéndola.

—No hay problema —se encogió de hombros. Tras descalzarse, levantó el brazo y olió su sobaco antes de dirigirse al baño—. Voy a pegarme una ducha.

—¡Buena idea! —le sonreí—. No gastes toda el agua caliente.

—No te preocupes, acabaré antes de que pronuncies: «Chili con carne».

—«Chili con carne».

—Quizás tarde un poquito más, Piernas —me sonrió y sus sexis hoyuelos se materializaron en tres, dos, uno...

Y, dicho esto, se quitó el jersey junto con la camiseta interior y se la sacó por la cabeza, antes de lanzármela a la cara.

—¡Jamie!

Se hizo el desentendido y se encerró en el baño, aunque dejó la puerta sin pasar el pestillo.

Mientras tanto, decidí explorar los pocos rincones que o-frecía la habitación. Revisé el cajón de la mesita de noche, inspeccio-né el armario ropero y, cuando me aburrí, me dejé caer en la cama. Para matar el tiempo, hojeé un folleto informativo sobre las festivi-dades locales. Entre los eventos destacados, me llamó la atención uno de David's Events Night Club, que anunciaba noches de ka-raoke, tres barras bien surtidas y dos pistas de baile: una para cumbias norteñas y quebraditas, y la otra para reguetón, bachata, *hip-hop*, salsa, guaracha y, por supuesto, perreo. Además, como atracción principal, se presentaría el grupo Impacto 05 Oficial, que llegaba especialmente desde Dallas.

—¿Qué miras con tanto detenimiento, Piernas? —preguntó Jamie, con su peculiar tono cargado de burla.

—Nuestro plan de esta noche —confesé, tratando de sonar casual.

Jamie, vestido únicamente con una toalla anudada a la cintura y otra con la que se frotaba el cabello para eliminar la humedad, me arrebató el panfleto de las manos sin miramientos.

El calor subió a mis mejillas al notar lo cerca que estaba y lo poco que llevaba puesto. Su figura era delgada, pero esculpida; los hombros anchos y el pectoral. Sin darme cuenta, tragué saliva mientras mis ojos se deslizaban por su abdomen marcado, siguiendo el suave camino de vello rizado y oscuro que desaparecía justo donde la toalla comenzaba a insinuar más de lo que debería.

—¿Bromeas? —soltó Jamie, con una mezcla de incredulidad y diversión mientras examinaba el tríptico publicitario.

—Podría estar bien. Pero, oye, si no te apetece… —res-pondí, encogiéndome de hombros.

—¿No estabas cansada? —preguntó, arqueando una ceja.

—Sí, pero me llamó la atención. No sé… nunca he estado en un karaoke y…

—¡Pues no se hable más!

—¿En serio?

—Claro.

Frunció el ceño un instante, quizá confundido por mi reacción. Pero yo, atrapada en la emoción del momento, me lancé sin pensar. Lo abracé, así de simple, ignorando cualquier consecuencia. Mis brazos se enredaron en su nuca, mientras mi rostro se hundía en su cuello, donde la calidez de su piel aún contrastaba con las gotas de agua que se deslizaban desde su cabello. La punta de mi nariz rozó, casi de manera imperceptible, el lóbulo de su oreja, y mis labios rozaron la curva de su vena carótida, húmeda y palpitante.

La cercanía de ambos me golpeó con una fuerza inesperada, como una descarga que encendió cada fibra de mi ser. Entonces, Jamie hizo algo que me dejó sin aliento: me atrajo más hacia sí. Su mano rodeó mi cintura con firmeza, mientras la otra ascendía lentamente por mi espalda, siguiendo el contorno de mis vértebras, una a una. Luego hundió la nariz en mi cabello, y antes de que pudiera reaccionar, lo olió con una lentitud casi con vehemencia, como si quisiera capturar ese instante en un frasco de cristal.

Mi respiración se volvió errática cuando me di cuenta de lo que ocurría: un evidente bulto crecía en su entrepierna, haciendo imposible ignorar lo que sentía.

¡Tierra, trágame!

Mi corazón latía desbocado. Si dejaba que aquello avanzara, los siguientes segundos conllevarían a un error garrafal. Conque, me separé rauda y sin contemplaciones.

—Voy a la ducha—mascullé, con un tono apresurado y nervioso, mientras me alejaba, evitando mirarlo a los ojos.

16
Jamie

Hope se había recogido el cabello en un moño alto y desenfadado, dejando su rostro de porcelana completamente despejado. Llevaba un minivestido rojo con una lazada, combinado con medias tupidas negras y unas bailarinas que evocaban el estilo de los años sesenta. Era completamente ella: sofisticada y con un toque retro que la hacía única.

Estaba deslumbrante, irradiaba un encanto natural que parecía iluminar no solo la habitación, sino también cada lugar por el que pasaba.

Yo, en cambio, llevaba mis zapatillas Adidas, unos vaqueros desgastados y una camisa de cuadros abierta, dejando entrever una camiseta blanca básica.

Parecíamos *La Bella y la Bestia*, pero en nuestra versión cutre: la suya, elegante y perfecta; la mía, desaliñada y mediocre.

Sonreí como un idiota, porque, a pesar de todo, ella no encajaba en lo que yo consideraba mi chica ideal, en los cánones que alguna vez creí inamovibles. Sin embargo, tal vez por eso mismo, por esa mezcla de su físico y su personalidad arrolladora, me tenía completamente descolocado.

Nunca había sentido atracción por ese tipo de mujer, pero cuanto más la conocía y más me adentraba en su mundo, más irremediablemente cautivo me encontraba. Era como si cada instante a su lado reforzara un deseo creciente de quedarme con ella para siempre o el tiempo que fuera.

—¿Nos vamos?

—Claro.

Le ofrecí mi brazo, y ella lo aceptó con una sonrisa amplia y sincera.

Caminamos unos quince minutos siguiendo las indicaciones del panfleto hasta llegar al antro. Desde fuera, el sonido de la música country ya se hacía notar, con un ritmo contagioso que parecía invitar a los más osados a lanzarse a la pista.

Yo, por mi parte, no era precisamente Fred Astaire, pero sabía cómo defenderme en el baile. No era un virtuoso, pero al menos evitaba el ridículo.

El interior del local era un espectáculo de contrastes: una mitad albergaba un bar con taburetes de cuero desgastado y una barra de madera pulida que hablaba de años de historia; la otra mitad, una animada pista de baile cuyo suelo de madera crujía bajo el ritmo sincopado de botas vaqueras marcando pasos al compás de la música country.

Nos acercamos a la barra y, tras un vistazo fugaz a la carta de cócteles, decidimos dejar nuestras elecciones en manos del barman. Al final, terminamos con un *Whiskey Sour* para mí y un *Tequila Sunrise* para ella.

—Háblame de tu tesis, Hope —me interesé, rompiendo el hielo mientras giraba mi vaso entre las manos.

—La verdad, no hay mucho que contar —respondió, encogiéndose de hombros con aparente indiferencia.

—Me parece, cuando menos, curioso que viajes más de 1,331 millas para trabajar en tu tesis de periodismo y no tengas nada que explicar.

Hope tomó un sorbo de su cóctel, llevándose la pajita a los labios con parsimonia, como si estuviera midiendo cuidadosamente sus palabras antes de responder. Esa era una de las cosas que aún no lograba entender de ella: su capacidad para mantenerse tan reservada, hermética y su tendencia a guardar cada detalle como si fuera un secreto que debía proteger a toda costa. En pocas palabras, no terminaba de confiar en mí lo suficiente como para abrirse, para compartir algo más.

—Mi tesis se centra en la pena capital, en la doble moral —comenzó, manteniendo la mirada fija en su combinado, como si buscara en los reflejos del vaso la claridad que sus pensamientos necesitaban.

Yo la observaba en silencio, atento.

—¿Es legítimo quitarle la vida a alguien que antes se la arrebató a otro ser?

Levantó la vista hacia mí, y sus ojos parecían sostener una pregunta que no solo me hacía a mí, sino también al mundo entero.

—En vista de Dios, en vista de nosotros como humanos, ¿realmente podemos justificarlo? —prosiguió, dejando un leve silencio que flotó en el aire antes de añadir, con un suspiro apenas perceptible—: ¿O es solo un consuelo que nos damos para poder dormir tranquilos por las noches?

—Vaya... —murmuré, sintiendo cómo el peso de sus palabras caía sobre mí como una losa.

Jamás habría imaginado que su tesis tratara un tema tan cargado de dilemas éticos. Me sentí pequeño frente a la magnitud de sus preguntas, incapaz de formular una respuesta adecuada, pero fui sincero.

—Ojo por ojo —logré articular al fin con contundencia y con un regusto amargo que se quedó estancado en mi garganta.

—¿Así, tajante?

—Sí.

Ella frunció el entrecejo, visiblemente desconcertada.

—¿Y qué pasa con la reinserción?

—No existe, no creo en ella —respondí, y mi voz sonó más firme de lo que esperaba—. Un asesino será siempre un asesino. La vida que arrebató nunca volverá. No solo destruyó esa vida, sino que destrozó la de toda una familia.

El silencio entre nosotros se volvió denso, y una tensión incómoda empezó a burbujear en el aire. La charla había tomado un giro inesperado. Diferencias de opinión, me dije. Rebatir esos temas en mitad de una *media cita* no era el mejor de los comienzos. Porque sí, a eso se le podía llamar así: «media cita». Dos jóvenes, tomando una copa en un local, acercándose más de la cuenta al oído del otro, obligados por el volumen de la música para poder escucharse.

Tal vez fue obra del destino o mera coincidencia, pero justo en ese preciso instante, alguien se subió al diminuto escenario con un micrófono en mano para anunciar el inicio del karaoke. En un abrir y cerrar de ojos, los intrépidos aspirantes se alinearon, ansiosos por exhibir su talento (o, tal vez, canalizar sus frustraciones por no haber sido estrellas en *American Idol*) frente a la expectante audiencia.

Las luces del local se atenuaron gradualmente, y las primeras notas de *Sweet Caroline* de Neil Diamond comenzaron a resonar en el aire:

Sweet Caroline

Good times never seemed so Good
I’ve been inclined
To believe they never would

Hope no pudo resistir la tentación de cantar el estribillo con entusiasmo, moviéndose al ritmo de la música mientras la obser-vaba, sin poder evitar sonreír, atrapado entre pensamientos. Joder, esa chica me tenía totalmente fascinado y no solo por culpa de su irresistible personalidad, sino también por la innegable atracción física que me despertaba su mera presencia.

Cuando la última nota se desvaneció, no lo pensé dos veces. La tomé de la mano, entrelacé mis dedos con los suyos y tiré de ella hacia el escenario.

—¡¿Qué demonios estás haciendo, Jamie?! —inquirió, mirándome con sorpresa.

—Haciendo tus deseos realidad.

—Yo no...

—Tú sí, Piernas.

Vale, lo admito, el colarnos delante de un par de parejas que esperaban su turno no fue la acción más elegante de la noche. Pero ella lo valía, *nosotros* lo valíamos. Aquel instante de locura y diversión nos pertenecía, especialmente cuando supe que la canción que nos tocaba era *Take It Easy* de los Eagles.

—Ni siquiera me sé la letra —me susurró al oído, con un deje de nerviosismo.

—Es fácil —le respondí, acercándome más para tranquilizarla—. Suéltate, no mires a la gente. Lee la pantalla y sigue mi ritmo. ¿Vale?

—¡Te mato, Jamie!

—De acuerdo, Hope, pero deja eso para después. ¡Ahora disfruta de la vida!

Le costó, pero cuando por fin se soltó la melena… Dios, ¡qué fiera indomable había estado escondida todo este tiempo! En cuestión de segundos, no solo logró seguir el ritmo, sino que además improvisó un bailecito tan espontáneo y pegadizo que, para mi asombro, la mayoría de los presentes comenzaron a imitarla.

Hope Deschanel era una verdadera caja de sorpresas, como un bombón que pruebas sin saber qué sabor te tocará.

Así era ella: deliciosamente impredecible.

17
Hope

—Voy al servicio, Jamie —señalé con el pulgar hacia mis espaldas mientras colgaba el bolso en mi hombro y rompía a caminar.

—Vale, mientras tanto pido otra ronda —respondió, alzando una ceja con una sonrisa ladeada.

—¿No estarás intentando emborracharme?

Le dediqué una mueca divertida, aunque la verdad era que el alcohol ya había comenzado a hacer estragos en mí. Nunca había sido de beber; de hecho, lo evitaba siempre que podía, porque el alcohol me sentaba como una patada directa al hígado.

—No mientras tú no quieras —manifestó con un tono más serio, aunque mirándome de esa forma tan suya que hacía difícil descifrar si bromeaba o hablaba en serio.

No le respondí. Simplemente giré sobre mis talones y me dirigí a los aseos de señoras. Una vez dentro, me tomé un momento para revisar el dispensador de papel antes de elegir un cubículo en el que encerrarme y aliviarme.

Por suerte, todo transcurrió sin contratiempos. Había una percha donde colgar el bolso, un rollo de papel prácticamente intacto y, para mi alivio, el suelo estaba limpio, sin rastros sospechosos de... ya sabemos qué.

Al salir, ya no estaba sola. Una joven morena, de grandes ojos azules y muy bella, se lavaba las manos mientras me observaba a través del espejo con curiosidad.

—Buenas noches —dijo, esbozando una sonrisa tan familiar que me hizo dudar si la había visto antes.

—Hola… ¿nos conocemos? —pregunté, todavía intrigada.

—Que yo sepa, no. Aunque podría estar equivocada —reve-ló con un tono desenfadado, mientras tomaba unas toallitas de papel para secarse las manos. Sus ojos bajaron hasta mi vestido, y agregó—: Me encanta. Te queda de maravilla.

—¡Gracias! —argüí, algo sorprendida por el cumplido.

—Aquí no se ven vestidos así, te lo aseguro. Apuesto a que eres de ciudad. Tal vez… ¿Los Ángeles?

—¡Bingo! —exclamé con un suspiro, antes de corregirme—. Bueno, de Riverside; nací allí.

—Lo conozco. Yo soy de Beverly Hills, aunque llevo ocho años viviendo en Bandera por amor, junto a mi marido y mis cinco hijos.

—¿¡Cinco!? ¡Pero si pareces tan joven! —prorrumpí, completamente incrédula.

Me miró, sorprendida, antes de aclarar:

—En realidad, cuatro —esbozó una preciosa sonrisa de orgullo—. Dakota es hija de Jake, pero para mí siempre ha sido como mía. Y sí, aún soy joven, pero siempre he creído que es mejor tener a los hijos temprano y seguidos, así, cuando se hacen adultos, todavía tienes energía para

disfrutar de tu matrimonio y darle todo el tiempo que no pudiste cuando estuviste tan concentrada en cuidar a los niños.

—Estoy de acuerdo, aunque solo si se me despierta el ins-tinto materno —objeté, pensativa.

—Se te despertará, no te preocupes por eso. ¡Eres una niña todavía!

—Sí, es cierto, me gustaría ser madre algún día, aunque no encuentre a la persona adecuada.

—Por ejemplo, con la fecundación in vitro con un donante.

—Es una opción. También está la adopción.

Me sonrió dulcemente.

—Me gusta tu forma de ver la vida...

—Hope, mi nombre es Hope. Hope Deschanel.

—¡Es precioso! Yo soy Alexandra. Alexandra Caroline Simmons. Un placer, Hope.

Me tendió la mano, y yo la estreché, devolviéndole la sonrisa. Luego, tras retocarnos el maquillaje y seguir conversando, regresamos a la barra.

Al llegar junto a Jamie, los presenté.

—Un placer, Alexandra.

—Lo mismo digo.

Se nos quedó mirando por un segundo, antes de soltar:

—Hacéis una pareja monísima.

—¡No somos pareja! —recalcamos Jamie y yo al unísono, como si al no aclararlo al instante, ¡hubiésemos evocado a todos los demonios!

—Amigos —especificó él.

—Compañeros de viaje —puntualicé yo.

—Entiendo —sonrió Alexandra, animada, y no hizo ningún comentario para no hundir el dedo en la llaga—. Me gustaría no irme sin antes presentaros a mi marido.

Ambos asentimos, y la seguimos hasta una mesa en el fondo, donde un hombre de unos cuarenta años, moreno, con unos ojos azules intensos y muy atractivo, se levantó para saludarnos. No sin antes besar a su esposa en los labios con ternura, incluso podría decir que con devoción.

—Cielo, ellos son Hope y Jamie.

—Encantado, soy Jake Maverick.

Nos estrechamos la mano.

—Vienen desde Los Ángeles con destino a Oklahoma.

—¡Que me aspen! ¡Eso son muchas millas!

—Dímelo a mí y a mi espalda. Porque la señorita no sabe conducir, y soy yo quien se ha chupado toda la carretera mientras echaba cabezaditas.

—¡Yo no me he dormido en ningún momento!

—Por supuesto que sí, y no pasa nada, Hope. Al menos uno de los dos ha podido descansar… ¡y roncar!

—¡Yo no ronco! —lo fulminé con la mirada.

Me puse roja al instante. ¿Se había visto algo más vergonzoso? ¿Pero cómo se atrevía a dejarme en evidencia delante de unos desconocidos, y aun siendo mentira?

—Lo sé, Piernas —le entró la risa—. Sé que no roncas, no seas tonta…

Jamie me rodeó con un solo brazo y me plantó un sonoro beso en el cabello, que me pareció excesivamente cariñoso para mi gusto.

—Sentaros, estáis entre amigos.

La verdad es que acabó siendo un acierto quedarnos un rato con aquella pareja que, de alguna manera, daban un poquito de envidia cochina por cómo se entendían, se apoyaban y se complementaban mutuamente. ¿Dónde había que firmar para tener eso en una relación de pareja? Hoy en día, pensar en compartir parte de tu escaso tiempo con alguien que no lo valoraría, daba miedo.

Los tiempos habían cambiado, y la gente ya no solía hacer el esfuerzo necesario para que una relación funcionara a largo plazo, ni siquiera a medio.

Charlamos, reímos, dijimos tonterías, e incluso los chicos empezaron a relatar anécdotas, una de su rancho en Texas y otra de su tiempo en el ejército en Afganistán.

—¿Jamie, me acompañas a comprar tabaco?

—Claro, a mí también hace rato que se me ha acabado el vicio.

Los chicos se levantaron y nos dejaron a nosotras solas. Jake besó a Alexandra en los labios y Jamie me tiró suavemente de la coleta, luego me guiñó un ojo.

Negué con la cabeza por sus payasadas y suspiré pensativa mientras los veía alejarse hacia la máquina.

—¿Puedo darte un consejo, Hope?

Me giré hacia Alexandra y busqué su dulce mirada.

—Por favor.

Le sonreí, sin imaginar lo que iba a decirme.

—Quédate con quien te mire así.

El silencio se instaló durante unos instantes hasta que volví en mí, pues su comentario me dejó completamente noqueada, ¡fuera de juego!

—Jamie y yo solo somos…

—… Compañeros de viaje —acabó mi frase.

—Eso es —sonreí nerviosa.

—No para él.

Me dirigió una sonrisa discreta.

—Y me atrevería a decir que para ti tampoco lo es. Solo necesitas más tiempo para darte cuenta de que Jamie no es como los demás chicos que han pasado por tu vida. Él es distinto.

Era incapaz de rebatir nada, porque en ese momento ni siquiera sabía distinguir mis sentimientos, después de los cócteles que me había bebido. Incómoda, decidí dar un nuevo sorbo a mi vaso y evitar admitir que su comentario había tensado todo mi cuerpo. Tragué con dificultad, pues pensar en la idea de Jamie y yo como pareja resultaba, cuando menos, confuso. Si bien era cierto que era divertido e ingenioso, algo terco y cariñoso, atento y detallista, generoso y atractivo…

¡Basta!

Tomé aire y luego lo solté.

Los chicos ya estaban de vuelta y traían una botella de champán abierta y copas de cristal.

—¡Brindemos por la amistad, por el amor y por las cone-xiones entre personas!

Los cuatro sonreímos y chocamos nuestras copas antes de dar un trago. La noche solo acababa de empezar, y prometía. ¡Vaya si prometía!

18
Jamie

—Jamie… ¿qué te hace… pen-sar que no puedo andar por mis propios medios? —balbuceó con una risa juguetona mientras, a duras penas, se mantenía erguida, tambaleándose. Le temblaban las piernas.

—Tú, no te sueltes de mi cuello, ¿vale? —le advertí, notando que su risa no cesaba.

—No me has… res-pon-di-do —protestó entre carcajadas.

—Vas pedo.

Coloqué mi mano en su cintura y la apreté contra mí; no quería que, al empezar a caminar hacia la habitación del motel, se resbalara de mis brazos y cayera al suelo.

Alexandra y Jake, por seguridad, habían tenido la amabilidad de acompañarnos en su Gran Torino hasta el aparcamiento del The Big Texan Motel por nuestra seguridad, pero ya se habían ido a casa.

—Yo no voy… pe-do… —musitó, acercándose mucho a mi oído, y su aliento a alcohol me hizo sonreír.

En ese momento, me di cuenta de que el dulce aroma a Dior J'adore se colaba entre nosotros con sus notas florales, desprendiendo elegancia y frescura, al igual que ella. Bueno, tal vez no tan fresca en ese instante, pero resultaba divertido verla en una faceta tan distinta a su habitual confianza inquebrantable.

Avancé con ella a cuestas por el caminito de piedras hasta que, con esfuerzo, logré anclar la llave en la cerradura.

Una vez dentro, la acerqué a la cama y, después de que se soltara de mi cuello, se dejó caer de espaldas sobre el colchón. Me senté, y mi peso hizo que el lado de la cama donde se encontraba se hundiera. Comencé a descalzarla antes de apagar la luz para que pudiera dormir tranquila.

—¿Qué haces, Jaimmee?

—Descalzarte.

—¿Para qué?

—Porque necesitas descansar, has bebido demasiado.

—No es verdad.

—Cierto…, no lo es. —Le di la razón como a los tontos, pues cuando alguien está en esas condiciones, lo mejor es concederle todo—. Estás fresca como una lechuga, pero ya es tarde y necesitas dormir.

—No tengo sueñooo.

—Te lo digo en serio, Hope. Mañana nos espera un día largo.

Con un gesto de rebeldía, se sentó en la cama y me observó fijamente.

—Mírame, Jamie —respiraba agitada.

Vacilé unos segundos antes de responderle.

—Ya te miro, siempre lo hago —confesé con honestidad.

Me cogió una mano y la acercó suavemente a su mejilla.

—¿Y qué ves?

Comencé a acariciársela lentamente, dejando que el silencio se alargara.

Me puse serio de golpe.

—Te veo a ti.

Miré sus labios, ella, con una leve sonrisa, se acercó más y buscó los míos. Hope, sin titubear, me besó despacio, saboreando mis labios como si nunca hubiera besado otros antes. Acogí su mejilla con ambas manos, acariciando su piel con suavidad. Lamí sus labios y ella abrió la boca, invitándome a que también lamiera su lengua.

Joder…

Hundí la lengua en su boca.

Mis latidos comenzaron a acelerarse, retumbando en mis oídos. Estaba ocurriendo, y fue el beso más dulce y delicado, una mezcla perfecta de ternura y complicidad, algo que jamás había experimentado… solo que…

Mierda.

¡Stop!

—Espera, Hope… Maldita sea… No puedo…

Ella abrió los ojos como platos, y miré sus labios, cuyas comisuras estaban sonrosadas por el roce de mi incipiente barba.

—No vamos a seguir, no vamos a acabar follando —me separé de ella un palmo, como si de golpe fuera portador de un virus letal—. Estás borracha y jamás me lo perdonaría.

Hope se me quedó mirando, un, dos, tres segundos antes de escupir:

—Creo que voy a vomitar…

Ni siquiera me dio tiempo a acompañarla al baño, alzar la tapa del retrete y permitir que se desahogara allí. Lo hizo sobre mi camiseta, en la cama y en sus propias piernas.

La primera arcada fue solo el presagio de lo que vino después: un chorro que salió con la fuerza de la niña de *El Exorcista*, pero en versión pija con el flequillo perfecto.

La situación era totalmente surrealista, y el hedor a vómito… ni te cuento. Siempre he pensado que es el olor más nauseabundo y repulsivo que ha existido jamás.

Con todo, la llevé al baño, la desnudé con cuidado y la metí bajo la ducha, porque tenía restos de vómito hasta en el encaje del sujetador y trocitos de la cena pegados en el cabello. Después, la acosté en mi cama, la cubrí hasta el cuello, le besé la cabeza con suavidad y me puse manos a la obra, llevando toda la ropa, las sábanas y las toallas a la lavandería.

Hope se quedó dormida al poco después.

19
Hope

Jamie…

Abrí los ojos lentamente. Al hacerlo, me di cuenta de que su brazo rodeaba mi torso, y su pecho estaba pegado a mi espalda. Su mano, firmemente entrelazada con la mía, me mantenía unida a él, arropada. Estaba tan cerca, tan envuelto en mí, que podía sentir su cuerpo cálido pegado al mío, su respiración contra mi nuca, su rostro hundido en el hueco de mi cuello, como si no quisiera soltarme.

Habíamos dormido así, abrazados durante toda la noche. Sonreí, porque por un momento pensé que aquello era lo que algunos llamaban felicidad. Debía serlo, porque no recordaba haber sentido nada parecido en mi vida.

Era una mezcla de paz, de protección, de seguridad. Una sensación cálida que recorría mi piel, como si el mundo, por una vez, estuviera en su lugar.

—¿Cómo has pasado la noche?

Abrí los ojos como platos, sin esperar que estuviera despierto tan pronto.

Apenas me había movido, casi ni había respirado, como si temiera que ese momento se desvaneciera de inmediato, deseando que perdurara.

—Bien, supongo. Con algo de resaca, dolor de cabeza y esas cosas, ya sabes, después de beber como una esponja, pero bien…

—Me alegro, Hope.

Se movió para liberarme de su agarre, dándome un suave beso en el hombro antes de intentar levantarse.

—Jamie…

—Dime.

—No te vayas todavía.

—No me he ido.

—Has dejado de abrazarme.

No dijo nada más. En cambio, volvió a pegarse a mi espalda, rodeándome con aún más fuerza. Entrelazamos los dedos de la mano derecha, asegurándome de que no se quedaba solo porque yo se lo había pedido, sino porque él también lo quería. Apreté nuestras manos contra mi pecho, mecido por el vaivén de mis respiraciones.

El calor de su cuerpo era pura familiaridad; su aliento en mi nuca, complicidad; y el roce de su piel contra la mía, una conexión que no necesitaba palabras.

Con cuidado, me giré.

Quedamos frente a frente, cara a cara, a escasos centímetros el uno del otro. Permanecimos en silencio unos instantes, no demasiados.

—No me arrepiento de haberte besado.

Jamie sostuvo mi mirada, con una intensidad que casi podía tocarse con la yema de los dedos. Luego sus ojos recorrieron mi rostro, hasta detenerse en mis labios, antes de volver a los

ojos.

—Yo tampoco, Hope.

Cogí aire, tratando de mantener la compostura.

—¿Pero… pensabas que no iba a acordarme por estar borracha?

—Cabía la posibilidad, sí —admitió con sinceridad, encogiéndose ligeramente de hombros—. Pero sabía que lo recordarías.

De inmediato, las alarmas comenzaron a sonar en mi cabeza. ¿Era posible que no hubiese sentido nada al besarme? Porque yo lo sentí ¡todo! Incluso con el alcohol nublando mis sentidos, supe que ese beso era real. Lo sentí, sentí mis labios en los suyos, sentí… *un nosotros*.

—Entonces, ¿por qué te apartaste?

Jamie sostuvo mi mirada.

—Porque nunca me acostaría con alguien que no está en pleno consentimiento. Yo no soy de esa clase de tipos.

—¿Y ahora? Ahora ya no estoy borracha. ¿Ahora por qué no me besas?

—Ahora estamos hablando, Hope.

Él negó con la cabeza.

—Ah, entiendo.

—Las cosas surgen. No lo entiendes…

—Bésame.

—Hope, vamos.

Mis ojos comenzaron a nublarse con una rapidez que me tomó por sorpresa; le miré suplicante. Sentí un doloroso y creciente nudo en la garganta.

—Bésame, Jamie.

—Hope…

—Por favor… necesito que me beses —susurré, con los labios temblorosos, al borde del llanto.

Acogí su mejilla con la mano izquierda.

—Mierda, Hope. No pienso hacerlo. Al menos, no así.

Jamie se pasó una mano por el pelo, visiblemente tenso. Podía verlo midiendo cada palabra, calibrando cada una de mis súplicas y las consecuencias de lo que podría suceder si cedía.

—Dejé de besarte anoche porque no quería hacerte daño —confesó finalmente, con una voz que, aunque firme, dejaba entrever una frágil vulnerabilidad—. Y no te beso ahora porque, si lo hago, sé que no será la última vez que lo haga.

Se acercó un poco hacia mí, con su mirada ardiendo de intensidad, como si intentara que entendiera todo lo que no podía decir con palabras.

—Quiero estar seguro de que tú deseas lo mismo que yo, Hope. Porque no quiero hacerte el amor solo hoy, sino el resto de mis días.

Secó una lágrima de mi mejilla con el pulgar, y luego depositó un beso suave en mi frente. Yo, cerrando los ojos, dejé escapar un suspiro tembloroso que luchaba por no convertirse en llanto.

—Gracias, de verdad, Jamie.

—¿Por qué?

—Por ser honesto conmigo.

—Siempre lo seré, Hope. Nunca te mentiré.

Lo dijo con tal convicción que le creí sin dudar. Le creí. Creí en sus acciones y en sus

palabras, sin saber que la verdad siempre encuentra su camino.

20
Jamie

Día 3: Amarillo, TX → Oklahoma City, OK
(~260 millas / ~420 kms)

Hope no lo comprendió. Lo vi en sus ojos, en cómo evitaban los míos, incapaces de disimular la decepción. Lo noté mientras estábamos acostados y en su mirada perdida durante el desayuno, antes de subirnos al Chevrolet y retomar el viaje hacia Oklahoma. Su silencio me hacía sentir muy confuso.

Pasamos la mayor parte de la mañana envueltos en un mu-tismo incómodo, rompiéndolo apenas cuando me pidió que cambiara la emisora de la radio.

Sonaba *Jolene* de Dolly Parton cuando nos detuvimos en la estación de Conoco a las afueras de Shamrock. Allí aproveché para repostar combustible, mientras ella se dirigía a los baños y volvía con una bolsita de gominolas.

Nuestro peculiar *road trip* estaba llegando a su fin, y la idea de despedirme de ella con ese sabor amargo en el paladar me resul-taba insoportable. Tenía que hacer algo. No podía permitir que todo terminara así, con un mal recuerdo clavado como una espina en mi pecho. No quería que nuestra despedida fuera definitiva, ni vivir con la incertidumbre de no saber nunca más de ella: si encontraría las respuestas para completar su tesis, si estaría bien, si lograría ser feliz en un futuro en el que yo ya no estuviera presente.

Esas preguntas me consumían desde la noche anterior en una tormenta de pensamientos que me carcomían por dentro. No podía cargar con ellas; mi mochila emocional ya estaba repleta de frustraciones acumuladas a lo largo de los años.

Seguí conduciendo un poco más hasta que llegamos a Elk City. Entonces, le propuse que hiciéramos una parada para comer.

—¿Te parece bien aquí, en Simon’s Catch?

Hope sacudió la cabeza, como si mi voz la arrancara de un pensamiento distante, y desvió la mirada de la ventana, volviendo en sí.

—¿Perdona?

—Que si tienes hambre.

—No demasiada, pero si te apetece, podemos pedir algo para compartir.

—Claro.

Asentí, esbozando una media sonrisa, mientras ella bajaba la visera del coche. Con un movimiento automático y elegante, rebuscó en su bolso hasta sujetar con los dientes un par de horquillas. Mirándose en el pequeño espejo, deslizó la primera entre su cabello, tratando de devolver a su lugar un par de mechones rebeldes que se habían escapado de su habitual coleta.

Se contempló en el espejo con minuciosidad hasta quedar satisfecha, y luego, abriendo la puerta del coche, me lanzó una mirada acompañada de un escueto:

—Estoy lista —afirmó con una sonrisa contenida, sin mostrarme los dientes.

Y lo estaba, estaba lista, en toda la extensión de la palabra. Porque no importaba lo que llevara puesto, si iba maquillada o con la cara lavada, si su cabello estaba perfectamente recogido o despeinado. Siempre era hermosa, de esa forma que corta el aliento y te obliga a apartar la mirada, no por incomodidad, no qué va, sino por la pura intensidad de su belleza.

Hope deslumbraba; brillaba con luz propia.

Al cruzar la puerta, el restaurante exudaba un aire rústico que, siendo francos, rozaba lo descuidado y necesitaba unas cuantas reformas.

Nos sentamos en una mesa junto a la barra, ya que todas las otras estaban ocupadas pues el sitio estaba a reventar, principalmente de camioneros que aprovechaban la parada para saciarse con comida abundante. Porque hay que admitirlo, el servicio era impecable, de diez.

Optamos por una de las especialidades de la casa y compartimos el *Catfish Dinner*. Por $16.99, nos sirvieron tres generosas piezas de bagre empanadas con harina de maíz. El plato venía acompañado de papas fritas crujientes, *hushpuppies*, frijoles sazonados, ensalada de col fresca, una bandeja con encurtidos variados y una generosa porción de salsa tártara.

Mientras esperábamos la comida, Hope pidió un batido de vainilla, coronado con un copete de crema batida y una cereza roja brillante. Yo, por mi parte, me pedí una Pepsi con hielo picado en un vaso alto y helado.

—¿Tienes dónde dormir esta noche en Oklahoma?

—No, pero tampoco creo que sea asunto tuyo, Jamie —sonrió tirante.

Tosí una risa, una de esas que escapan del alma sin permiso. Mi intención era mantenerme amable, al menos hasta la despedida, pero me quedó claro que ella todavía llevaba el hacha de guerra firmemente empuñada.

—Sé que no es asunto mío, Hope. Pero me gustaría saberlo.

—Desde nuestro desafortunado beso en Amarillo, has dejado de llamarme: «Piernas» —respondió mientras cortaba un trozo de bagre empanado y se lo llevaba a la boca sin apartar la mirada de la mía.

—Creía que no te hacía ni puta gracia que te llamara así.

—Ese es tu puto problema —replicó, troceando otro pedazo de pescado y llevándoselo a la boca antes siquiera de haber tragado el primero—. No piensas en lo que los demás puedan llegar a sentir o interpretar, simplemente actúas.

Cogí el tenedor y corté un trozo generoso de bagre, llevándomelo a la boca con cierta brusquedad.

—¿Y toda esta escenita de rabieta de niña consentida por un beso? —pregunté, con los ojos desbordados de sarcasmo, masticando con la boca abierta y señalándola con el cuchillo de punta redonda, en modo acusica.

—No es solo por el beso —respondió, cortando otro trozo que se llevó a la boca, y ya eran tres sin haber tragado. La bola de comida en su boca crecía cada vez más, pero ella la mantenía allí, con total calma, poniéndola en el carrillo derecho para poder hablar con claridad —. Bueno, sí, qué demonios. ¡Sí, es por el beso!

—No puedes obligar a nadie a besarte.

Me metí otro trozo de pescado en la boca, sin perder el ritmo de la conversación.

—Que yo sepa, ¡nadie te obligó a meter tu lengua en mi boca hasta la campanilla!

Ella metió otro trozo y ya iban cuatro. La bola de comida parecía no tener fin, pero ella mantenía la calma.

—¡¿Cómo querías que siguiera besándote si estabas como una cuba?!

Fue entonces cuando, al meterme el cuarto trozo de empanado, intenté hablar y un pedazo salió disparado como un proyectil, aterrizando en el peluquín del hombre sentado detrás de Hope. Ella, al darse cuenta, hizo un movimiento rápido para evitar que la *bala* aterrizara en su cara.

Nos miramos ella y yo, con los ojos desorbitados hasta quedarnos completamente mudos. Nuestras caras hablaban por sí solas. La expresión: «¡Tierra, trágame!», se quedaba cortísima.

Me concentré en respirar, porque estaba a punto de estallar de risa, cuando vi a Hope empezar a morderse el labio con la boca llena, tratando de no reír y caer muerta de la risa en medio de esa escena tan surrealista. Porque con ella, cualquier situación que fuera cotidiana o aparentemente normal, se convertía automáticamente en algo extraordinario.

Pensé que ese había sido el momento más divertido que había vivido en años, sobre todo cuando el trozo de empanado se resbaló del peluquín y cayó al suelo con un ruidoso *¡Chof!* El ca-mionero, de apariencia intimidante y tatuado de pies a cabeza, se dio cuenta de lo que acababa de pasar. Se giró rápido, visiblemente enfadado, y al ver que la comida estaba ahora en el suelo, se levantó con un furor de mil hombres.

—¿Eres tú el mamón que me ha lanzado ese trozo de pescado a la cabeza?

Siempre me había preguntado cómo sería hacer un *simpa* en toda regla, y ahora iba a vivirlo en primera persona.

No esperé a que el tipo me reventara la cara a base de golpes, así que tomé a Hope de la muñeca, la miré a los ojos, y antes de tirar de ella hacia la puerta, vi cómo asentía, dando su aprobación.

Corrimos, cogidos de la mano, hacia el exterior, oyendo al tipejo escupir toda clase de barbaridades por su boquita mientras, entre carcajadas, nos subíamos al Chevrolet. Con una nube de polvo levantada a toda velocidad dando un derrape, nos perdimos en un estrecho sendero de cabras, hasta que el restaurante desapareció de mi campo de visión.

21
Hope

Grité: «¡Gerónimo!» a pleno pulmón, como una verdadera posesa, mirando por el espejo retrovisor, observando cómo el energúmeno de dos metros corría tras el Chevrolet, tropezaba y caía al suelo mientras nos recitaba a viva voz una retahíla de improperios, cada uno más colorido que el anterior. Solo me faltó izar un pañuelo al aire, como si acabáramos de conquistar las Indias, con la misma arrogancia que seguramente desató Colón.

Minutos después, Jamie detuvo el vehículo en una zona algo menos frondosa, desde donde se divisaba a lo lejos un claro y una granja rodeada por un cercado.

—¡Ha sido memorable! —Me reí como una posesa, aún sintiendo la adrenalina recorriendo mis venas, mientras el sol del atardecer se derramaba sobre nuestras cabezas, tiñendo el cielo de tonos anaranjados. Nuestras respiraciones estaban acompasadas, resonando en el aire tras la frenética carrera— ¡Acabo de vivir una auténtica película de John Woo!

Jamie, con un golpe seco, puso el freno de mano, se desabrochó el cinturón con un movimiento firme y, me apresó la cara entre sus manos.

—Ahora te voy a besar porque sé que lo voy a hacer el resto de mi vida. Y, además, voy a reventar si no lo hago ya.

—Jamie…

—Estoy harto de remar a contracorriente, de desearte con tanta intensidad y… no hacer nada para dejar de sentir este dolor.

Me besó con tal fiereza que me dejó sin aliento. Me besó con desesperación. Exigente. Volviéndome completamente loca, sin poder contenerme. No fue ni de lejos como la noche anterior. No fue dulce, ni tímido, ni temeroso de romperme en mil pedazos. Esa tarde fui devorada, literalmente, por su boca. Saqueada sin pudor, sin dejar espacio para frenar ningún impulso carnal.

Yo le correspondí sin quedarme atrás.

Le deseaba, le necesitaba.

Mi pulso se aceleró aún más cuando me atrajo con más fuerza hacia él, cuando su lengua se entrelazó con la mía, cuando sus manos comenzaron a explorar mi cuerpo. Me desaté del cinturón como pude y, al sentirme liberada, le propuse movernos a los asientos traseros.

Jamie se sentó, y yo, a horcajadas sobre sus muslos, noté el bulto de su entrepierna presionando contra mi sexo.

Volvimos a besarnos, a acariciarnos por encima de la ropa, dibujando senderos invisibles con la yema de mis dedos, caminos que jamás imaginé trazar.

Me desabrochó el vestido por la parte delantera, dejando al descubierto mi sujetador de encaje azul. Su mano, ligeramente temblorosa, recorrió el centro de mi pecho, siguiendo el contorno de mi esternón, antes de besar cada una de las múltiples cicatrices que deformaban mi piel inmaculada.

—Hope, eres preciosa…

No respondí con palabras, sino con una sonrisa cómplice, mientras, con gracilidad, le sacaba la camiseta por encima de la ca-beza, admirando su torso cubierto por un vello rizado que le daba un toque muy masculino mientras se balanceaba una *dog tag*, una chapa de identificación militar, de esas diseñadas para reconocer a los soldados en caso de fallecimiento o herida grave. Luego me incliné para besar sus pezones, lamerlos y mordisquearlos con suavidad.

—¡Oh, Dios…! —Gimió él, con los párpados casi cerrados, antes de tomarme por la cabeza y hacer que le mirara a los ojos. Percibí la conexión profunda entre nosotros, el anhelo de ser uno solo— Necesito estar dentro de ti.

Asentí, sin poder evitar el nudo en el estómago.

—Yo también, Jamie. También necesito que estés dentro de mí. Ahora…

Contuve la respiración mientras ambos nos despojábamos de la ropa que nos quedaba, y él se puso un preservativo antes de hundirse en mí. Lo hizo despacio, sin apartar la mirada, mientras yo comenzaba a moverme, adaptándome a su cuerpo. Sus manos me sujetaban con fuerza, apretando mi trasero, mientras yo lo hacía a sus hombros.

—Así es como lo había imaginado. Así, pero es infinitamente mejor que en mis sueños —me miró con las pupilas muy dilatadas, jadeando contra mis labios—. ¿Y tú?

—Esta es una de las infinitas formas en que he soñado en que haríamos el amor…

Me sonrió, estremeciéndose, y me pidió que llegáramos al clímax juntos, que me esperaría cuando estuviera cerca. Y así fue. Ambos alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo.

Cerró los ojos y susurró contra mi piel:

—Me estoy enamorando de ti, Piernas.

22
Jamie

McAlester, Oklahoma

Esa noche nos alojamos en el Hampton Inn & Suites, un hotel mo-desto pero cómodo que cubría nuestras necesidades esenciales y, además, estaba estratégicamente ubicado cerca de la interestatal.

Esta vez optamos por una sola habitación, equipada con una cama de matrimonio. La decisión era evidente: seguir jugando al gato y al ratón después de haber cruzado esa línea de intimidad resultaba absurdo e innecesario.

Curvé los labios en una sonrisa llena de satisfacción.

—Hogar, dulce hogar, Piernas.

—Sí… el tercer alojamiento en tres días —respondió con voz agotada, dejando entrever el peso de una larga travesía entre carreteras polvorientas, interminables millas de asfalto y llanuras desoladoras—. Necesito una ducha con urgencia.

—Por supuesto, cómo no —tosí para aclararme la garganta y realicé un gesto caballeroso mientras pasaba por mi lado, sin apuntarme el tanto—. Las damas primero.

Sonreí con picardía y, no resistiendo la tentación, le di un leve azote en el trasero cuando se dirigía hacia el baño. Ella en cambio, cazó un cojín y me lo lanzó contra la cara, siguiéndome el juego.

—Anda, Jamie, ¿por qué no aprovechas para pedir algo de cena? —sugirió mientras giraba la cabeza con una mirada divertida—. Me encantaría no tener que salir de la habitación en toda la noche.

—¿Quieres quedarte secuestrada entre mis sábanas hasta el amanecer? —le dediqué una mirada de advertencia, alzando una ceja en un gesto descarado sonando a fiel promesa.

—Hum… sí, me encantaría —susurró.

Los pulmones se me hincharon de una sensación de felicidad que jamás había experimentado en mi puta vida.

—No hay más que hablar entonces, preciosa.

Técnicamente, Hope y yo nos separaríamos al día siguiente. Ninguno de los dos había dicho ni hecho nada que alterara ese desenlace inminente. Ambos habíamos llegado a Oklahoma con propósitos claramente definidos, ninguno de los cuales tenía cabida en la vida del otro. Por ende, salvo que ocurriera un milagro, nuestros caminos se bifurcarían allí, en ese hotel, cuando el amanecer disipara las últimas horas que nos quedaban juntos.

Detestaba ese tipo de circunstancias, aquellas en las que dos almas parecen destinadas a encontrarse, pero no a permanecer juntas. O, dicho de otra manera, cuando alguien se convierte en la persona adecuada, pero en el momento equivocado, y no hay fuerza capaz de alterar el desenlace.

Por ello, daba por sentado que no nos quedaba más opción que saborear el presente. El futuro, siempre incierto, escapa a nuestro control, como bien expresó Horacio, el célebre poeta

romano, en una de sus odas:

«Carpe diem, quam minimum credula postero.»
(Aprovecha el día, confiando lo menos posible en el mañana).

Al cabo de unos minutos, cuando a través de la KWFF 99.7 The Wolf sonaba *Man! I Feel Like a Woman!* de Shania Twain, Hope salió del baño, cubierta únicamente con una toalla que apenas llegaba por debajo de sus glúteos, mientras su melena oscura, aún húmeda, caía en cascada sobre sus hombros.

Sus grandes ojos azules se alzaron hasta encontrar mi mirada.

—Te toca.

Dejé el móvil a un lado, sobre el colchón, y la observé desde mi posición privilegiada, sentado al pie de la cama.

—Ven aquí, primero.

Esbozó una sonrisa y avanzó hacia mí con paso tranquilo.

—Quiero decirte algo.

Negó con la cabeza, divertida, y siguió caminando hasta quedar frente a mí.

—Al oído…

—¿Piensas decírmelo todo por fascículos?

Me encogí de hombros, adoptando una expresión burlona.

—Mejor no hablemos de *culos*.

Hope soltó una carcajada sonora.

—¡Pero qué tontaina eres! Va, dime, ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme y que no puede esperar a pegarte una buena ducha? Porque, por cierto… —se inclinó y aspiró el aire cerca de mi axila— Apestas a *eau* de cerdito.

Entreabrí las piernas y la atraje hacia mí, pegándola contra mi cuerpo. Con un tirón suave, deslicé la toalla, dejándola completamente desnuda ante mis ojos. Ella permaneció de pie, mientras yo seguía sentado, observándola como si fuese una obra de arte, una creación divina hecha solo para mí.

—Jamie… —murmuró con una sonrisa nerviosa.

Pude sentir su respiración entrecortada mientras mi mano se deslizaba lentamente desde su clavícula hasta su intimidad, recorriendo con ternura su cuello, el escote, el ombligo y su Monte de Venus.

Sus muslos temblaron cuando mis dedos exploraron su sexo, buscando y encontrando su humedad.

—Dios… —jadeó, mirándome suplicante, con el deseo ardiendo en sus pupilas mientras se mordía el labio inferior.

—Dios no tiene nada que ver con nosotros, te lo aseguro.

Dejé de masturbarla con los dedos y pasé mis manos a su trasero, levantándola con facilidad, cargándola a pulso para sentarla sobre la mesa del escritorio. Coloqué un cojín en el suelo y clavé las rodillas en él.

—¿Te has vuelto loco?

—Eso está por verse…

A partir de ese momento, el tiempo dejó de tener sentido. Me entregué concienzudamente a darle placer oral, saboreándola sin prisa, mientras ella se aferraba a mi cabello, incapaz de contener los gemidos que escapaban de sus labios. Cada espasmo, cada vez que su espalda se arqueaba, era como si fuera a partirse en dos.

No paré hasta que su voz se quebró al gritar mi nombre y maldecirme entre jadeos por haberle regalado el mejor orgasmo de su vida.

Cuando todo terminó, lamí cada rastro de su placer hasta quedar completamente saciado.

—Ahora sí que me voy a la ducha.

—¿Y me dejas así? —logró articular entre respiraciones agitadas.

—Yo que tú me vestiría, porque el repartidor de la comida china está a puntito de llegar.

—Jamie…

Me reí con picardía mientras le guiñaba un ojo y me refugiaba en el baño, dejando que el agua de la ducha me envolviera bajo la alcachofa, incapaz de borrar de mi rostro esa sonrisa bobalicona causada por la chica del flequillo siempre perfecto y con las piernas más bonitas del mundo.

23
Hope

Finalmente, Jamie y yo optamos por quedarnos juntos en ese hotel, con la intención de resolver los asuntos pendientes que cada uno arrastraba y la verdadera razón de nuestro viaje a Oklahoma.

Jamie se llevó el Chevrolet y se dirigió hacia Krebs, un pequeño pueblo rural ubicado a unas 7 millas al sur de McAlester, mientras que yo, por mi parte, solo tenía que recurrir a un Uber, Lyft o al transporte público para llegar a mi destino que se encontraba en pleno corazón de la ciudad.

—Oye, ya me contarás a la hora de la cena qué tal te ha ido la visita al familiar, Jamie —susurré mientras me inclinaba y metía la cabeza por la ventanilla del coche para besarlo en los labios.

—Claro, preciosa —me acarició la mejilla—. Nos vemos por la noche.

Asentí. Nos volvimos a besar y le sonreí.

—Ve con cuidado, Piernas.

—Siempre lo hago.

—Ve con cuidado —insistió, demasiado serio para mi gusto.

Era extraño, pero desde que habíamos llegado a esa ciudad, su carácter jovial y despreocupado parecía haberse quedado atrás, en Amarillo. Jamie parecía haberse transformado en otra persona, alguien al menos diez años mayor.

Encendió el motor, y yo le di un par de golpecitos a la ca-rrocería para despedirme de él, mirándolo hasta que desapareció de mi vista.

Suspiré profundamente.

Me alisé con la mano el pantalón oscuro de tela y me abroché el último botón de la blusa blanca, buscando dar una apariencia de profesionalismo y, a la vez, de confianza para la entrevista que estaba a punto de realizar al preso Howard Olsen, quien llevaba veinte años encerrado por asesinato. Un condenado a muerte que vería su final mañana, a las doce del mediodía, mediante una inyección letal.

—¿A dónde le llevo, señorita?

—A la Penitenciaría Estatal de Oklahoma, por favor.

El taxista reajustó el espejo retrovisor, mostrando curiosidad sobre quién, en su sano juicio, se aventuraría a entrar en un lugar así.

—Por su bien, espero que no vaya a ver a ningún familiar. Allí solo hay gente que debería arder en el infierno.

No respondí a su comentario, no me gustaba hacer juicios de valor a nadie porque siempre había sido de la convicción que todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario y no viceversa, pero él siguió intentando darme conversación durante todo el trayecto.

—Los que trabajan allí dicen que, por las noches, han oído pasearse por los pasillos las almas de los asesinos ya muertos, aquellos que pasaron por la silla eléctrica o… incluso huelen a carne chamuscada… putrefacta…

—Oiga, disculpe… No pretendo ser grosera, pero le pediría que guardara sus historias para otro cliente que tenga ganas de escucharlas.

No volvió a pronunciar palabra; selló los labios hasta que pagué la carrera y me bajé del taxi.

Cuando quedé sola, levanté la vista. Ante mí, se alzaba una de las prisiones de máxima seguridad más imponentes del estado, un lugar destinado a albergar a algunos de los reclusos más peligrosos, aquellos que cumplían largas condenas o esperaban su destino final. La visión del complejo me heló la sangre antes de atreverme a dar un solo paso hacia adelante. El edificio, un coloso de ladrillo y acero diseñado para resistir cualquier intento de fuga, parecía absorber el calor del día, rodeado por terrenos áridos que subrayaban su aislamiento del resto del mundo.

El sol apenas se insinuaba en el cielo, velado por una capa opaca de nubes que se alzaba detrás de los imponentes muros, altos y coronados por alambres de púas.

Desde las torres de vigilancia, las miradas de los guardias me seguían con una precisión casi predatoria, como si fueran aves rapaces listas para detectar el menor rastro de miedo.

Cada paso que daba hacia la primera verja resonaba en el silencio sepulcral, amplificado por el crujir de la grava bajo mis zapatos.

Un guardia uniformado levantó la mano, deteniéndome en seco.

—Identificación, por favor —ordenó con tono seco pero firme.

Con manos ligeramente temblorosas, saqué mi credencial de estudiante de periodismo y columnista de *Los Ángeles Magazine* y se la entregué. Él la examinó minuciosamente durante unos instantes antes de devolvérmela con un breve asentimiento.

La verja chirrió al abrirse con un sonido metálico que pareció recorrer mi espina dorsal de arriba abajo. Sentí cómo el nudo en mi estómago se apretaba hasta convertirse en una bola de nervios.

Cuando crucé al otro lado, la puerta se cerró tras de mí con un estruendo que me aterró. Ya no había vuelta atrás.

Dentro, el proceso de seguridad comenzó en un vestíbulo austero y gélido. Un segundo guardia me indicó que depositara todas mis pertenencias en una bandeja metálica. Lo hice sin vacilar, dejando mi bolso, teléfono y cualquier objeto metálico.

—Extienda los brazos —ordenó una oficial mientras se co-locaba unos guantes de látex.

Obedecí mientras ella deslizaba un detector portátil cerca de mi cuerpo. Una vez que confirmaron que no llevaba nada inapro-piado, me entregaron una credencial de visitante junto con lo que previamente había solicitado para la entrevista: una grabadora, un bolígrafo y un bloc de notas.

Un tercer guardia me escoltó a través de un laberinto de pasillos grises y mal iluminados, cada uno más sombrío que el anterior.

Finalmente, llegamos a un área aún más protegida. Enormes rejas eléctricas separaban el módulo de pena capital del resto de la penitenciaría. El guardia activó un botón, y la verja se deslizó lentamente

Mi corazón latía con tal fuerza que temí que los demás pudieran escucharlo. El aire era denso, casi opresivo. Incluso, fui capaz de distinguir los ecos de voces lejanas, el retumbar de pasos y el sutil arrastre de cadenas que rompían el inquietante silencio.

En la sala de espera del módulo de pena capital, tomé asiento. Un guardia se acercó para explicarme las reglas con un tono serio y profesional.

—No toque a los internos. No les entregue nada. Siga las instrucciones al pie de la letra. Es la única forma de garantizar su seguridad cuando esté frente a Howard Olsen. ¿Le ha quedado

todo claro?

Asentí, incapaz de articular palabra. Mi boca estaba completamente seca, y una sensación de vértigo comenzaba a instalarse en mi pecho.

—¿Tiene alguna pregunta? —insistió el guardia.

Negué con la cabeza y, momentos después, me autorizaron a pasar al área de visitas. Crucé la última puerta, y ahí estaba él.

Howard Olsen estaba sentado al otro lado del cristal reforzado, con las manos esposadas sobre la mesa. Sus ojos grises, profundos y cargados de un peso imposible de describir, me miraron fijamente.

En ese preciso instante, recordé con claridad los motivos que me habían llevado hasta allí, a esa penitenciaría y no a otra, frente a ese recluso y no a cualquier otro. Una ola de vértigo recorrió mi cuerpo mientras palidecía ante la cruda realidad: estaba frente a un hombre que contaba las horas para verse cara a cara contra su destino final, y yo, probablemente, sería su última conversación, sin tener en cuenta al personal de la prisión.

24
Jamie

Regresé a Krebs, el diminuto pueblo rural al sur de McAlester donde transcurrió mi infancia. Allí vine al mundo, asistí a la escuela, aprendí a montar en bicicleta, encontré a mi primer mejor amigo y, justo allí, lo perdí todo de la noche a la mañana. Todo.

El lugar parecía estar congelado en el tiempo, como si hubiese quedado atrapado en un instante, como esas bolas de cristal que, al agitarse, hacen que la nieve en su interior caiga lentamente. Las calles, angostas y adoquinadas, seguían flanqueadas por viejas farolas de hierro que proyectaban sombras alargadas al caer la tarde. El pequeño colmado, con su desgastado letrero de letras desvaídas y una fachada golpeada por los años, permanecía inmóvil, como un testigo mudo de incontables historias de un pasado mejor.

El aire, cargado con un tenue aroma a leña ardiendo, me transportó a tardes de invierno alrededor de la chimenea, cuando el mundo parecía más sencillo. Las aceras, desniveladas y salpicadas de grietas, escoltaban las casas que se alzaban a ambos lados de la calle: algunas aún conservaban vestigios de lo que fueron, mientras otras parecían rendirse al peso del olvido. La casa de mi familia, aquel refugio que en su momento llamé hogar, no era más que el reflejo desolador del abandono acumulado durante años.

El corazón se me encogió al verla nuevamente. La fachada de madera, que una vez lució un blanco luminoso, ahora estaba surcada por grietas y salpicada de manchas verdosas de moho. Las ventanas, antes abiertas para dejar entrar la calidez del sol, ahora se mostraban torcidas y desvencijadas. El techo, de tejas grises, presentaba hundimientos evidentes, erosionado por las lluvias, el viento y el inexorable paso de casi dos décadas.

Avancé hacia el porche delantero, cubierto por maleza y tablones podridos que crujían bajo cada paso. Sentí un nudo en el estómago al insertar la llave en la cerradura, y el chirrido de la puerta al abrirse resonó como un eco de lo que una vez fue.

Entré.

Dentro, la penumbra reinaba. No había electricidad; hacía décadas que las facturas habían dejado de pagarse. Sólo la luz mortecina del sol que se filtraba a través de las ventanas rotas me guiaba entre las sombras.

Tosí. Todo estaba cubierto de un polvo denso y gris. Los muebles, ocultos bajo sábanas amarillentas, parecían fantasmas que acechaban desde las sombras. La alacena seguía cojeando sobre una alfombra descolorida con patrones de rombos, mientras las fotografías, aquellas imágenes que inmortalizaban momentos felices de lo que una vez fuimos, y que ahora sólo eran sombras del pasado.

No pude quedarme mucho tiempo. Permanecer allí dema-siado rato me rompía el alma en mil pedazos. Salí al jardín trasero, con el peso de los recuerdos oprimiéndome el pecho.

Encendí un cigarrillo, aunque mis manos temblorosas lo hacían casi imposible. Al final, logré darle una calada mientras me dejaba caer sobre una piedra medio cubierta por la hierba alta. Desde allí, observé lo que quedaba de un oxidado columpio, luchando por sostener las risas

que una vez resonaron en el aire: las suyas y las mías.

Todo parecía muerto, sepultado, olvidado. Pero no. Había regresado para enfrentarme a ello, para ser testigo del fin de todo. Necesitaba cerrar aquel capítulo de horror que marcó nuestras vidas, darle un final al cuento macabro que nos tocó vivir. Y, sobre todo, asegurarme de que se hiciera justicia.

25
Aquellos maravillosos años
(2004)

Krebs, McAlester, Oklahoma

Emily Gordon regresó a casa con su mochila al hombro, donde guardaba un sobre que contenía las esperadas notas finales del semestre. En sus manos llevaba cuidadosamente su proyecto de ciencias: una detallada recreación del hábitat de las luciérnagas, esas criaturas que habían capturado su fascinación desde que tenía memoria.

El proyecto era una auténtica obra maestra, digno de un trabajo de grado universitario, y había sido elaborado de principio a fin por ella misma. Cada detalle había sido meticulosamente diseñado: la base de madera había sido lijada y cubierta por una capa de musgo artificial con pequeños arbustos que emulaban la vegetación real. Los árboles en miniatura fueron confeccionados con alambre recubierto de algodón teñido.

Para simular los humedales, la niña había utilizado resina transparente que, al secarse, adquiría una superficie brillante y cristalina. Incluso había recreado un diminuto estanque que parecía cobrar vida gracias a los efectos luminosos que simulaban el parpadeo característico de las luciérnagas en una cálida noche de verano.

Emily avanzaba dando saltitos hacia la cocina, donde el guiso que preparaba su madre impregnaba el ambiente de un aroma a hogar. Detrás de ella, como de costumbre, iba Jamie, su hermano menor, tres años más joven, esforzándose por mantener su ritmo.

Para Jamie, Emily era mucho más que una hermana mayor: un modelo a seguir, la encarnación de todo lo que él aspiraba a ser. La admiraba con una devoción inquebrantable, convencido de que ella era insuperable: una estudiante brillante, una persona bondadosa, una hija ejemplar y, sobre todo, una hermana que siempre lo trataba con un amor incondicional. En sus ojos, Emily no tenía rival; era la mejor, sin lugar a dudas.

Jamie, por el contrario, era un espíritu libre, siempre metido en travesuras, ya fuera solo o en compañía de sus amigos. Su mente inquieta no conocía descanso. Ingenioso, divertido y mucho más extrovertido que Emily, solía ganarse tanto las risas como los suspiros de preocupación de quienes lo rodeaban. Ambos eran como el yin y el yang: opuestos en muchos aspectos, pero complementarios en el resto; eran uña y carne, inseparables. Ninguno podía imaginar un mundo sin el otro.

—¡Mamáááá, traemos las notas!

—Ay, tesoro, que vengas tan contenta solo puede significar que son estupendas.

—Lo son, es Emily, mami… —respondió Jamie ante la evidencia y con la boca llena, habiendo dado una generosa mordida a la suave y humeante molla de pan recién horneado, que reposaba sobre la mesa, esperando que toda la familia se reuniera para sentarse a comer.

—¡Jamie, esas manos! —Mary Anne intentó darle una palmada suave, pero el niño fue más rápido y la esquivó— Te he dicho cientos de veces que no se come antes de bendecir la

mesa.

—Tengo hambre.

—¡Como todos, enano! —Emily le frotó los nudillos en la cabeza, siempre lo hacía porque sabía que lo enojaba sobre manera.

—¡Ya habló la grandullona! —le sacó la lengua el crío en tono burlón.

—Lo soy, más que tú. Tres años. Y eso es mucho.

—¡Algún día te alcanzaré!

—No, Jamie. Eso no se dice, cariño —le regañó su madre—. Si algún día alcanzaras la edad de Emily, significaría que ella ya no estaría aquí, con nosotros. Así que, no. Eso no se dice.

Jamie hizo oídos sordos, sin entender muy bien el plantea-miento de su madre. Para evitar el mal rollo, decidió comenzar a perseguir a su hermana alrededor de la isla de la cocina.

—¡La llevas! —tocó la espalda de Emily y salió disparado hacia el salón.

—¡Oye! ¿Por qué siempre empiezas tú?

Emily, picada, salió a su encuentro.

—Chicos, ¡ey, chicos! ¡¿Cuántas veces tengo que deciros que en casa no se corre?!

Mary Anne suspiró mientras esbozaba una sonrisa. Por más que intentaba poner orden en esa casa, siempre terminaba reinando el caos. Pero, ¿qué importaba? Era su caos, su desorden particular, su familia. Y por ellos daría su vida una y otra vez, sin dudarlo.

26
La magia del tiempo

El verano dio comienzo, trayendo consigo los meses en que los Gordon permitían mayor flexibilidad horaria a sus dos hijos. De esta manera, podían pasar más tiempo juntos en familia y aprovechar mejor los momentos de calidad en su matrimonio.

Durante el día, Jamie aprovechaba para recorrer los campos cercanos, jugar al escondite entre los árboles y aventurarse por los senderos de tierra aún inexplorados. Por las tardes, solía ir a la piscina municipal o refrescarse en algún arroyo cercano, mientras montaba en bicicleta por las calles polvorientas.

Emily, por su parte, prefería pasar las horas muertas leyendo *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, mientras esperaba ansiosa la llegada de la noche. Cuando el sol comenzaba a ponerse y el aire se enfriaba, se escapaba a ver las luciérnagas. El atardecer era su momento especial, aquel en el que podía observar los diminutos deste-llos de luz danzando en el aire, como pequeñas estrellas fugaces. Era su ritual, su instante mágico en el que conectaba con su yo más profundo y dejaba que su imaginación volara. En ese preciso instante, su mente se llenaba de historias que soñaba con escribir, relatos de romance como los que ella devoraba en los libros. Emily anhelaba con convertirse en una gran escritora de novelas románticas, crean-do mundos y personajes con los que pudiera enamorar a sus lectores.

Por ello, siempre llevaba consigo su bloc de notas, dejando echar a volar su imaginación y escribiendo sin cesar. En esos momentos de inspiración y creatividad, el mundo real parecía desvane-cerse, mientras creaba sueños: tejiendo sus propios universos, con la esperanza de, algún día, compartirlos con el mundo.

27
Sueños rotos

La noche del 4 de julio cayó sobre las calles de Krebs, ruidosa e iluminada por el resplandor de los fuegos artificiales que detonaban en el cielo estrellado. La atmósfera estaba impregnada de festividad, de reuniones familiares, de carne a la brasa, de refrescos de cola y cervezas. Los niños corrían, saltaban y gritaban, disfrutando de la libertad que sus padres les brindaban aquella noche por lo significativa que era.

Banderas rojas, blancas y azules ondeaban orgullosas al compás de la brisa nocturna, adornando los porches y jardines, evocando un fervor patriótico que unía a todos. Las casas, llenas de vida, eran testigos de un espectáculo que no solo iluminaba el cielo, sino también los corazones de quienes lo contemplaban. Cada estallido en el firmamento parecía encender un sentimiento de pertenencia y orgullo, un recordatorio de las tradiciones que daban sentido a aquella pequeña comunidad.

Solo que esa noche iba a ser distinta, una fecha que quedaría grabada para siempre en los corazones de los vecinos del pueblo, especialmente en el de los Gordon. Estaba a punto de suceder un hecho que giraría las manivelas del destino para tres almas, alterando sus vidas para siempre. Para Jamie, con tan solo diez años, sería el inicio de una herida que marcaría su infancia, sin comprender aún la magnitud de la desgracia que acechaba a su familia, oculta tras la alegría efímera de esa festividad.

—Joseph, son casi las diez y Emily aún no ha regresado. Le dije que debía estar aquí a las nueve para cenar pronto y ver juntos los fuegos artificiales.

La voz de Mary Anne se cargó de un matiz de preocupación mientras escudriñaba la penumbra del camino a través de la ventana, buscando cualquier indicio de la figura de su hija acercándose.

—No te preocupes, cariño —repuso Joseph con un tono sereno, mientras le acariciaba los brazos con delicadeza, intentando calmar la creciente tensión—. Seguro que se ha quedado charlando con Luisa en el trayecto a casa.

Sin embargo, a pesar de su intento de mantener la compostura, Joseph no pudo evitar desviar la mirada hacia el reloj de pared y un destello de duda cruzó su rostro.

Mientras tanto, la risa despreocupada de Jamie resonaba entre las paredes de la casita de madera que Joseph había construido en el jardín, en un robusto roble para sus hijos. Aislado del resto y en su propio mundo, manejaba con habilidad su Game Boy Advance, absorbido en el desafío de superar el siguiente nivel de *Mario vs. Donkey Kong*, mientras se mordía el labio inferior con concentración.

A medida que los minutos avanzaban, los nervios y la angustia de la joven pareja se intensificaban, envolviendo la casa en una atmósfera de creciente inquietud. El reloj marcaba cerca de la medianoche y Emily seguía sin dar señales de vida.

Mary Anne, incapaz de contener más la preocupación que la invadía, tomó el teléfono con

manos temblorosas y llamó a su primo, Patrick Newman, quien trabajaba en la comisaría del pueblo. Le explicó la situación con voz entrecortada, cada palabra cargada de temor.

—Por favor, Patrick, no es normal que tarde tanto... Ella siempre vuelve antes de las nueve —suplicó, aferrándose al auricular como si su esperanza dependiera de esa llamada.

Mientras Mary Anne permanecía en casa por si Emily regresaba, Joseph, decidido a no perder más tiempo, salió con una linterna en mano. Siguiendo el camino que su hija solía tomar para ir a ver las luciérnagas, recorrió con paso firme cada sendero, cada curva, cada rincón donde pudiera haber alguna señal de ella. La luz de la linterna barría el suelo de tierra y las sombras de los árboles, mientras la voz de Joseph se alzaba en la oscuridad.

—¡Emilyyy! —gritó, esperando escuchar una respuesta que no llegaba—. ¡¡Emilyyy!!

Una hora y media más tarde, el hombre regresó a casa con el rostro desencajado, los hombros caídos y los ánimos por los suelos. Cruzó el umbral de la puerta con pasos lentos y derrotados.

—No la he encontrado... —murmuró Joseph con la voz quebrada.

Se pasó una mano por el cabello, empapado de sudor frío, al tiempo que evitaba mirar directamente a su esposa, sintiendo el peso de la culpa por no haberla traído de vuelta, sana y salva.

El silencio que siguió fue sepulcral, quebrado solo por el tic-tac del reloj en la pared, que marcaba implacable cada segundo sin Emily.

Fue entonces cuando ambos se dieron cuenta de que era hora de advertir a las autoridades que su hija menor había desaparecido sin dejar rastro.

28
Hope (2024)

Wilshire Boulevard, Los Ángeles

—Mamá… ¿Dónde está mi camiseta de la suerte?

Dejé de mirarme en el espejo, interrumpí la aplicación del *eyeliner* y asomé la cabeza por el pasillo para que ella pudiera oírme con claridad.

Iba tarde, como de costumbre. La impuntualidad era uno de mis mayores defectos, hasta el punto de que, si hubiera una foto en la Wikipedia junto a la palabra «tardona», sin duda aparecería mi cara.

—¿Cuál, Hope?

—Ya sabes, la negra con los puntitos rosas —recalqué—, la que…

—¿La que tiene una mancha de lejía en el dobladillo que nunca logré quitar?

—Esa misma.

—La tiré hace semanas.

—¿Hace semanas? ¡Oh, no, no, no…! —palidecí y titubeé con la mandíbula completamente desencajada—. Dime que no hablas en serio. ¿Estás bromeando?

—No, cielo.

—Soy un fiambre, ¡una maldita y apestosa carne putrefacta! —me reí nerviosa y sentí unas ganas horrorosas de llorar, pero me contuve para que el rímel no se corriera o parecería a *La Novia cadáver*—. ¡No puedo creerlo! Mamá, ¿por qué hiciste eso? Tengo una entrevista de trabajo con *The Hollywood Reporter* y sin mi camiseta de la suerte… no podré…

—Sobrevivirás.

Mi madre entró tranquilamente en el cuarto de baño.

—Hope, ¿quieres que te preste mi suéter nuevo? —preguntó, tanteando la situación con una sonrisa amable.

—Mamá… no es lo mismo, y lo sabes. Aunque sea precioso, ¡no tiene el poder de la ley de la atracción!

—Ah, ya entiendo —respondió, apoyándose despreocupadamente en la pared de baldosas ajedrezadas mientras cruzaba los brazos bajo el pecho—. Sabes muy bien que tú vales mucho más que esas supersticiones absurdas. La suerte no llega por arte de magia, sino que se forja con esfuerzo.

Hizo una pausa, mirándome con ternura antes de continuar:

—Conseguirás ese trabajo porque eres la mejor de tu promoción, porque tienes una personalidad arrolladora, porque eres trabajadora, inteligente, honesta, y da gusto estar contigo. ¡Eres encantadora, cariño!

Vale, de acuerdo, lo admito. Puede que, en parte, tuviera razón. Sin embargo, cada vez

que me enfrentaba a una prueba de fuego, siempre había llevado esa camiseta. Romper la tradición, especialmente cuando significaba tanto para mí, me llenaba de una incertidumbre detestable, como si mermara mi equilibrio emocional.

¿Tenía algún sentido? Apuesto a que no, pero así era yo: aparentemente segura de mí misma, aunque, en el fondo, con unas inseguridades que me devoraban viva.

—¿Y dices que tu suéter estaría limpio? —arrugué la nariz mientras le seguía el rollo, resignada porque no tenía otra opción.

—Y planchado.

—¿Y tiene efectos mágicos?

La miré con ojitos de cordero degollado, realicé un mohín lastimero y ella sonrió con calma.

—Eso ya no te lo puedo garantizar.

Cogió el peine de cerdas, se situó detrás de mí y empezó a cepillarme el pelo con movimientos lentos, cuidadosos. Me lo recogió en una coleta alta que terminó convirtiendo en un moño despeinado, pero muy elegante. Mi madre siempre había tenido un don natural para la moda; de ella había heredado no solo el buen gusto por vestir bien, sino también la habilidad de combinar cada prenda con estilo y una atención exquisita a los detalles.

—Confía en mí, Hope. Pero, sobre todo, confía en ti.

A media tarde, ya de vuelta a casa, tomé la Línea D (la púr-pura) del metro, que comparte parte de su recorrido con la Línea B y se extiende hacia el oeste hasta Wilshire/Western. Un pálpito en el pecho me hacía sentir que había hecho una buena entrevista y que había logrado conectar con el jefe de recursos humanos.

Al llegar, me descalcé, dejando los zapatos de tacón junto a la entrada, y caminé descalza hacia la cocina mientras hojeaba las cartas que previamente estaban depositadas en la cestita de mimbre del recibidor.

Escogí una manzana de la frutera, la froté contra el suéter que, a su manera, me había traído suerte, y le di un mordisco. La carne crujió bajo mis dientes, liberando un estallido de frescura en mis encías.

Mis ojos se entornaron al toparme, entre las notificaciones de facturas y publicidad, con una carta certificada que llevaba un matasellos de Oklahoma, más concretamente de la Penitenciaría Estatal de Oklahoma. Intrigada, la examiné con detenimiento y estaba dirigida a la familia Deschanel, es decir, a mi madre y a mí.

En ese momento, y sin que sirviera de precedente, sentí que tenía derecho a abrirla sin la culpa de estar violando su intimidad. Entre ella y yo siempre había existido una complicidad muy especial, quizá porque se había visto obligada a cuidarme en soltería, asumiendo con valentía ambos roles: el de madre y el de padre.

Sin más demora, abrí el sobre y saqué la documentación que contenía:

Oklahoma State Penitentiary
1301 Justice Way
McAlester, OK 74501

1 de diciembre de 2024

Estimados miembros de la familia Deschanel:

Por la presente, les informamos sobre la resolución judicial en relación con el recluso Howard Olsen, quien ha permanecido en custodia en esta institución penitenciaria durante las

últimas dos décadas tras ser condenado por asesinato en primer grado.

En conformidad con el fallo emitido por el Tribunal del Distrito de Oklahoma, y ratificado mediante los procedimientos de apelación correspondientes, se ha programado la ejecución de la pena capital para el próximo **25 de diciembre de 2024**, a las **12:00 horas**, mediante inyección letal en las instalaciones de la ***Oklahoma State Penitentiary***.

Como familiares directos de la víctima, les recordamos que tienen el derecho de presenciar la ejecución en calidad de observadores, si así lo estiman pertinente. En caso de que decidan ejercer este derecho, les rogamos ponerse en contacto con nuestro Departamento de Servicios a las Víctimas antes del **20 de diciembre de 2024** para coordinar los detalles necesarios.

Nuestro equipo está disponible para atender cualquier consulta o brindar el apoyo necesario durante este delicado proceso.

Pueden comunicarse con nosotros a través del número telefónico **(405) 123-4567** o enviarnos un correo electrónico a **victimservices@oklahomapen.gov**.

Agradecemos de antemano su atención y comprensión frente a este sensible asunto.

Atentamente,

Robert J. Henderson
Director of the Oklahoma State Penitentiary
Oklahoma State Department of Corrections

Me quedé en shock, paralizada, incapaz de discernir con claridad. En mi mente, un torbellino de preguntas se agitaba sin encontrar salida, atragantadas en mi garganta por el simple hecho de no pronunciarlas:

¿Howard Olsen?

¿Condenado por asesinato en primer grado?

¿Lo ejecutarán con inyección letal?

¿*Oklahoma State Penitentiary*?

29
Jamie

Krebs, Oklahoma

Después de hojear la carta del restaurante Pete’s Place, cerré el menú con calma y lo dejé sobre la mesa.

—¿Ya has decidido qué vas a tomar?

—Espaguetis con albóndigas.

—Buena elección —declaró el hombre de cabello entrecano y de mediana edad mientras anotaba mi pedido en una libreta con los bordes impregnados de grasa. Apenas levantó la mirada y añadió—: ¿Y para beber?

—Agua bien fría, por favor.

—¿Y de postre?

—La verdad, no tengo mucha hambre, así que... creo que esta vez lo dejaré pasar.

El tipo entrecerró los ojos, estudiándome con detenimiento, como si intentara desentrañar un misterio oculto en mi rostro. Finalmente, pareció caer en la cuenta de algo.

—Tu cara me suena.

—No, no lo creo —carraspeé y esbocé una media sonrisa, sin separar los labios, algo incómodo—. Debe estar confundiéndome con otra persona.

Enarcó una ceja con un gesto cargado de escepticismo.

—Mira, puedo no ser perfecto en muchas cosas, pero mi memoria es algo de lo que me enorgullezco. Así que, si no eres de por aquí, probablemente seas pariente de alguien que sí vivió en Krebs.

Guardé silencio durante casi medio minuto, debatiendo conmigo mismo si debía compartir mis raíces con un desconocido. Rodé mi mirada al local, examinando los comensales y reflexio-nando antes de tomar una determinación.

—Soy hijo del matrimonio Gordon. Vivíamos en el 1623 de East Washington Avenue —admití, sin mucho entusiasmo.

—¡Que me aspen! —exclamó, abriendo los ojos como platos, realmente sorprendido—. ¡Tu padre, Joseph, y yo estudiamos juntos en McAlester High School!

Sin embargo, de repente, su expresión cambió por completo en un abrir y cerrar de ojos. Fue como si una sombra lúgubre hubiera apagado la vitalidad de su expresión, dejándola desprovista de todo rastro de alegría.

—Chico, lamento mucho lo que les ocurrió —balbuceó, claramente afectado—. Fue una verdadera tragedia. Horrible. Todo el pueblo quedó consternado durante años…

—Sí, bueno, ya han pasado veinte años… —repliqué, conteniendo el aliento e intentando sonar despreocupado, aunque el nudo en mi garganta delataba mi verdadero estado.

—Ya… imagino. —Hizo una pausa, sopesando sus palabras mientras se aclaraba la garganta—. ¿Sabes qué, Jamie? Hoy la casa invita, por los viejos tiempos y todo eso…

—No tiene por qué.

—Insisto. No todos los días llega al humilde restaurante de uno el hijo de Joseph Gordon.

Apreciaba su gesto, de verdad, pero, en el fondo, lo único que quería en ese momento era largarme de allí y no volver jamás. Las imágenes de mi niñez y lo ocurrido aquel 4 de julio, que marcaron mi vida para siempre, irrumpieron en mi mente de forma dolorosa y retorcida. Aquellos vívidos recuerdos sacudieron mi ya frágil estabilidad emocional, que estaba al borde del colapso.

En ese instante, lo único que anhelaba era que llegara la noche para reencontrarme con Hope, besar sus dulces labios y abrazarla hasta el amanecer.

30
Hope

Era imposible ocultar mi nerviosismo frente a Howard Olsen. Mirarlo directamente a los ojos, cara a cara, era una experiencia que combinaba escalofríos con una profunda curiosidad por formularle una serie de preguntas que había preparado, cuidadosamente escritas a mano en un par de folios.

—Hola, señor Olsen. Mi nombre es Hope Deschanel y soy estudiante de último año de periodismo en la universidad de Los Ángeles. Voy a hacerle una serie de preguntas que, en su mayoría, estarán relacionadas con su historia y con las circunstancias que lo trajeron hasta aquí. Algunas de ellas podrían resultar dolorosas o comprometidas, y entiendo que podrían ser difíciles de responder. Si en algún momento se siente incómodo o prefiere guardar silencio, le agradecería que me lo indicara —tomé aire, pues también me temblaba la voz—. Ahora procederé a encender la grabadora y, tal como acordamos previamente, toda nuestra conversación será registrada con su consentimiento. ¿Está de acuerdo con esto?

—Sí, estoy de acuerdo, señorita Deschanel. Estoy dispuesto a responder todas las preguntas que considere pertinentes, no tengo ningún inconveniente en contarle toda la verdad.

Su voz era profunda, pero al mismo tiempo emanaba una calma inesperada, una serenidad interna que rozaba una inquietante paz y que no había anticipado.

—Bien, gracias.

Presioné el botón de grabación y me froté las manos sudorosas, sintiendo el frío del nerviosismo antes de leer la primera pregunta.

—¿Piensa a menudo sobre el crimen que cometió?

—Al principio, todo el tiempo; pero después de tantos años, finalmente he logrado perdonarme.

Mis ojos se abrieron estupefactos, pues no esperaba una respuesta tan tajante. Iba a seguir con la secuencia de preguntas, pero me encontré ante la difícil decisión de romper la estructura establecida.

—¿Perdonarse? —le espeté sin titubear, poniéndome a la defensiva de inmediato. Me sumergí en el rol de la víctima y sus seres queridos, lo cual despertó en mí una rabia tan profunda que comenzó a consumirme por dentro—. ¿Cómo ha logrado perdonarse a sí mismo después de haber destruido la vida de una niña y de sus padres?

—Con la ayuda de Dios.

Escupí una risa amarga y despectiva. Por supuesto, nunca fui una devota hija de ningún Dios. Desde muy joven, había comprendido que, si existiera un ser superior, no permitiría que ocurrieran las tragedias que destrozan el mundo en el que vivimos. ¡No habría hambre, ni guerras, ni enfermedades, ni mucho menos asesinos que, siguiendo su libre albedrío, juegan a ser dioses falsos, arrebatando la vida de otros sin piedad!

—¿Quiere decir que ha encontrado la redención en la palabra de Dios? ¿Así, tan sencillo?

—Con el tiempo, sí. Necesitaba aferrarme a algo tangible, real, algo que me ayudara a

mantener la cordura durante el resto de mis días aquí, aunque sabía que el final de mi vida se acercaba…

—¿Cree que el sistema no fue justo con usted?

—Supongo que sí. Acepto mi culpa y debo pagar por ello.

—Pero Dios no aboga por el ojo por ojo.

—Pero debe ser así. Solo así encontraré la paz completa para mi alma. Dios es el medio que me ha permitido entender por qué sucedió.

—Sucedió porque usted lo decidió así —golpeé la mesa con el puño. Mi ira crecía con cada palabra que decía, minimizando el peso de lo que había hecho—. ¡Usted le arrebató la vida!

—Sí, pero ya no se puede hacer nada por cambiar el pasado, solo por el presente. Mi perspectiva sobre la vida y la muerte ha cambiado. Soy una persona diferente —sentenció.

—¿Y por qué lo hizo? —insistí con rabia.

—Estaba atravesando un momento muy oscuro en mi vida. Había perdido mi empleo, estaba ahogado en deudas, y bebía más que respiraba… Ella…

Tragó saliva, y sus ojos empezaron a empañarse. No supe si era pura actuación o si, en algún rincón de su alma, realmente sentía lo que había hecho.

—La pequeña… se cruzó en mi camino. Y yo… yo la confundí con un demonio. ¡Estaba tan borracho que creí que iba a atacarme, a robarme, a…!

Se quedó con la frase suspendida en el aire.

—Santo Cielo…

—Cuando quise darme cuenta, ya no respiraba. Le había roto el cuello con la fuerza que ejercí… y…

Mis ojos llevaban un buen rato anegados en lágrimas, atrapados en una maraña de sentimientos encontrados. Por un lado, tenía frente a mí a un asesino de una niña, y por otro, a un hombre que, según él, se había arrepentido profundamente de unos hechos que no había podido evitar debido al alcohol.

—¿Pidió perdón a sus padres?

—No quisieron escucharme.

Inspiré hondo, tratando de mantener la compostura.

—¿Y a ella? ¿De alguna forma?

—Cada día rezo por ella. Sí, sé que ella me ha perdonado.

Con cada segundo que pasaba, me sentía más confundida, tanto conmigo misma como con la persona que tenía delante. Jamás podría verlo como el ser que, por un lado, me había dado la vida, pero por otro, había arrebatado la vida de otro ser humano.

Howard Olsen era mi padre biológico, o al menos eso fue lo que mi madre me confesó después de veintitrés años, cuando se vio entre la espada y la pared tras recibir una carta certificada de la Pe-nitenciaría de Oklahoma.

Salí de esa sala, fuera de su campo de visión, una hora después, hecha un mar de dudas, mucho peor de lo que había entrado, incapaz de confesarle que yo era su hija.

La última pregunta me dejó trastocada:

—¿Qué es lo que más lamenta al mirar atrás en su vida, sabiendo que le quedan menos de veinticuatro horas para su ejecución?

—Más que lamentarme, debería alegrarme de haber traído al mundo a una hija que, debido a no saber de mi existencia, no podría avergonzarse de tener un padre como yo.

En ese momento, mientras caminaba por los pasillos de la prisión y poco después recuperaba mis pertenencias, solo había un pensamiento que rondaba mi mente: Jamie. Me

invadió una necesidad urgente de abrazarlo, de refugiarme en sus brazos y quedarme allí, a salvo para siempre.

31
Jamie

A veces tenía la sensación de que la vida se empeñaba en ponerme a prueba de manera constante, una y otra vez, tensando las cuerdas de mi paciencia hasta el límite y alimentando mi desesperación a base de golpes. No esos golpes que ves venir, sino los que te emboscan en cada esquina, como si el destino tuviera un retorcido sentido del humor o Dios se empeñara en jugar a los dados contigo.

Escuché unos pasos que se detenían justo detrás de la puerta, y, tras un breve silencio, el sonido de una llave girando en la cerradura.

Hope entró en la habitación del hotel, con las ojeras dibujadas bajo sus ojos y el cansancio reflejado en su andar, pero aun así estaba preciosa. Seguía irradiando ese brillo tan especial que parecía no abandonarla nunca, como si llevara la luz consigo a donde fuera.

Me levanté de la cama de inmediato, impulsado por una fuerza irracional, por culpa de un cosquilleo intenso que nacía en mi estómago y se extendía por todo mi pecho. Quizá fueran esas famosas mariposas de las que hablan los entendidos, las que dicen que aparecen cuando uno está enamorado. Seguro que era eso. No podían ser simples retortijones, no después de haberme zampado un sándwich de carne con mostaza hacía apenas unos minutos.

Sin pensarlo dos veces, avancé hacia ella. Tomé su rostro entre mis manos, sosteniéndolo con cuidado, y le planté un beso en los labios, profundo y decidido. Sentí cómo la tensión del día se desvanecía en ese instante, como si el mundo se hubiese detenido para darnos tregua. Cuando estuve completamente satisfecho, ins-piré hondo, cerré los ojos y apoyé mi frente contra la suya, permitiendo que ese momento se prolongara unos segundos más.

—Me moría de ganas de besarte, Piernas —dije en un susurro con mi voz cargada de sinceridad y alivio.

Luego la volví a besar e inspiré contra su boca, como si fuera mi último aliento, intentando transmitirle todo lo que ella significaba para mí. No había palabras suficientes para decirle cuánto necesitaba su presencia en un día tan horrible como aquel. Ella parecía tener la capacidad de calmar el caos dentro de mí.

—Me alegro —respondió ella con una sonrisa suave—. Era lo único que quería hacer en cuanto te vi.

Me aparté lentamente, sosteniéndole la mirada. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Le cogí la mano con ternura y la guie hacia la cama.

—¿Has cenado? ¿Tienes hambre? Te he comprado un sándwich de salmón, como a ti te gusta.

—Umm… pues no te voy a decir que no, me muero de hambre —respondió con una sonrisa que iluminó su rostro. El brillo en sus ojos me hizo sentir, aunque solo fuera por ese instante, que todo estaba en su lugar.

Sin perder tiempo, di unas zancadas hacia la mini nevera. Me acuclillé, abrí la pequeña puerta y rebusqué dentro hasta dar con el sándwich envuelto y un par de latas de cola.

—¿Cómo ha ido, Jamie?

—Si te soy sincero, tal y como esperaba.

Hope abrió el envoltorio con calma y dio un primer mordisco al pan. Su expresión era neutra, pero sus ojos reflejaban algo más profundo, un batiburrillo de curiosidad y cautela.

—¿No vas a contarme a qué has venido a Oklahoma? —inquirió sin apartar la mirada.

Inspiré despacio, intentando mantener la compostura.

—Todo a su debido tiempo, Hope —apreté la mandíbula— Todo a su debido tiempo.

Por dentro, mi mente era un torbellino. Creía tenerlo todo bajo control antes de conocerla. Con ella, todo había cambiado, pero no lo suficiente como para desviar mi propósito. Había venido por una única razón, aunque no sabía hasta qué punto quería confiársela; vomitar la verdad. Tenía miedo de que me juzgara, de que viera en mí a alguien sin escrúpulos, sin moral. Que conociera ciertos detalles de una persona consumida por el rencor y por la necesidad de que, de una vez por todas, se hiciera justicia.

Y era así. Mera supervivencia. Por más vueltas que daba, yo era así. Había crecido alimentando una antipatía visceral hacia ese ser, aferrado a una aversión que no me dejaba respirar y no descansaría hasta verlo agonizar, hasta presenciar sus últimos suspiros de vida. Esa era mi única obsesión. Era la llave para, al fin, conseguir vivir en paz. De una puta vez.

En unas horas, todo habría acabado. Era descorazonador, pero solo tenía que aguantar ese tiempo, ese lapso interminable en el que la pesadilla me devoraría o yo terminaría devorándola a ella.

—Qué secretismo, Jamie. Espero que no sea nada ilegal y que por eso no quieras contármelo.

Frunció el ceño, y yo negué con la cabeza mientras dejaba escapar una risa breve, casi amarga.

—No, para nada. Te aseguro que no va por ahí la cosa.

Sus ojos permanecieron fijos en los míos, evaluándome, como si intentara descifrar lo que me estaba guardando para mí. Finalmente, asintió, suavizando su expresión.

—Vale —respondió al fin, con un tono más sereno—. Cuéntamelo cuando te sientas listo. Yo estaré aquí para lo que necesites. O al menos hasta que regresemos a Los Ángeles.

—Dime, ¿qué tal te ha ido la entrevista para la tesis? —pregunté, yendo directo al grano.

Ella se mordió el labio, como si necesitara robarle unos segundos al tiempo para elegir con cuidado las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—Mejor de lo que esperaba, solo que… —dejó la frase en el aire, vacilando.

—¿Qué? —insistí, inclinándome ligeramente hacia ella.

Suspiró y luego, inundó sus pulmones de aire.

—Me ha hecho dudar de mis propios valores como ser humano.

Sonrió con desdén, pero sus ojos azules revelaban una mezcla de vulnerabilidad y autocrítica que no había visto antes.

—Explícate.

—Creo que la persona que ahora está entre rejas no es la misma de hace veinte años. La fe y la creencia en Dios han logrado que…

—¿Cambiarla? ¿Reinsertarla como una persona «normal»? —fruncí el ceño, irritado, incapaz de comprender hacia dónde quería dirigir la conversación. Sus palabras fueron como un disparo, certeras y dolorosas, directo al corazón. Cuando tenía diez años, perdí a mi hermana a

manos de un asesino. Por eso, ¡no hay un puto Dios capaz de convencerme de que alguien así no debe pagar por lo que hizo!— Un asesino sigue siendo un asesino, tanto ahora como dentro de veinte años. El daño causado permanece, es irreparable. ¡El tiempo no cura las heridas que dejó abiertas en esas personas!

—¿En la persona que asesinó…?

—En plural, Hope —bufé, empezando a perder la paciencia. Sentí cómo mi autocontrol se desmoronaba al abordar ese tema—. Cuando matan a alguien, no solo asesinan a esa persona. Acaban también con los padres, los hermanos, los familiares, los amigos, los conocidos… ¿Quieres que siga?

—No me culpes a mí. No cargues sobre mis hombros las culpas de otros. Solo intento entenderle…

—Hope, no hay nada que entender. ¡Es un maldito asesino!

—¿Y si lo hizo bajo los efectos del alcohol o… las drogas?

—¡No puedo creer que estemos teniendo esta conversación!

Me levanté de la cama, pasándome las manos por la cara en un gesto desesperado. Empecé a caminar por la habitación, tratando de contener la rabia que bullía en mi interior. Ella, sin embargo, insistió. Se levantó y se colocó frente a mí.

—Párate un momento a pensar que pudo haber sido un error, algo que no debió suceder. Quizás ambos estaban en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

Una mueca de desprecio y asco se dibujó en mis labios. Me masajeé la sien.

—Todos tomamos decisiones, Hope. La última decisión siempre es nuestra. Causa y efecto, no hay efecto sin causa. Sin excepciones. Tú eliges, tú provocas lo que pasa o lo que no pasa. ¡Tú decides sobre tu vida, maldita sea!

—Jamie, en esta vida no hay fórmulas absolutas. No todo es blanco o negro. Existen matices.

—No, Hope —cerré los labios en una fina línea, intentando mantener la compostura, aunque sentía que la ira me devoraba las entrañas—. No entiendo cómo podemos estar tan en desacuerdo en algo tan evidente.

El silencio se apoderó de la habitación, tenso, casi insopor-table.

—Lamento tener una opinión distinta a la tuya —argumentó al borde del llanto, con los ojos muy brillantes— Lamento decepcionarte. Pero… incluso yo estaba convencida de lo contrario antes de hablar con él. No se trata de convertir a un asesino en santo o mártir. Pero a veces, la verdad no es un camino recto; es una dicotomía entre el bien y el mal.

—No me vengas con eso. ¡No me jodas, Hope!

Daba igual cuánto me esforzara en que Hope entendiera lo que sentía. Jamás podría estar en el mismo nivel de ira que yo, porque yo lo estaba: cegado de ira. Nunca podría igualar estas ganas insaciables de ver muerto a ese hijo de puta, de ajustar cuentas con el desgraciado que destrozó mi vida, mi mundo, sin que le importara un carajo la existencia de Emily.

Y entonces estallé.

Fue inevitable, como el tictac final de una puñetera bomba de relojería. ¡Boom! La explosión no tuvo previo aviso, pero la onda expansiva arrasó con todo a su paso: con ella, conmigo, con nosotros. ¡Un desastre absoluto!

—Hace veinte años, un cabrón asesinó a mi hermana.

Al confesarlo, sentí un martilleo violento en mis oídos, como un eco ensordecedor, acompañado por el inicio de un desasosiego que comenzaba a devorarme desde dentro.

—¿¡Qué!? —susurró, tragando saliva con dificultad. Pude notar cómo mi sinceridad la

desarmaba en un instante, como un castillo de naipes derrumbándose con una sola palabra.

—Lo que oyes.

—Jamie…

La expresión de su rostro cambió por completo. Me miró fijamente, como si hubiera recibido un golpe inesperado. Sus facciones se desmoronaron: los ojos enrojecidos y vidriosos, el temblor en sus labios, todo apuntaba a un llanto que intentaba contener desesperadamente. Sabía con exactitud cómo se sentía. Esa sensación de estar perdido, flotando en un mar de incertidumbre, torturada en una realidad que parecía ajena, paralela a la nuestra.

—¿Quieres que hablemos de ello? ¿Necesitas que…?

Me tomó de la mano.

Asentí en silencio.

—Iba a encenderme un cigarrillo —mascullé, con la voz quebrada—, pero sé que ni siquiera eso va a apaciguar a mis demonios.

—Claro. Lo que necesites.

Tomé una bocanada de aire, intentando reunir las fuerzas que me faltaban. Busqué uno en el primer cajón de la cómoda. Lo encendí y di un par de caladas tras abrir la ventana, asegurándome de que el detector de humos no saltara y alertara al recepcionista del motel.

—Será mejor que te sientes, Hope. Esto no es algo que pueda resumir en pocas palabras.

32
Los ecos del silencio (2004)

Se organizó un equipo de búsqueda en las inmediaciones de la casa, explorando los senderos que la pequeña solía recorrer en busca de luciérnagas. Peinaron llanuras y bosques de forma exhaustiva, pero no hallaron ningún rastro. Desesperados, solicitaron refuerzos a los pueblos vecinos, sumando manos en un esfuerzo incansable por encontrarla. Dos días después, hallaron el cuerpo sin vida de Emily oculto entre unos matorrales, con evidentes signos de que había luchado con todas sus fuerzas hasta su último aliento.

El momento más desgarrador para la familia Gordon fue identificar el cadáver de su hija en la morgue, un lugar sombrío y desolador donde nadie desearía estar jamás.

Hasta entonces, la pareja, profundamente creyente, se había opuesto rotundamente a la pena de muerte, pero una tragedia de tal magnitud puede cambiar incluso las convicciones más firmes.

Las pruebas encontradas en la escena del crimen y en el cuerpo de Emily pronto redujeron la lista de sospechosos a un solo nombre: Howard Olsen. Destrozado por la presión policial y las secuelas de la abstinencia alcohólica tras veinticuatro horas bajo custodia, Howard terminó confesando el horrendo crimen.

—¡Dios no estuvo presente cuando asesinó a Emily! —proclamó Mary Anne, devastada por el sufrimiento, con los ojos anegados de lágrimas al enterarse de que el asesino confeso de su hija pasaría el resto de sus días en el corredor de la muerte, esperando su ejecución a manos de un verdugo.

—Tendrá lo que merece —murmuró Joseph, rodeando con sus brazos a su esposa, quien, sin darse cuenta, comenzaba a caer en una profunda depresión. Aquel abismo emocional, ignorado en su momento, cobraría un precio alto con el tiempo, mientras Jamie, su hijo, soportaría los daños colaterales de esa espiral de odio y resentimiento.

33
Hope (2024)

Diciembre, Los Ángeles
Días previos antes a la ejecución de Howard Olsen

—¡Santo cielo, Hope! No puedes pretender dejarlo todo para averiguar cosas sobre tu padre biológico, no a estas alturas…

Respiré profusamente. Descubrir la identidad de mi padre veintitrés años después de mi nacimiento y enterarme de que era un convicto condenado a muerte, con apenas unas semanas de vida por delante, era, cuando menos, una situación surrealista.

—Siempre te he preguntado por mis raíces —repliqué, intentando mantener la calma—. ¡Siempre he querido saber de quién proviene la otra mitad de la sangre que corre por mis venas!

—No a cualquier precio —respondió con frialdad.

Contuve el aliento, intentando mantener la calma, pero mi paciencia llegó al límite; exploté.

—¡Maldita sea! ¿No te das cuenta de que me has negado el derecho de decidir? Tal vez habría querido conocerle, aunque fuese tras las rejas. Tal vez habría querido entender su historia, saber por qué lo hizo.

—¿Por qué lo hizo? —inquirió, con una mezcla de incredulidad y rabia en su mirada.

—¡Sí, mamá!

—Porque es un asesino, Hope.

Cerré los ojos y conté hasta diez, intentando relajarme. La conversación estaba tensándose como las cuerdas de un arpa, llevándonos a un lugar al que nunca antes habíamos llegado mi madre y yo. Nunca nadie me había sacado tanto de quicio.

—Sí, eso me ha quedado claro desde el minuto uno, mamá… pero sigues sin ponerte en mi piel.

Por primera vez en mi vida, sentí una profunda impotencia al hablar con ella. No la reconocía, o tal vez nunca la había visto bajo esa tesitura.

—Esta conversación se acaba aquí y ahora. No quiero seguir hablando del tema, no quiero volver a mencionar a ese engendro del mal, no quiero que...

—Me voy a Oklahoma.

—Te equivocas. Allí no vas a encontrar respuestas. Yo te las daré, todas.

—Tú no quieres hablarme de él.

—Porque no es bueno para ti. —Me sujetó por los brazos, con el rostro endurecido—. ¿No lo entiendes?

Si lo pensaba fríamente, por una breve fracción de segundo, incluso podía admitir que tenía algo de razón. Pero había algo más fuerte dentro de mí, una fuerza inexplicable que me empujaba a enfrentarme cara a cara con mi padre biológico. Necesitaba mirarle a los ojos, preguntarle si lo hizo, y confesarle que yo era su hija. Quería saber qué sentiría al escucharme

decirle que, si alguien me hubiese arrebatado la vida como si no valiera nada, igual que él lo hizo con esa niña, ¿cómo se hubiese sentido? ¿Seguiría siendo el mismo?

—Solo te pido que recapacites, que lo pienses antes de tomar una decisión que puede cambiar el resto de tu existencia —insistió mi madre, con una súplica en la voz.

—Lo único que saco en claro de todo esto es que, si me has ocultado algo tan importante, ¿qué más cosas desconozco? Ese es el problema. ¡Ya no confío en ti, mamá!

La miré con lágrimas en los ojos y sin decir una palabra más, subí a mi habitación, cerré la puerta y me dejé caer boca abajo en la cama.

Un torrente de emociones me desbordaba por dentro, acelerando mi pulso y dificultando mi respiración. El hallazgo de la carta de la penitenciaria y la verdad revelada de una forma tan cruda me hicieron replantearme muchas cosas. Entre ellas, que necesitaba encontrar la manera de viajar a Oklahoma. Sin embargo, había un obstáculo: no tenía carné de conducir ni un compañero de viaje que hiciera más llevadera la travesía.

34
Jamie

Sentí cómo el abismo se abría bajo mis pies.

Tiré el cuarto cigarrillo y, con ansiedad, encendí el quinto tras haberle relatado a Hope la tragedia de mi familia. Sentía que no solo le estaba desnudando el corazón, sino también abriendo mi alma en canal. Le confié secretos que nunca antes había confiado a nadie. Ella fue la primera persona en quien confié por completo y sin reservas.

Nos quedamos en silencio.

—Ese tatuaje de luciérnaga en tu muñeca y los otros que llevas más pequeños en el cuerpo… ¿son por tu hermana? Porque a ella le gustaban mucho, ¿verdad?

—Sí —asentí, dejando que mi mirada se posara un instante en el tatuaje—. Uno por cada año que ha pasado sin ella, porque en mí, ella siempre seguirá brillando.

Hope se abrazó a sí misma y aguardó un instante antes de preguntarme:

—¿Y qué hay de tus padres?

La comisura de mis labios se elevó con amargura.

—Mi madre… se quitó la vida dos semanas después de enterrar a mi hermana —respondí, con la garganta apretada, tragando saliva con lentitud mientras sentía cómo se deslizaba ese amargo recuerdo. Era como desatar las cuerdas de una vieja mochila, cargada con dos décadas de sombras que jamás había permitido que nadie explorara… salvo Hope. Era lo más racional que había hecho en mucho tiempo—. Mi padre murió seis meses después en un accidente de tráfico. Había estado bebiendo. Nunca pudo soportar el peso de dos pérdidas tan devastadoras en tan poco tiempo, y cuando estás contra las cuerdas… el destino te muestra su verdadera cara.

—Yo… Lo siento mucho, Jamie —articuló con la boca fruncida.

—Tranquila.

La miré en silencio. Hope intentaba contener las lágrimas, y una leve sonrisa se dibujó en mi interior al verla hacer de tripas corazón, como si quisiera consolarme de mis propios demonios. Era tan dulce que daban ganas de abrazarla y no soltarla nunca.

—¿Entiendes ahora por qué no puedo pasar página? —zozobré mientras ladeaba la cabeza y, con delicadeza, coloqué un mechón de su cabello detrás de su oreja. La respuesta era sencilla.

—Nunca pensaría eso; jamás.

—Pero no hace mucho intentaste convencerme de que un asesino podría reinsertarse, que podría cambiar. Para mí, la compasión no existe. No están ahí, encerrados por equivocación, créeme.

Me puse en pie, tratando de sacarla de ese estado de abatimiento.

—Vamos, levántate. Tienes que cenar algo.

—No puedo… tengo el estómago cerrado.

Me costó un mundo convencerla, pero al final, con paciencia y algo de insistencia, logré hacerle entender que se piensa mejor con la barriga llena que vacía. Finalmente accedió, y acabamos caminando juntos hacia un Burger King que quedaba a cinco minutos a paso ligero.

El aire fresco de la noche en McAlester nos sentó bien. Había algo reconfortante en la quietud de las calles, como si ofreciera un respiro entre tanto caos. Aproveché ese momento para coger su mano y entrelazar mis dedos con los suyos en un gesto que buscaba encarecidamente acercarnos aún más.

Esa noche volvimos a hacer el amor sin prisas, redescubriéndonos en cada caricia, perdiéndonos en besos que casi desgas-taron nuestra piel; entregándonos a las ganas, al deseo y al descubrimiento más íntimo.

Al terminar, ella se quedó dormida entre mis brazos y yo me quedé mirándola entre el juego de sombras de la madrugada, me-morizando cada rasgo de su rostro, hasta que, finalmente, el sueño también me venció.

35
Hope

Me desperté sobresaltada en mitad de la noche, con el cuerpo empapado en un sudor helado. Había tenido una pesadilla. Me encontraba en la sala de ejecución, contemplando con impotencia cómo preparaban a mi padre para poner fin a su vida mediante la inyección letal. Todo transcurría tal y como me lo habían detallado el día anterior en el pabellón de la muerte: tres sustancias letales. La primera, destinada a anestesiarlo. La segunda, para paralizar sus pulmones. Y la tercera, para detener su corazón definitivamente.

En mi mente, las imágenes de sus órganos se retorcían y estrangulaban en un sufrimiento silencioso que ningún espectador podía percibir, oculto tras el velo de la anestesia. Pero yo sabía —o tal vez temía— que él, Howard Olsen, estaba condenado a sentirlo todo hasta su último aliento.

De repente, en el sueño, me veía a mí misma levantándome de la silla bajo las miradas atónitas de una veintena de testigos. Golpeaba la fría mampara de metacrilato con furia desmedida, fuera de mí, gritando que detuvieran aquello, que detuvieran ese crimen monstruoso.

Entonces, me incorporé con brusquedad en la cama, con el corazón desbocado, los ojos desorbitados y un pulso completamente fuera de control. La náusea se apoderó de mí con una fuerza implacable.

Giré la cabeza hacia Jamie, que dormía plácidamente a mi lado, ajeno al torbellino que me consumía por dentro.

Con pasos apresurados, pero procurando no hacer ruido, me dirigí al cuarto de baño y cerré la puerta con sumo cuidado para no despertarlo. Una vez dentro, mi cuerpo me traicionó. Me incliné sobre el lavabo y vomité hasta que sentí que no quedaba nada en mi interior. Pero el vacío que me invadía no era solo físico. Había algo más profundo, algo invisible, que se había hecho añicos dentro de mí. Era un peso abrumador, una herida invisible que se hacía más profunda con cada pensamiento, con cada imagen que volvía a mi mente.

Solo había una certeza que me sostenía, una determinación que no podía ignorar: pese a que la comisión de indultos y el tribunal de apelación habían rechazado todas las solicitudes de mi padre durante veinte años, y aunque el Tribunal Supremo y el gobernador cerraron la puerta a cualquier esperanza, no permitiría que lo ejecutaran sin verle por última vez.

No cabía duda sobre los hechos. Había matado a sangre fría, sin un ápice de remordimiento, y su culpabilidad jamás estuvo en tela de juicio. Pero, por alguna razón que escapaba a mi entendimiento, el vínculo que nos unía era más fuerte que cualquier veredicto, más poderoso que cualquier sentencia dictada por un jurado.

36
Jamie

Por fin había llegado el día. Veinte años de espera eran suficientes para presenciar la muerte de ese malnacido, ese asesino de niños. Era hora de cerrar el círculo y poner fin a la agonía de saber que aún respiraba cuando debería llevar dos décadas criando malvas.

Demasiado tiempo había pasado tras los barrotes, protegido por un sistema que prolongaba lo inevitable. Apelación tras apelación, informes de buen comportamiento, historias de redención... todo en vano. Nada de eso aplacaba el odio que me corroía por dentro, ni calmaba la rabia que ardía en mi pecho desde el día en que lo arrestaron.

Hoy todo acabaría; yo sería otra persona.

Y cuando regresara de su ejecución, iba a celebrarlo con Hope como si me fuera la vida en ello. Iba a bañarme en champán, iba a desatar una fiesta entre ella y yo que dejaría mi cordura colgando de un hilo. Iba a festejar su muerte con todas mis fuerzas, hasta que la alegría me hiciera perder el sentido y olvidarme de mí mismo por unas horas.

37
Inevitable (2004)

—Pobre niño, me da tanta pena; se me rompe el corazón verle tan chiquitito y ya huérfano.

La trabajadora social comentó esto en voz baja a su compañera mientras dejaban a Jamie Gordon sentado en una pequeña salita, a la espera de que una tía lejana por parte de su padre viniera a recogerlo. Aquella mujer debía firmar los papeles que le otorgarían la tutela temporal hasta que él alcanzara la mayoría de edad.

—Su madre se quitó la vida después de que un borracho asesinara a su hija de trece años a sangre fría... Y su padre murió en un accidente de coche solo unos meses después.

—Sí, esta familia parece estar marcada por la tragedia.

Suzanne, la trabajadora social más veterana, se encogió de hombros con resignación.

—Vamos, Fiona, no te vengas abajo. Casos así van a ser tu pan de cada día. Tienes que aprender a sobrellevarlo.

—Lo sé, pero aún no me acostumbro.

—Pues cuanto antes te curtas la piel, mejor. Así regresarás a casa cada noche sin que te pese el alma.

38
Hope (2024)

—Necesito volver a la penitenciaría. Me quedan algunos cabos sueltos por investigar para completar mi tesis de periodismo —rumié mientras terminaba de cepillarme el pelo y ajustaba una dia-dema roja en la cabeza.

Jamie apareció caminando hacia mí con el cabello oscuro aún húmedo tras la ducha. Llevaba unos pantalones deportivos de cintura baja, dejando al descubierto la imponente desnudez de su torso, donde un enjambre de veinte luciérnagas tatuadas se desplegaba por la espalda, las costillas y los brazos. Todo un espectáculo cautivador, una visión que, a pesar de repetirse cada día, aún no lograba dejar de asombrarme.

—¿Volverás para la cena? —preguntó en un tono suave mientras acortaba las distancias entre nosotros.

Sin esperar mi respuesta, se adelantó y tomó la iniciativa. Me agarró por la cintura, atrayéndome contra su cuerpo y me besó primero en la frente, luego en la punta de la nariz, y finalmente en los labios, con una mezcla de ternura y sensualidad que parecía estar calculada al milímetro. Ese gesto desató un torbellino en mi estómago, un revoloteo incontrolable que me dejó sin aliento.

—Sí, estaré aquí para entonces —declaré, esforzándome por hacer que mi voz sonara más firme de lo que realmente me sentía.

Jamie tenía un efecto en mí que nadie más había logrado: desestabilizaba cada una de mis certezas, como si con su sola pre-sencia fuera capaz de desarmar las barreras que siempre había mantenido en pie.

Estaba segura de que esta era la primera vez que me ena-moraba de alguien de verdad, con todas las letras y con todas las consecuencias. Era una sensación arrolladora y hermosa, como si mi mundo entero cobrara un nuevo sentido solo por existir a su lado.

Y mientras lo observaba, rezaba en silencio porque esa sensación no se desvaneciera jamás.

—Yo tengo que volver a Krebs. Aún me quedan algunos asuntos pendientes por solucionar antes de mañana emprender el viaje de vuelta a Los Ángeles.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no es necesario.

—¿Seguro?

—Sí, Hope. Esta vez prefiero ir solo, pero más tarde te lo compensaré con creces.

Esbocé una leve sonrisa.

—Ah, entonces me vale.

—Te conformas con poco —replicó, alzando una ceja en clave de humor.

—Pasar la noche abrazada a ti no es conformarse con poco —alegué en mi defensa.

—¿Quién dice que solo voy a abrazarte toda la noche?

No sé por qué, pero mis mejillas se encendieron al instante, como si el tono de sus

palabras cargara más intención que el significado literal. Traté de mantener la compostura, pero el calor en mi rostro me delataba.

Le devolví el beso, un gesto rápido y contenido, y después de colocarme la chaqueta y colgarme el bolso al hombro, me despedí de él con un último vistazo antes de cerrar la puerta de la habitación del motel tras de mí.

El trayecto en taxi hasta la penitenciaría transcurrió en un tenso silencio. Cada milla recorrida me acercaba al momento que había evitado enfrentar. Al llegar, seguí el estricto protocolo de seguridad de la prisión, pasando por los controles hasta llegar al módulo del corredor de la muerte.

Una vez allí, me acomodé en la pequeña salita de visitas y aguardé, sintiendo cómo los minutos parecían alargarse interminablemente. Retorcí los dedos con nerviosismo, incapaz de detener el constante flujo de pensamientos que me invadía. Pronto, estaría frente a mi padre, esposado de pies y manos, y tendría que mirarlo a los ojos para decirle la verdad: quién era yo realmente.

Si no volvía, sería mi mayor arrepentimiento. Sabía que, si no lo hacía, me perseguiría el resto de mi vida. Su ejecución estaba a solo unas horas, y la angustia crecía en mi estómago, apretándolo como un nudo.

Tenía sentimientos encontrados. Frente a mí estaba la figura paterna que jamás tuve, un extraño al que me unía la sangre, pero que nunca formó parte de mi vida. Y, al mismo tiempo, era un ase-sino de niños, un hombre condenado a morir por sus actos.

Mi mundo, siempre estable y controlado hasta entonces, parecía tambalearse como un castillo de naipes a punto de derrumbarse. Sentía cómo cada pensamiento, cada decisión, traía consigo una onda expansiva, una venganza del destino que tarde o temprano tendría que afrontar.

Apreté los dientes con fuerza cuando lo vi entrar.

39
Silencio (2004)

—No lo voy a repetir de nuevo, señora. El pequeño debe estar en un lugar donde lo mantengan bajo vigilancia las veinticuatro horas. Por el momento, debido al abandono evidente que ha sufrido bajo su cuidado, se le retirará la custodia de forma temporal. Lo ocurrido hoy no puede repetirse.

La voz firme de la asistente social resonaba en la pequeña sala de reuniones, mientras Jamie, en la habitación contigua, permanecía con la cabeza gacha. Mantenía la mirada clavada en el suelo, ajeno a las palabras que se estaban intercambiando más allá de las paredes que lo separaban.

En el otro lado de la puerta, la asistente social sermoneaba a su tía, una mujer agotada y visiblemente incómoda, acusándola del negligente cuidado que había ofrecido desde que Jamie vivía bajo su techo.

Mientras tanto, el chiquillo rascaba con insistencia el vendaje fresco que cubría su brazo izquierdo y su pierna derecha. Esas he-ridas no eran solo marcas físicas, sino el reflejo de su desesperación. Quizás como un grito silencioso de auxilio, un acto de autolesión que nadie había logrado prever ni evitar. Su pequeño cuerpo no solo hablaba de su dolor físico, sino de las cicatrices invisibles que le otorgaba una vida marcada por la soledad, un destino trágico sin su familia biológica que lo perseguía incansablemente allá donde fuera.

Por más años que pasaran, no existía fórmula alguna que pudiera mitigar el dolor de haber perdido a las personas que más quería. Ese dolor se transformó en un rencor que le apretaba las entrañas, como una presión constante. Ansiando el día en que pudiera vengar sus muertes y hacer justicia.

40
Hope (2024)

Regresé a la habitación del motel, con las sensaciones a flor de piel. La garganta aún ardía por las emociones contenidas y los hombros desplomados, como si me hubiera deshecho en pedazos. Estaba convencida de que todo en esta vida tenía un precio, y ese había sido el mío: el precio que pagué por conocerlo, por revelarle quién era, tan solo unas horas antes de su muerte.

Había estado conversando con Howard Olsen y le había dicho la verdad, los motivos reales de mi presencia allí. Le confesé que no era por una tesis, sino porque, veintitrés años atrás, mi madre había estado con él y me había ocultado su identidad.

Él me confesó que sabía de mi existencia, pero que, tras enviarle una carta diaria durante un año entero a mi madre mientras estuvo encarcelado, y de que ella jamás le respondiera, había llegado a sus oídos que, me había bautizado con el nombre de Zoey y nos habíamos mudado a otro lugar. A partir de ahí, cualquier posibilidad de contacto se desvaneció, como si el mundo nos hubiera tragado.

Me dieron la oportunidad de estar allí en el momento de su muerte, de presenciar cómo dejaba este mundo. Pero, simplemente… no pude. No quise ser partícipe de su ejecución. Sé que no lo soportaría. No podía sobrepasar mi propio límite como ser humano.

Mi único consuelo fue escuchar de su boca que se marcharía en paz, esencialmente al saber que su hija, a quien nunca había visto, estaba frente a él. Me reconoció las agallas que había tenido para hacer el viaje sola, para sentarme frente a él y mirarle a los ojos, desafiando lo que mi corazón había temido encontrar.

Tomé aire y me dejé caer sobre la cama.

Jamie no estaba. En su lugar, encontré una nota manuscrita junto a una orquídea blanca y una botella de *Moët & Chandon*. La desplegué y la leí, esbozando una ligera sonrisa:

Vuelvo en un ratito.
No descorches aún la botella de champán.
Esta noche vamos a brindar por nosotros.
Estoy loco por ti, Piernas.

Estaba a punto de darme una ducha para refrescar tanto el cuerpo como la mente antes de que Jamie regresara, cuando algo llamó mi atención. Desde la maleta con la cremallera medio abierta, sobresalía una sudadera de él que siempre me había encantado.

Una idea se formó rápidamente en mi mente. Quería sorprenderle, esperarlo solo con esa prenda de ropa, oliendo a él, de manera sugerente, para hacerle saber las ganas locas que tenía de demostrarle que, a mi manera, también me había enamorado de él. No a través de grandes gestos, sino con pequeños detalles, casi imperceptibles, que estaban allí, calando hondo.

Me senté en el suelo, la mezcla de excitación y nerviosismo recorriéndome, mientras abría la cremallera. Al sacar la sudadera, algo inesperado apareció entre la ropa. Era una carta con el remitente de *Oklahoma State Penitentiary*.

La garganta se me secó al instante, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. El impacto me dejó helada. Era una réplica exacta de la que mi madre y yo habíamos recibido días atrás, aquella carta que nos convocaba para asistir a la ejecución de mi padre.

¡Oh, Santo Cielo!

Con las manos temblorosas, tomé el sobre. Saqué el documento que contenía y, aunque mis ojos no querían aceptar lo que veían, leí mentalmente las mismas palabras que había leído en la otra carta, solo que ahora llevaba su nombre y ¡el de su hermana, Emily Gordon!

Las piezas encajaron y, en un parpadeo, el tiempo se detuvo. Mi mundo se desplomó de golpe, como un castillo de naipes.

Sentí vértigo...

Miedo...

Un torrente de emociones me invadió: ganas de llorar, de gritar, de golpear el suelo, las paredes, romper todo lo que tuviera cerca; liberar toda la ira contenida. Después, una sensación de vacío comenzó a apoderarse de mi pecho. Una grieta por la que supuraba la angustia, como si fuera imposible retenerla, y la frustración se colaba entre mis pensamientos.

¡No puede ser! ¡Mi padre no asesinó a la hermana de Jamie…! No, no, no… ¡Dios, no!

Los ojos me ardían y rompí a llorar. En ese instante, todo lo que pude pensar fue que necesitaba huir de allí, aunque fuera en mi mente, porque estar presente era insoportable, como si cada segundo más me desgarrara aún más por dentro; dolía demasiado.

41
Jamie

Me recosté en la cama, rodeándola con un abrazo desde la espalda. Hope dormía acurrucada en posición fetal. Deposité un beso suave en su nuca y hundí mi rostro en el calor de su cuello. Inhalé profundamente, empapándome de su esencia, de su presencia, y de ese indescriptible sentimiento de protección. En tan poco tiempo la chica del flequillo siempre perfecto, se había convertido en mi refugio, ese hogar perdido desde mis diez años, un lugar que creí jamás volver a encontrar... hasta que apareció ella.

¿Es posible sentir sosiego, paz y una conexión tan profunda con alguien a quien apenas conoces? Por supuesto. Del mismo modo que puedes pasar toda una vida al lado de alguien y, al final, descubrir que nunca llegaste a conocerlo realmente.

El tiempo no es más que una ilusión. Así lo postulaba Eins-tein en su teoría de la relatividad especial, y yo no podría estar más de acuerdo. Al fin y al cabo, el transcurso del tiempo –ya sea bienvenido o no– depende solo de nuestra percepción. Y si esa percepción ha de vivirse, ¿qué mejor que hacerlo junto a alguien con quien te sientas plenamente tú?

Estar junto a Hope, era un regalo.

Habían sido días amargos y un par de horas especialmente terribles. Por un lado, llevaba veinte años aguardando con ansias casi perturbadoras la muerte de aquel malnacido. Sin embargo, cuando llegó el momento decisivo, al estar presente en su partida, algo en mí se quebró. Antes de que le administraran el cóctel letal, me miró directamente a los ojos, y en su mirada no vi la derrota, sino la súplica de redención. Me pidió perdón. Perdón por el daño que me había infligido a mí, a mi familia y a todos aquellos que queríamos a Emily.

En ese mísero instante, un sentimiento de culpabilidad me invadió el pecho como si fuese una onda expansiva sembrando la duda. Mierda. ¿Cómo podía regocijarme sabiendo que el sistema estaba a punto de ejecutar a Howard Olsen, condenándolo al inframundo para expiar su atroz crimen?

Joder.

Maldita sea...

¡Quería odiarlo con todas mis fuerzas, con cada fibra de mi ser, hasta el último aliento de su miserable existencia! Y, sin embargo, su petición poco ética de perdón me desgarró las entrañas de una forma que nunca creí posible.

Lo sentí.

Sentí su perdón, era noble, honesto, real. Lo vi en sus ojos. Y no me estaba pidiendo que detuviera aquello, aunque de todas formas no tenía el poder para hacerlo. No, lo que suplicaba era misericordia, una especie de armisticio para poder marcharse de este mundo en paz; yo seguía sintiendo un vacío lacerante en mi interior.

¿Sería capaz, algún día, de perdonarle por el asesinato de mi hermana? La respuesta, aunque cruel, inhumana y punzante, era tan clara como el odio que ardía en mi interior: no.

Apagué la luz de la mesita de noche y en medio de la oscuridad, cerré los ojos abrazando

la espalda de Hope aún con más fuerza contra mi pecho.

42
Hope

Me desperté a medianoche con el brazo de Jamie rodeando mi cintura y sus piernas enredadas con las mías. Necesitaba ir al baño con urgencia; había vuelto a tener una pesadilla y mi cuerpo estaba empapado en un sudor frío y pegajoso. Con cuidado, empecé a mo-verme, muy despacio, para primero apartar su brazo de encima y, después, salir de la cama sin hacer ruido, procurando no despertarlo.

Decliné la idea de abordar esa conversación pendiente sobre lo que sería de nosotros, de nuestra *supuesta* relación, una vez volviéramos a Los Ángeles. No era el momento, especialmente ahora, después de haber descubierto que asistió en persona a la ejecución de mi padre, presenciando su muerte en directo, para luego regresar a la habitación del hotel como si nada hubiese pasado…

Dios sabe que no pretendía convertirme en juez ni verdugo, pero era imposible no sentir una maraña de emociones encontradas al conocer la verdad: esa verdad en la que mi padre, Howard Olsen, había asesinado a Emily Gordon, y Jamie había atravesado medio país solo para estar presente el día de su ejecución.

Entré en el cuarto de baño y abrí el grifo, dejando correr el agua fría mientras me refrescaba la cara y la nuca.

—¿No puedes dormir, Piernas?

—¡Dios santo, Jamie! —exclamé, sobresaltada—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Me giré de golpe, con el corazón aun latiéndome con fuerza al escuchar su voz llenar aquel reducido espacio. Sin inmutarse, Jamie se acercó, me dio un beso en el hombro y, con total naturalidad, después de bostezar y frotarse los ojos, somnoliento, comenzó a orinar.

—Eso es porque no tienes los pensamientos en orden —oí su voz detrás de mí, con esa voz que mezclaba ternura y descaro—. Hay algo que te perturba tanto que ni dormir ni descansar puedes.

Se colocó a mi lado, rozando su brazo con el mío mientras se lavaba las manos. Me dio unos toquecitos en la frente con su dedo índice aún húmedo, como si quisiera empujar esas ideas fuera de mi cabeza.

—¿Me equivoco?

Nuestras miradas se cruzaron a través del reflejo del espejo. Me sonrió. Luego, como si intentara provocarme, me lanzó unas gotitas de agua en la cara, esperando una reacción. Se secó las manos con la toalla, que enseguida me ofreció para que hiciera lo mismo. Después se apoyó en el lavamanos, cruzando los brazos a la altura del pecho con una actitud relajada, pero con la clara expectativa de mi respuesta reflejada en sus ojos.

—Puede ser.

—A mí no puedes engañarme, pequeña. Llevas dos noches sin pegar ojo. Y a eso súmale lo inquieta e irascible que te has vuelto de la noche a la mañana. Saltas a la mínima, y sé que tú no eres así. Lo huelo…

Se acercó a mi cuello, inhalando profundamente mi piel como si quisiera absorber mi ansiedad. Luego se retiró a una distancia prudencial para mirarme a los ojos.

—Vamos, Hope, además te has puesto mi sudadera de la suerte… ¿pasa algo?

La pregunta, impregnada de simbolismo, me hizo sentir vulnerable. Yo siempre había sido una persona muy transparente; cualquier cosa que me preocupara era evidente no solo en mis gestos, sino también en mis acciones. No importaba que nos conocié-ramos solo de tres días y tres noches; Jamie parecía tener la clave para descifrar todos mis estados de ánimo. Y lo más sorprendente: parecía que le importaba de verdad verme mal. Eso era algo que no esperaba encontrar en él.

Así que, ante su mirada insistente y su notoria preocupación, supe que debía explicarle lo que rondaba en mi mente, la razón de mi comportamiento distante, antes de que sacara conclusiones erróneas o precipitadas sobre lo que me estaba pasando.

Lo medité un segundo más antes de salir del cuarto de aseo, sintiendo la mirada de Jamie clavada en mi nuca.

Me acuclillé frente a su maleta, con las rodillas rozando el suelo, y, tras estirar las mangas de la sudadera mientras tomaba aire profundamente, rebusqué entre la ropa hasta sacar la carta de la pe-nitenciaría y después se la mostré.

—Vaya —murmuró—. La has encontrado.

Asentí en silencio, sin saber qué decir. Jamie se acercó con pasos pesados y se sentó en el borde de la cama, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Siento no haberte explicado el motivo real de mi viaje a Oklahoma —reveló, carraspeando en su puño—. Pero creí que tenía derecho a guardarme ese pequeño detalle. Después de todo, tampoco te conocía lo suficiente como para contarte algo tan... escabroso, quizá hasta morboso.

Hizo una pausa.

—Conducir tres días solo para asistir a la ejecución del hijo de puta que asesinó a tu hermana... no es exactamente algo que alguien quiera compartir. Mucho menos con alguien que probablemente ni siquiera podría ponerse en mi piel.

Sus palabras cayeron como un golpe seco en la habitación. Tragué saliva, notando cómo el peso de su dolor se enredaba con el mío, porque por supuesto que era capaz de empatizar con él.

Me incorporé frente a él, con la respiración agitada.

—Verás... yo tampoco he sido del todo sincera.

Jamie levantó la mirada; sus ojos se entrecerraron, reflejando una mezcla de inquietud e impaciencia.

—¿Ah, no?

Negué con la cabeza, mientras mis ojos se humedecían, luchando por contener las lágrimas.

—Tranquila, Hope. —Habló con voz pausada, insuflándome seguridad. Se puso de pie, y al notar que mi angustia iba en aumento, me tomó suavemente por los brazos y los frotó con un gesto tierno y reconfortante—. Nada de lo que me digas cambiará lo que siento por ti.

Asentí, intentando convencerme de que tenía el control de la situación, forzándome a creer que confesarle la verdad sería mi liberación, pues postponerlo sería un terrible error. Sin embargo, en el fondo de mi corazón tenía la certeza que, una vez él lo supiera, nuestras vidas jamás volverían a ser las mismas.

—Sé que cuando te revele la verdadera razón por la que he venido a Oklahoma, no

querrás saber nada más de mí.

—Hope, me estás asustando. ¿Qué coño pasa?

Su mirada, intensa y penetrante, parecía implorarme que dejara de andar con rodeos y fuera directa al punto. Así que lo hice.

—Hoy han ejecutado a Howard Olsen, el asesino de tu hermana, Emily Gordon. Y tú has viajado desde Los Ángeles hasta aquí para verlo morir…

Guardé silencio un instante. Él no dijo nada. Sus ojos seguían fijos en mí, pero su ceño se frunció, reflejando desconcierto y, probablemente, cuestionándose cómo había conseguido averiguar tanto con tan solo una carta. Lentamente, dejó de sostenerme los brazos y los cruzó bajo el pecho, sus pulgares asomando por las axilas, en una postura de tensa expectación.

—Continúa, Hope —indicó, con su voz baja pero firme.

La diminuta habitación pareció encogerse a mi alrededor, como si las paredes comenzaran a estrecharse. Era como si el espacio conspirara contra mí, tal y como le sucedió a *Alicia en el País de las Maravillas* cuando descubrió aquel pastelito dentro de una caja de cristal, adornado con una nota que rezaba: *Cómeme*.

Sentí que el aire se volvía escaso, casi inexistente, mientras la habitación misma parecía transformarse en un envase al vacío, decidido a robarme el aliento y exprimir cada resquicio de calma que me quedaba.

Intenté mantener el temple, pero no lo logré. Enseguida el labio inferior había comenzado a temblarme.

—Mi tesis de periodismo sobre los presos en el corredor de la muerte no era más que una excusa: quería conocer a mi padre antes de su ejecución. —Tragué saliva lentamente, sintiendo cómo mi garganta se cerraba—. Jamie, mi padre es Howard Olsen.

—¿¡Esto va en serio!? —Dio un paso atrás de golpe, mirándome como si no me reconociera—. ¿Se trata de una broma macabra?

Negué con la cabeza, mientras varias lágrimas rodaban por mis mejillas. Quise alargar la mano hacia él, suplicarle que no siguiera alejándose, que no se apartara de mí, pero no pude evitarlo. Cada paso que daba hacia atrás era como un puñal que se hundía más profundo en mi pecho.

—No lo es. Ojalá fuera mentira... pero no lo es, Jamie. No lo es…

La verdad siempre escuece, todos lo sabemos. Que te arrojen la verdad como un vómito duele, pero creo que ocultarla duele aún más. De cualquier forma, no podía cambiar el pasado, ni los hechos, ni el vínculo biológico que me unía a un monstruo. Pero eso no cambiaba lo que Jamie y yo éramos el uno para el otro: algo especial.

—¿Y has esperado tres días para decírmelo? —espetó, con la voz cargada de resentimiento—. Si me lo hubieras contado antes, ¡ni te habría tocado un puto pelo!

Su tono era tan frío, tan lleno de asco, que sentí cómo cada palabra se clavaba como espinas en mi alma. Se giró con brusquedad, se puso la chaqueta de un tirón, y agarró la cajetilla de tabaco junto con las llaves del Chevrolet.

—Es tu padre... tu maldito padre... —murmuró con los dientes apretados, casi para sí mismo, pero lo suficientemente alto como para que me destrozara. Luego, me señaló con un dedo tembloroso—. ¡Eres la hija del asesino de mi hermana!

No pude contradecir a esa verdad. Quemaba demasiado, como una herida abierta que no deja de sangrar. Pero yo no era como él. ¡No lo era! No podía serlo. Me acerqué a Jamie, desesperada, para sujetarle del brazo, para que sintiera que me dolía tanto como a él, para que entendiera que ¡odiaba ser su hija más que nada en el mundo!

Ni siquiera tuve oportunidad de rozarle. Jamie se adelantó y me apartó con un brusco manotazo que me dejó inmóvil.

—¿Y qué? ¿Te despediste con un abrazo? —soltó, con una mirada perdida, llena de rabia, dolor y algo casi inhumano—. ¿Le diste unas últimas palmaditas en la espalda para decirle que lo hizo de puta madre? ¡Eh, Hope! ¡¿Lo hiciste?!

—No tienes derecho a hablarme así —logré decir, aunque mi voz apenas era un susurro quebrado.

—Claro, por supuesto que no tengo derecho. Tus deseos son órdenes, dejaré de hacerlo. —Rio sin humor, en una carcajada amarga y rota—. ¡Me largo!

Lo vi marcharse, alejarse de mí hasta que salió de la ha-bitación y cerró la puerta de un portazo que hizo temblar las paredes e incluso los cimientos de ese motel.

El aire pareció desaparecer. Sentí que me arrancaban los pulmones de cuajo. Una presión sofocante invadió mi pecho. Me estaba mareando. Apenas pude arrastrar los pies hasta la mesa escritorio para apoyarme, porque estaba a punto de perder el conocimiento.

No podía imaginar una vida sin él. No así, no sin que supiera que yo estaba de su lado. Que odiaba el crimen atroz que jamás debió suceder. ¡Que no era él... ni lo sería nunca!

43
Jamie

No logré superarlo.

Estar con Hope significaba convivir también con la sombra de Howard Olsen y con el recuerdo de mi hermana, Emily, como si ambos fueran fantasmas que nunca abandonarían mi mente, incansables, atormentándome en silencio. Cargar con un peso asfi-xiante, una garra que me oprimía el pecho cada vez más fuerte, sabiendo que el odio ardía en mí, feroz y perpetuo, y que ese sentimiento no desaparecería mientras siguiera respirando, mientras permaneciera a su lado.

Había tomado una decisión después de una noche de autodestrucción, tras emborracharme hasta casi perder la conciencia. Todo había sido un error: compartir el viaje con ella, confiar ciegamente en ella y, sobre todo, cometer el imperdonable error de ena-morarme de ella.

No tenía opciones.

No podía seguir viéndola; la herida que llevaba en el alma era demasiado profunda como para pretender sellarla con una venda en los ojos. Sabía, con la certeza de quien conoce lo peor de sí mismo, que el rencor seguiría supurando, envenenando cada palabra, cada silencio, cada mirada. Conocía demasiado bien mis límites, y sabía que cualquier pequeña excusa serviría como arma para recordarle quién era ella, para herirla deliberadamente. Y eso... eso no era saludable para ninguno de los dos.

Aparecí en la habitación ya entrada la mañana, envuelto en un hedor a alcohol que resultaba insoportable. Estaba roto en mil pedazos, descamisado, sucio, con el rostro de quien ha perdido la batalla contra la vida y el alma agotada de que el puto destino siempre me eligiera a mí como blanco de su frustración.

Hope estaba despierta, sentada al borde de la cama, con la misma ropa que llevaba cuando la vi por última vez. Vestía mi sudadera de la suerte; «de la suerte»... ¡Qué maldita ironía! Su cabello estaba revuelto, y sus ojos, hinchados por el llanto, me miraban con una mezcla de angustia y desconsuelo que nunca antes había visto en ella. Esa mirada me partió el alma en dos, pero yo había vuelto por un único motivo. Nada más. Y nada ni nadie iba a lograr cambiarlo.

— Te dejo suficiente dinero para el billete de regreso a Los Ángeles. También he pagado la habitación por dos noches más, para que puedas irte cuando quieras.

—Jamie…

Hope se incorporó en la cama y avanzó hacia mí.

—Por favor, hablemos. Te lo ruego…

Cogió mi mano con fuerza y la apretó contra su pecho, su cuerpo temblando como una hoja al viento.

—Por favor…

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, y aunque me destrozaba verla así, no podía permitirme flaquear. Había vuelto solo para asegurarme de que estuviera bien, de que tuviera los medios para regresar a casa sin depender de mí. No quería ser un cabrón insensible.

No era ese tipo de persona.

—Hope, vamos… No hagas esto. No lo hagas más difícil.

—Mírame.

Levanté la vista hacia ella, aunque sabía que no debía hacerlo.

—Jamie… te quiero.

Y me abrazó. Se aferró a mí como si fuera lo único que la mantenía en pie, con el rostro hundido en mi pecho. Sentí cómo una oleada de emociones me invadía, luché por reprimirla, pero al final, la rodeé con mis brazos. Dejé que llorara, que liberara toda la tensión acumulada, que se desahogara por completo.

Después de un rato, la aparté con suavidad. Sostuve su rostro entre mis manos y, mirando directamente a sus ojos anegados en lágrimas, le solté lo que en el fondo sabía desde hacía un par de noches:

—Yo también te quiero. No te imaginas cuánto. Pero, precisamente por eso, debo alejarte de mí. No eres él, pero me lo recordarías cada puto día de mi vida si sigo a tu lado.

—Jamie, es mi padre…

—Emily era mi hermana…

—Solo Dios puede juzgarlo, no los hombres, que ya lo hicimos —seguía en sus trece y yo no podía continuar así— Creo en el arrepentimiento.

—Yo creo en la justicia. Y por fin, tras veinte malditos años, ¡se ha hecho justicia!

—Se arrepentía de todo —balbuceó, sorbiéndose los mocos—. Hace años que leía la Biblia, que ayudaba a otros presos a escuchar la llamada de Dios e intentaba ser un preso ejemplar…

—¿Y eso qué? ¿No lo ves, Hope? No sirve. Mi hermana no tuvo opciones. Tu padre, sí.

No pude evitar decirlo con rabia y Hope rompió a llorar, desconsolada.

—No lo hagas, Jamie…

Junté mi frente con la suya, sintiendo el calor de su piel y su respiración entrecortada.

—Debo hacerlo. Créeme, acabaría haciéndote mucho daño, porque jamás podría perdonar quién eres.

La besé en los labios, despacio, saboreando cada segundo como si fuera el último, de hecho, lo era. Luego, con el corazón desgarrado, cogí mi maleta y salí de allí.

Puede que fuese un cobarde, o tal vez la persona más valiente del mundo. Nunca lo sabré. Pero algo había cambiado, algo había muerto entre esas cuatro paredes; sé que jamás volveré a ser el mismo.

Hice lo único que pensé que era correcto en ese momento: alejarme de ella, empezar a enterrar el pasado y tratar de construir un presente sin sombras.

Arranqué el Chevrolet y puse rumbo a Los Ángeles sin mirar atrás. Mientras conducía, encendí un cigarrillo tras otro, dejando que el humo llenara mis pulmones hasta que ardieran. Con cada milla recorrida, mi corazón latía más lento, más apagado, hasta que dejó de latir por ella.

44
Recuerdos (1994)

—Ven, acércate, cariño.

Emily deslizó la suela de sus deportivas sobre el suelo de gres de la habitación doscientos tres del hospital McAlester Regional Health Center, acercándose a la cama donde su madre estaba sentada con el bebé de mejillas regordetas en brazos. Era el primer encuentro de Emily con su hermanito, Jamie, recién nacido.

—¿A qué es precioso? Igual que tú, mi vida.

Vestida de princesa, la niña asintió con entusiasmo, y sus dos coletas saltaron alegremente sobre su cabecita.

—Dile: hola, Jamie…

—Hola, Jamie.

Instintivamente, Emily se inclinó hacia su hermano y le dio un tierno beso en la mejilla, mientras él dormía plácidamente después de haber sido amamantado.

—Así me gusta, Em —manifestó su padre con entusiasmo, observando la escena desde su lugar privilegiado junto a la ventana—. A partir de ahora, Jamie y tú estaréis siempre juntos y os querréis muchísimo.

La niña asintió nuevamente con una sonrisa radiante y, tras pensarlo un instante, miró a su peluche, esa luciérnaga dorada que siempre llevaba consigo. Incluso dormía con ella porque se iluminaba por las noches y le ayudaba a ahuyentar las pesadillas sobre monstruos que se escondían debajo de la cama o en el armario. Con una dulzura infinita, lo entregó a su hermanito.

—Toma, para ti, Jamie…

Ese gesto tan tierno le robó otro pedazo del corazón a Mary Anne, que temía que, con solo tres años de diferencia, Emily pudiera sentir celos del nuevo miembro de la familia. Pero, esa preocupación nunca se materializó. El vínculo que se forjó entre ambos hermanos desde ese momento fue inquebrantable, al punto de que siempre se defendían el uno al otro: Emily lucharía contra el acoso escolar que Jamie sufriría durante años en la primaria, y él la protegería de la incomprensión de los demás hacia su carácter introvertido, forjado en su amor incondicional por esos insectos de luz.

45
Jamie (2028)

Base CFB Edmonton, Alberta, Canadá

Me alisté para unirme al Ejército Canadiense, participando en diversas misiones internacionales, principalmente enfocadas en la paz y la ayuda humanitaria, en países de África y regiones de Medio Orien-te, contribuyendo a asegurar la estabilidad, la seguridad y la paz en regiones afectadas.

Me entregué por completo durante varios años a perderme en esos territorios, porque a veces es necesario perderse para encontrarse a uno mismo. Decidí romperme, porque, en ocasiones, es fundamental estar hecho trizas para recoger esos fragmentos y recons-truir algo diferente. Y me permití sentir dolor, porque solo así se aprende a valorar los momentos en los que verdaderamente te sientes bien.

Y cuando finalmente llega esa aceptación, te liberas de la culpa y resuelves la batalla interna en la que ya no deseas seguir combatiendo.

—Jamie, tío, nos vemos a la vuelta.

Isaak Belmont chocó la mano conmigo y luego nos abrazamos. Habíamos sido compañeros durante los últimos años, colaborando en misiones y forjando una amistad sólida, que se convirtió en mi apoyo inquebrantable en este proceso de encontrarme a mí mismo.

—¿Al final irás a Los Ángeles a pasar el fin de año?

—Creo que sí.

—¿Crees que sí? Transforma el escenario, colega, deja atrás los más de 600 lagos y cámbialos por el asfalto, renueva ese aire tan puro por el bullicio del claxon… socializar un poco con gente corriente no te vendría mal —sentenció— Hazme caso.

Me apoyé en la barandilla del balcón de la base, cuyas vistas me regalaban el horizonte de la ciudad de Edmonton, con los puentes cruzando el río Saskatchewan Norte y, a lo lejos, las majestuosas Montañas Rocosas, cubiertas por gruesas capas de nieve, especialmente en un día claro como aquel, sin la habitual niebla matutina que solía formarse mientras me encendía un cigarrillo, inmerso en esa atmósfera tan tranquila.

—Puede que te haga caso —pronuncié tras meditarlo.

Exhalé el humo con lentitud.

—Apuesto a que lo harás.

—Dale recuerdos a Bridney.

—Lo haré de tu parte, dalo por seguro.

Por la tarde, ya tenía preparado un equipaje ligero para pasar unos días con Will Lauder, a quien no había vuelto a ver desde que le devolví el Chevrolet Chevelle del ’64 sin una ralladura en 2024.

Supuse que se alegraría al verme, sano y a salvo, después de tanto tiempo. Siempre lo

hacía. Nuestra amistad era de esas auténticas, de las que, aunque no supiéramos nada el uno del otro durante una eternidad, al reencontrarnos, seguíamos exactamente en el mismo punto. Y eso, te aseguro, no se logra con cualquiera.

—¿Qué pasa, hijo de puta?

Will se abalanzó sobre mí y me envolvió en un abrazo tan fuerte que por un momento sentí que me iba a romper las costillas.

—Nada… Quería ver qué hace el cabrón de mi amigo.

—¡Joder! Llevo cuatro malditos años esperándote. Anda, pasa, pasa... y ¡bésame el culo! —profirió con ese tono suyo tan característico, mitad queja, mitad broma, al tiempo que me palmeaba la espalda con fuerza.

Después, con un movimiento rápido, tomó mi maleta antes de que pudiera protestar y la llevó hacia el interior de su estudio.

—Tienes mucho que contarme —añadió, alzando las cejas con una expresión juguetona que dejaba claro que no pensaba dejar pasar ni un solo detalle.

46
Hope

Mi editora, Natalie Beckerson, acababa de enviarme por correo electrónico el calendario con los lugares, fechas y horarios de las primeras presentaciones de mi novela. Un libro basado en la historia real de nuestras vidas: la de Emily y la familia Gordon, la de mi padre y su condena en el corredor de la muerte, su posterior ejecución a manos de una sociedad retrógrada… y la de Jamie y la mía.

Cambié los nombres para no herir sus recuerdos, pero jamás sus voces. Ellos ya no podían alzarlas, pero yo sí. Y lo hice para que su historia no quedara en el olvido, para remover conciencias y, tal vez, abrir algunas mentes.

A veces, la vida te sorprende cuando menos lo esperas. Te regala oportunidades que nunca imaginaste alcanzar, aquellas en las que ni siquiera te habías atrevido a apostar.

Deslicé la yema de los dedos sobre la serigrafía de la portada, como si aún no creyera que aquel libro era real.

—*El último baile de las luciérnagas* —murmuré, leyendo el título en voz baja.

Luego, bajé la vista hacia la faja que rodeaba el ejemplar:

«Un debut inolvidable que confirma el nacimiento de una gran escritora.» — The New Yorker.

Sentí un nudo en la garganta. Ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando hasta que mi madre entró en la cocina con la cesta de la compra y me sorprendió secándome las lágrimas a toda prisa.

—Cielo, no seas tonta… Llora. Libéralo. Sentir así es lo que hace que la vida valga la pena.

—Mamá… Es que aún no me lo creo.

Ella dejó las bolsas sobre la encimera y se acercó a mí, frotándome los brazos con ternura.

—Pues créetelo —susurró, con esa certeza que solo una madre puede tener—. Estás brillando, como siempre lo has hecho. Solo que ahora no soy la única que puede verlo. Ahora, te ve el mundo.

Negué con la cabeza, aún incrédula.

—Hope… —Su voz era cálida, llena de orgullo—. Solo disfrútalo. Vive el momento. Lo demás vendrá solo.

47
Jamie

Caminaba por Sunset Boulevard cuando, al lanzar un vistazo furtivo al escaparate de Book Soup, en el número 8818, algo me detuvo en seco. Mi corazón, traicionero, primero se encogió en un latido errático, para luego desbocarse, martilleándome el pecho con fuerza.

Parpadeé varias veces, incrédulo. Me restregué los ojos, forzando la vista, maldiciendo las pocas horas de sueño que arrastraba desde la noche anterior. Dormir en casa de Will Lauder nunca era una apuesta segura si lo que uno quería era descansar; sus interminables juergas hasta el amanecer eran más que una tradición. Por un momento, me convencí de que todo era una alucinación fruto del agotamiento.

Pero no.

Ahí estaba.

En el escaparate, presidiendo una veintena de ejemplares impecablemente alineados, un banner publicitario mostraba la imagen de Hope Deschanel. Su melena, más larga pero igualmente oscura como la noche, enmarcaba un rostro sereno, con esas facciones aniñadas que tanto conocía. Esos ojos… Esos malditos ojos azules que me hechizaron desde el primer día, que por más que lo intentara, jamás pude borrar de mi mente. Ella me miraba desde el papel impreso con la misma intensidad que cuando la tenía frente a mí, como si pudiera atravesar el cristal y leerme el alma. Como si supiera, con esa certeza tan suya, exactamente lo que pasaba por mi cabeza en ese instante.

Y justo debajo de su fotografía, en letras doradas, figuraba su nombre. «Hope Deschanel, autora.»

Una punzada recorrió mi estómago, no de celos ni de envidia, sino de algo mucho más profundo. De sorpresa. De orgullo. Un orgullo inesperado que me hinchó el pecho con la misma fuerza con que un triunfo personal te invade.

—¡Ay, Piernas… ya la has vuelto a liar! —murmuré con una sonrisa torcida, al darme cuenta de que, a pesar de todo, a pesar de los años, de mi ausencia, Hope había logrado brillar con más fuerza que nunca.

No lo pensé dos veces. Empujé la puerta de cristal y entré con paso decidido, casi con urgencia, una necesidad irreprimible de descubrir qué había escrito en esas páginas que en otro tiempo habían sido un lienzo vacío.

No negaré que un escalofrío recorrió mi espalda. Había cierto temor en mí. Porque, desde que me marché, desde que la dejé en Oklahoma, abandonada de la mano de Dios y hui a refugiarme en la base —para escapar de mi pasado, de mi destino, de ella—, no había transcurrido un solo maldito día en el que no me arrepintiera de haberla dejado atrás. De no haberla sacado de ese motel en McAlester cuando más lo necesitaba. De no haberla traído de vuelta a Los Ángeles, sana y salva, lejos de todo aquello.

Pero a lo hecho, pecho.

Así son las malas decisiones. Se quedan ahí, latentes, acumulándose día tras día, hasta que

el peso de todas ellas se convierte en una losa insoportable y que te aplasta sin compasión.

48
Hope

Me recogí el cabello en un moño improvisado y me maquillé con tonos suaves. Era mi primera presentación, y nada más y nada menos que en la librería Skylight Books, en 1818 N Vermont Ave. Apenas entré, me enamoré del lugar: olía a libros, a Creadores de Sueños, a vivir mil vidas al pasar las páginas entre las yemas de tus dedos.

Me sentía abrumada y agradecida a partes iguales.

—Ya verás cómo todo saldrá bien —mencionó Natalie Beckerson mientras masajeaba mis cervicales y luego me entregaba una taza de tila.

—Estoy hecha un manojo de nervios —admití, torciendo el gesto. Mi fachada de falsa seguridad se desmoronó por completo—. ¿Y si me quedo en blanco?

—Si eso te pasa, no te preocupes, yo seguiré hablando hasta que puedas retomar. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Asentí, agradecida por su apoyo.

Y como había vaticinado, así fue. Un éxito rotundo, la librería estaba a rebosar. Una multitud se reunió para asistir a mi debut como escritora. Algo que ni en mis mejores pensamientos habría imaginado jamás.

Es cierto que la mayoría de los pensamientos intrusivos ne-gativos no ocurren realmente, son solo sombras que creamos en nuestra mente, intoxicando nuestro cuerpo con cortisol, una hormona del estrés que, en exceso, afecta nuestra salud física y mental.

Después de la presentación y la ronda de preguntas y respuestas, me senté en una de las mesas improvisadas que había colocado mi editora para facilitar el contacto personal con mis lectores.

Pronto, una multitud se aglutinó en una fila frente a mí, ansiosos por que les firmara un ejemplar. Tras haber hablado con una veintena de ellos, continué actuando de manera automática, abriendo el libro por la página donde figuraban el título y mi nombre.

—¿A quién quieres que lo dedique? —pregunté sin siquiera mirar a la persona que tenía ante mí, funcionando en piloto automático.

Escuché una voz masculina que dijo con firmeza:

—Para Jamie Gordon.

Alcé la vista de inmediato, reconociendo al instante el tono grave con el que había pronunciado esas palabras. Mis ojos buscaron los suyos. Era él. Cuatro años después. Las comisuras de sus ojos color café estaban surcadas por finas arrugas. Su cabello, ahora muy corto, ya no mostraba aquellos mechones rebeldes que solía enredar entre mis dedos cuando estábamos tumbados en la cama del motel, cuando compartimos risas viendo *Killers of the Flower Moon* en el cine, o durante esos largos trayectos mientras conducía el Chevrolet.

Todo a nuestro alrededor pareció detenerse. Era como si el mundo entero se quedara en suspenso. Y aunque habían pasado años, su presencia seguía provocándome el mismo torbellino de emociones que creía haber dejado atrás.

Tomé aire hondo, intentando sosegarme.

Me obligué a concentrarme en la dedicatoria, a no dejarme arrastrar por la marea de recuerdos y sensaciones que él desataba en mí. Con el pulso tembloroso, comencé a garabatear unas palabras con mi puño y letra.

Cuando terminé, alcé la barbilla con inseguridad, mi corazón latiendo con fuerza desbocada, y le entregué el libro.

—Espero que te guste —musité, aclarándome la voz, con un nudo apretado en la garganta que apenas me dejaba hablar.

Jamie sostuvo mi mirada mientras tomaba el ejemplar de mis manos. Abrió la tapa y leyó en voz baja, justo delante de mí:

"Para Jamie,
Que la luz de las luciérnagas nunca deje de brillar en tu interior.
Con cariño,
Hope Deschanel."

Cerró el libro con cuidado, como si paladeara las palabras que acababa de leer.

—*El último baile de las luciérnagas* —repitió con una sonrisa suave, dejando que el título flotara en el aire antes de clavar nuevamente su mirada en la mía—. Seguro que vas a llegar muy lejos.

Me quedé helada.

Llevaba cuatro años intentando entender por qué había desaparecido de mi vida sin dejar rastro. Cuatro años de preguntas sin respuestas. Y ahora, ahí estaba, frente a mí, apareciendo de la nada, como si nada hubiese cambiado entre nosotros. Todo era tan absurdo como lo que ocurrió después, algo que me dejó aún más sin palabras, si es que eso era posible.

Tomó el bolígrafo de mi mano, y antes de que pudiera reaccionar, me arremangó con delicadeza la camisa hasta el antebrazo. Con trazos firmes, escribió su número de teléfono en mi piel.

—Llámame, Piernas, y tomamos un café.

49
Jamie

House of Pies era una cafetería y pastelería acogedora, ubicada a solo unos pasos de la librería Skylight Books. Entré y busqué un lugar en la barra. Me acomodé y pedí un café americano, sin azúcar, con un gesto decidido, mientras sonaba *The House That Built Me* de Miranda Lambert.

Mientras esperaba, rebusqué en mi mochila hasta encontrar la novela de Hope. La saqué con cuidado, suspiré leve y pasé los dedos por las letras doradas del lomo. La abrí en la primera página y empecé a leer, intentando ser objetivo, sin saber qué encontraría.

> *Cuando menos lo esperas, sucede el milagro. O, en ese entonces, bajo la influencia de mis veintitrés años, prefería pensar que era cosa del destino, esa extraña y mágica idea de que los astros se alinean en una perfecta conjunción cósmica justo en ese preciso instante, cuando el tiempo parece detenerse y la razón se desvanece, para que dos almas, hasta ese momento desconocidas, se encuentren y se unan en una sola. Quizá suene algo cursi, tal vez me tachen de soñadora, pero, como siempre, a los hechos me remito. Y es que, cuando mi historia, nuestra historia, ocurrió, sucedió de una manera… tan imprevisiblemente real que ni yo misma podría haberla imaginado.*

—Un dólar con cincuenta, por favor. ¿Efectivo o tarjeta? —preguntó la camarera con una sonrisa cortés.

Alcé la vista y la miré brevemente.

—Tarjeta, gracias.

Saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón, y mientras ella introducía el importe en el datáfono, acerqué el dispositivo al lector *contactless*. La transacción fue rápida, pero cuando fui a guardar el teléfono de nuevo, una notificación de un número desconocido llamó mi atención.

Era un mensaje de WhatsApp:

"Tengo media hora libre para tomarme ese café."

50
Hope

Cuando crees que tienes la vida estructurada, íntegra, libre de sobresaltos y a salvo de cualquier tormento emocional, el destino, caprichoso e implacable, vuelve a ponerte a prueba. De repente, coloca en tu camino a esa persona que jamás lograste olvidar, aquella que dejó en tu alma la punzada persistente de la duda: ¿qué habría sucedido si…?

Jamie Gordon, el hombre que sacudió mi mundo, quien me demostró que es posible enamorarse en apenas tres días y que la vida no se reduce a blanco o negro, sino a una infinita gama de matices que varían según el prisma desde el que se contemplen.

Porque, a veces, el amor no llega de forma pausada, sino que irrumpe con la fuerza arrolladora de un tsunami.

Salí de la librería Skylight Books y caminé hacia nuestro reencuentro después de cuatro largos años. Un café como pretexto para disipar dudas, para descubrir si aún quedaba algo vivo entre nosotros, si todavía ardían brasas en nuestros corazones que pudieran avivarse. Y, sobre todo, si seríamos capaces de olvidar quiénes éramos: él, el hermano de Emily, la niña asesinada a manos de Howard Olsen y yo la hija del responsable de tanto dolor.

He ahí el quid de la cuestión. He ahí la incertidumbre que recorría mi torrente sanguíneo cuando crucé la puerta del establecimiento y lo vi de espaldas, absorto, hojeando las primeras páginas de mi novela. La nuestra. La de su hermana. La del preso que fue ejecutado. La de los vacíos y las reflexiones. La de los múltiples finales, tantos como debates encierra la doble moral de la pena capital.

Sentí una presión bajo las costillas y un nudo en la garganta cuando me vio, se levantó y me recibió con dos besos en la cara, con la misma calidez de unos viejos amigos que se vuelven a ver tras un tiempo separados.

¿Podría estar comprometido? ¿Quizá casado?

Con solo imaginarlo, temblé.

No pude evitar que mi mirada se deslizara hacia su mano en busca de una alianza, pero no había rastro alguno, ni siquiera la marca de que alguna vez hubiera llevado una.

No sé por qué, pero me sorprendí aliviada, sonriendo para mí, como si en el fondo aún albergara la esperanza de que Jamie no amara a otra.

—Si solo tienes media hora, habrá que aprovecharla bien, Piernas.

Me sonrió, y esos sexys hoyuelos que tanto me gustaban se marcaron en sus mejillas mientras, con gesto caballeroso, apartaba la silla de la mesa para facilitarme el asiento antes de recuperar el suyo.

—Oye, me he permitido el lujo de pedirte un batido de vainilla, coronado con un copete de crema batida y una cereza roja brillante, como en los viejos tiempos.

Clavé la mirada en sus oscuros ojos; había captado por completo toda mi atención. No cabía duda de que son los pequeños detalles los que nos engrandecen como personas, y Jamie… Jamie no había perdido esa esencia genuina, la de siempre sorprenderme para bien.

—Para nada. Es un bonito gesto.

—Ya me conoces —dijo con suavidad y esbozó una leve sonrisa antes de entrecomillar con los dedos—: esa parte ñoña de mí que no a todo el mundo le encaja.

Jamie nunca había sido plenamente consciente de lo excepcional que era. Se podían contar con los dedos de una mano los hombres como él, aquellos cuya sensibilidad traspasaban la piel y la carne, adhiriéndose a los huesos y haciéndote estremecer de pies a cabeza sin apenas proponérselo, sin tener en cuenta que llevaba una mochila demasiado pesada que no le dejó, cuatro años atrás, seguir juntos.

—Pues déjame decirte que siempre me ha parecido terriblemente sexy ese halo de ternura que transmites —me atreví a confesarle, mordiéndome el labio sin darme cuenta al evocar alguna escena pasada en los moteles de la *road trip* que compartimos de Los Ángeles a Oklahoma.

—No, ni de coña —vaciló.

—Sí, Jamie, te lo prometo.

Asentí con firmeza para reforzar mis palabras.

—Nunca lo había visto de esa manera.

—Pues créeme, fue una de las cosas que me enamoraron de ti.

—¿Ah, sí? —se interesó, aclarándose la garganta—. ¿Y cuáles más?

Alcé una ceja, divertida.

—¿Quieres más?

—Sí, Piernas. Acabas de abrir la veda y me has dejado con la miel en los labios. Y eso está muy feo.

Se rio, dejando al descubierto su perfecta hilera de dientes, no demasiado grandes, pero en armonía con sus facciones.

—Confesión por confesión, Jamie. Tú primero.

—¿Así andamos?

—Todo en esta vida tiene un precio.

—Ni que lo digas.

Trajeron las bebidas y, sin pensarlo, me llevé la cereza a la boca y sorbí por la pajita antes de volver a la carga. Me moría de curiosidad por saber qué le había enamorado de mí.

—Dime, Jamie, ¿qué fue? ¿Mis ojos? ¿Mi sonrisa?

—Que te vi. A ti. Completa. Sin necesidad de nadie. Siendo tú, y solo tú —me confesó, y sus ojos brillaron al clavarlos en los míos—. Por supuesto, lo primero que me llamó la atención fueron tus piernas, tu preciosa cara y esos ojazos que me recordaban a la cantante Katy Perry. Pero enseguida supe que eras más que un físico y una mente maravillosa. Eras Hope. Mi Hope.

Temblé de anticipación. Jamie seguía logrando estremecerme sin siquiera tocarme, solo con la intencionalidad de sus palabras, la viveza de su mirada y esa certeza de que estaba en el lugar correcto, con la persona adecuada.

Nunca había conocido a nadie como él y, hasta ese momento, siempre creí que moriría sin que alguien semejante apareciera en mi vida.

—Perdonad, chicos —nos interrumpió Natalie Beckerson, mi editora, que ya estaba al tanto de mi ubicación—. Necesito que vengas conmigo, Hope. Ahora.

—¿Qué sucede?

—Tengo buenas noticias.

—¿Hemos vendido otra edición?

—¡Mucho mejor, cariño! —me tomó las manos con efusividad—. *El último baile de las luciérnagas* sigue dominando los rankings de *bestsellers* de Amazon y Barnes & Noble en

EE.UU., tanto en librerías físicas como en plataformas digitales.

—¡Eso es maravilloso!

El corazón me dio un vuelco.

—Eso no es todo.

A Natalie le brillaban los ojos. Nunca la había visto tan ra-diante. Sin duda, la noticia debía valer su peso en oro.

—¡Redoble de tambor! —hizo el ademán de tocar unos palillos imaginarios en el aire—. Vamos, coge aire, Hope.

Le hice caso… o al menos lo intenté. Pero me quedé completamente paralizada. Ni siquiera era capaz de llenar mis pulmones de aire.

—¿Estás preparada?

Miré a Jamie, quien alzó una ceja y me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Creo que sí.

—Allá va… Waypoint Entertainment nos ha hecho una oferta para adaptarla a la gran pantalla.

—¡¿Quéééé?! ¡¿Es una broma?!

—No, cielo, no.

Se echó a reír, encantada, mientras yo me quedaba completamente en shock, justo cuando a Natalie le entró una llamada telefónica y tuvo que salir al exterior. El ruido de fondo en la cafetería, la máquina de café, las conversaciones superpuestas, el tintineo de las tazas, hacía imposible entender nada.

—Enhorabuena, Hope, me alegro mucho por ti.

Jamie se había levantado y ahora estaba a menos de un metro de mí.

—Gracias —respondí, con la emoción a flor de piel y con las lágrimas agolpadas en mis ojos—. No sé si pellizcarme, beberme una botella de vodka a mi salud, desmayarme ipso facto o…

Jamie dibujó su mejor sonrisa.

—O celebrarlo esta noche conmigo.

51
Jamie

Estaba nervioso. En realidad, atacado, como un chiquillo de quince años en su primera cita con la chica del colegio que le había gustado desde parvulario, con un cosquilleo incesante en el estómago y ese sudor frío en las palmas de las manos. Todo aquel alarde de valentía de unas horas antes se desvanecía poco a poco, disipándose con cada paso que se acercaba el volver a verla.

Esta vez no quería meter la pata. Quería hacer las cosas con calma, tener esa conversación pendiente, mirarnos a los ojos y dejar que el corazón marcara nuestros pasos y nuestra piel hablara por nosotros. No echar el freno, dejarnos llevar, sentirnos sin cuestionarlo todo, dejar atrás el pasado y los prejuicios y ser, simplemente, Hope y Jamie. Nada más.

Me puse las Adidas Samba, las zapatillas favoritas de Freddie Mercury, y asentí frente al espejo del recibidor, como si aquel gesto pudiera inducirme valor. Respiré hondo. Una, dos, tres veces, como si aquel gesto sirviera para algo. Estaba listo o eso quería creer. Aun así, sin dilación, me enfundé la chaqueta y crucé la puerta rumbo al punto de encuentro en el muelle de Santa Mónica, desde donde caminaríamos hasta Élephante, un sofisticado restaurante con vistas al mar que, sin duda, le fascinaría.

Pillé un taxi y, en menos de veinte minutos, ya estaba en el punto de encuentro. Encendí un cigarrillo, intentando contener los nervios que amenazaban con devorarme desde dentro.

En mi cabeza, las preguntas se agolpaban sin piedad. ¿En calidad de qué venía a verme? ¿Como amiga? ¿O quizá como algo más? Cuando nos reencontramos en la librería después de cuatro años, ¿habría sentido también ese pellizco en el estómago? ¿Se había acordado de mí todo este tiempo? ¿Había intentado rehacer su vida?

Solté una risa muda ante lo absurdo de mis elucubraciones.

Demasiadas dudas y una única certeza: yo sí había pensado en ella todos los días. Especialmente por las noches, cuando des-lizaba la mano sobre su lado de la cama, el izquierdo, como si aún pudiera encontrar su calor en las sábanas frías. Y me culpaba. Me culpaba por no haber sabido contener mi ira, por no haber mantenido a raya la animadversión que sentía hacia su padre y el infierno que lo rodeaba, de haber sido un desgraciado por haberlo estropeado todo.

En cuanto la vi, lo supe con certeza: seguía enamorado de ella. Y al estar a su lado, solo podía pensar en el futuro. Darnos una tregua. Por eso, lo que más me atormentaba era haber sido un capullo y haber desperdiciado tanto tiempo, que jamás volvería. Porque, al fin y al cabo, el tiempo es lo más valioso que poseemos. Una vez que se va, no hay forma de recuperarlo.

Fruncí el ceño al mirar el reloj y darme cuenta de que habían transcurrido diecisiete minutos, y Hope seguía sin aparecer.

Revisé la bandeja de entrada de WhatsApp, pero no había nada nuevo, salvo un mensaje de mi colega Will Lauder.

Treinta y tres minutos... Cuarenta y un minutos…

Refunfuñé por lo bajo mientras daba la última calada al cigarrillo, lo apagaba contra la

suela de mis deportivas y lanzaba una última mirada a las manecillas del reloj. Hope seguía sin aparecer ni molestarse en justificar su tardanza.

¿Cómo podía ser tan insensible?

No la reconocía…

El caso es que me sorprendió descubrir que fuese una cobarde, maldita sea, pero aquello me sirvió para darme de bruces contra la realidad y asumir lo inevitable: ella no sentía lo mismo. Me costó asimilarlo, confirmando mis peores sospechas, pero… era hora de dejar el pasado donde debía estar, sepultado, porque, después de todo, tal vez sí era cierto que las segundas partes nunca fueron mejores.

Apreté los puños a ambos lados del cuerpo y, con el gesto roto, hice lo único que podía hacer: di media vuelta y me marché.

52
Jamie

"Última vez hoy a las 8:02"

Así rezaba la última conexión en su chat de WhatsApp.

Ya habían transcurrido más de cuatro horas desde entonces.

Comencé a preocuparme de veras, tumbado en el sofá de mi apartamento en Sawtelle. Se me empezó a resecar la garganta, con el teléfono en las manos, mientras me planteaba mil posibilidades.

¿Y si algo grave le había ocurrido, impidiéndole reunirse conmigo o, al menos, avisarme?

Y allí estaba, debatiéndome entre si debía ponerme en contacto con ella o interpretar el silencio como respuesta: el temido *ghosting*. Aunque, para ser sincero, algo me chirriaba en esta historia. Hope nunca actuaría de esa manera, no era ni de lejos su forma de proceder.

De repente, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Tuve un mal presentimiento. Ignorarlo no fue una opción.

«Me cago en mi puta vida.»

En ese instante, la incertidumbre se me hizo insoportable, así que busqué su número en la agenda y la llamé. Aguardé, tenso, los tonos de la llamada.

—¿Sí, dígame?

Fruncí el ceño y fijé la vista en la pantalla para verificar el destinatario, por si, en medio de las prisas, había cometido algún error. Pero no, era su número. Aun así, la voz que respondió al otro lado tampoco era la suya. Era una voz femenina, más madura. ¿Acaso podría ser su madre?

—Disculpe. Me gustaría hablar con Hope Deschanel —fui directo al grano.

—Lo siento, en este momento no es posible.

—¿Cuándo podría localizarla?

Un silencio denso se instaló en la línea, seguido de un suspiro cargado de melancolía.

—¿Eres Jamie?

Me removí nervioso.

—Sí.

—¿Hope no te lo ha contado?

Contuve el aliento, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda. De pronto, el corazón me dio un vuelco.

—¿Contarme qué?

53
Hope (2014)

—Cielo, debes descansar, aún sigues convaleciente. No seas testaruda…

Mi madre me dedicó una sonrisa triste mientras me sujetaba suavemente por los hombros, intentando hacerme volver a la cama. Pero yo estaba harta de esperar. Harta de sentirme frágil. ¡Harta de estar siempre enferma!

Quería una vida normal: pasear con mis amigas sin que me miraran con lástima, ir al cine sin preocuparme por la fatiga, devorar hamburguesas grasientas sin que alguien me recordara mi estricta dieta, reír hasta quedarme sin aliento, que me dieran mi primer beso con lengua y enamorarme de verdad, ¡hasta en los huesos! Ser una chica como cualquier otra. ¿Era pedir demasiado?

—Mamá, estoy bien, mira…

Con determinación, me levanté de la cama y realicé unas ridículas y temblorosas sentadillas, estirando los brazos en el aire. Quería que viera que otra cirugía a corazón abierto no iba a derrotarme. Que iba a vivir, desafiar las reglas, ¡hacer ruido en este mundo durante muchos años más!

—Hope, te lo ruego. Haz caso de las indicaciones de los médicos —murmuró con los ojos brillando por las lágrimas—. No soportaría perderte…

—Mamá, no… —negué con la cabeza al sentir el peso de su miedo presionando sobre mí; ahogándome—. No me vas a perder, ya lo verás. Confía en mí. Sé lo que hago. Soy una chica muy cabezota, y cuando algo se me mete entre ceja y ceja…

—Ojalá fuera tan sencillo desear algo y que se cumpliera, pero…

—Hagamos un trato —la interrumpí, sujetando sus manos con suavidad, porque ver cómo se desmoronaba ante mis ojos me partía el alma en mil pedazos—. Mírame.

Ella hizo lo que le pedí, me miró con una expresión triste, y sorbió los mocos.

—Voy a hacerte una promesa.

Hubo un silencio, antes de que le prometiera a mi madre la mayor tontería que alguien podría prometer por amor.

—Voy a vivir lo suficiente para que seas abuela.

54
Jamie (2028)

El mundo pareció detenerse.

Fui directamente al Cedars-Sinai Medical Center, sin perder ni un segundo, con la angustia recorriéndome las venas. Según la madre de Hope, ella estaba ingresada en la planta de cuidados intensivos tras haber recaído por la cirugía de urgencia a la que se había sometido hace poco más de un mes, debido a un shock cardiogénico causándole a su corazón un daño irreversible.

Mientras, en la parte trasera del taxi, sus palabras seguían taladrándome la cabeza, como si unos abejorros me punzaran el cerebro una y otra vez, sin descanso.

—¿Qué…? —Mi voz apenas salió.

—Sufre una insuficiencia cardíaca terminal —continuó ella, con la voz temblorosa—. El músculo cardíaco ya no puede bombear suficiente sangre… Su cuerpo no responde, como si librara una batalla que no puede ganar.

—No… no es posible—susurré, pero ella no se detuvo.

—El estrés del lanzamiento de la novela, el éxito que ha tenido, las presentaciones, las entrevistas… La noticia de que la productora quiere comprar los derechos de su novela… —Tragó saliva—… cuando recibió la noticia, algo en ella colapsó. La emoción, la ansiedad…

»Los médicos dicen que no hay nada más que hacer, Jamie. Su corazón está fallando, y es cuestión de tiempo… unos meses… tal vez menos.

«Ella no sabe nada de su estado. Solo cree que está fatigada que, con descanso volverá a su rutina, a su vida normal.

»Te pido, te ruego, que cuando la veas, no le digas lo que te he contado. Quiero que viva feliz, sin preocupaciones, el tiempo que le quede de vida.

Sentí el ardor en mis ojos y, antes de que las lágrimas pudieran deslizarse por mi rostro, me las aparté a manotazos, con rabia. Me odiaba por haber sido tan imbécil, por haber perdido el tiempo alimentando un rencor hacia alguien que ya habían ejecutado y hacia cuatro años que ya no estaba, por haber permitido que los recuerdos de Emily nublaran mi juicio cuando tenía a Hope frente a mí, con su flequillo siempre perfecto, a quien amaba como nunca antes había amado a nadie.

Me castigué, me flagelé mentalmente, notaba mis sentimientos enredados en una maraña de confusión porque después de tanto tiempo, después de habernos reencontrado, de haber tenido una segunda oportunidad, ahora iba a perderla para siempre.

Pero antes de eso, iba a hacer todo lo posible para que se sintiera amada durante el resto de sus días.

55
Hope

Chasqueé la lengua cuando mi madre, mientras ahuecaba la almohada, empezó a sermonearme sobre la importancia de permanecer más tiempo en la cama. Insistió en que aún era demasiado pronto para levantarme y seguir intentando conciliar mi vida cotidiana con la hospitalaria.

Bufé, refunfuñé y estuve a punto de patalear, pero fue en vano. Si existía alguien más testarudo que yo, sin duda era ella.

Sonreí, porque no me quedaba otra opción. Sonreí y claudiqué. En el fondo, me reconfortaba tenerla cerca, sentir sus atenciones y compartir ese tiempo juntas, ese tiempo que siempre nos costaba encontrar debido al vertiginoso ritmo con el que transcurría la vida.

Si algo aprendí entre aquellas paredes blancas con olor a medicamentos y antisépticos, fue que el tiempo es relativo, pero también el bien más preciado. Lo que para algunos puede ser trivial, para otros es vital.

Porque, sin distinción de clase, estatura o género, todos compartimos una verdad incuestionable: jamás volveremos a ser tan jóvenes como hoy.

La auténtica lástima es tomar conciencia del incalculable valor del tiempo solo cuando sentimos que se nos escapa de entre los dedos. Y aunque mi madre se aferrara a la negación, algo en lo más profundo de mí sabía que la arena de mi reloj se agotaba, dejando caer sus últimos granos antes de tocar el fondo. Y que era el momento de poner todo en su lugar, de ordenar mis preferencias y de irme despidiendo a mi manera, antes de mi partida.

Esa misma tarde, Jamie se presentó en la habitación de la segunda planta, golpeando con los nudillos la puerta antes de entrar, casi como si, en lugar de pedir permiso, estuviera pidiendo perdón.

—Hola —saludó mientras se acercaba con cautela, vacilante, desubicado, como si no supiera cómo comportarse en una situación así.

—Hola, Jamie. Ven, acércate —le animé, extendiendo el brazo y moviendo la mano en un gesto tranquilizador, demostrándole que no estaba cruzando un campo minado y que, por ende, nada iba a estallarle bajo los pies.

Saludó a mi madre y ella, con la excusa de ir a buscar un café, nos dejó a solas para darnos privacidad.

—Me has pegado un susto de muerte, Piernas.

Lo dijo a medias entre una broma y un reflejo de su auténtico miedo, pero el brillo en sus ojos lo delataba. Estaba realmente preocupado por mí.

—Mala hierba nunca muere —confesé, flexionando un brazo en un gesto de falsa fortaleza. Él sonrió de medio lado, pero sin separar los labios.

Y aunque intenté restarle importancia, incluso yo había temido lo peor. Había estado clínicamente muerta durante casi cua-tro minutos. Mi corazón se detuvo. No tenía pulso. Pero, contra todo pronóstico, regresé. Por lo visto, aún no era mi hora.

Palmeé a mi lado en la cama, haciéndole un sitio. No dudó en ocuparlo enseguida,

acomodándose en el minúsculo espacio mientras nuestras piernas se rozaban casi de forma involuntaria. Como hacía cuatro años. Redescubriéndonos, piel con piel, a pesar de que él vestía unos vaqueros y yo una bata azul de quirófano.

—Esta soy yo, Jamie. Esta es mi realidad. No la que conociste en aquellos tres días de viaje en el Chevrolet de Will Lauder. No la de una chica libre, sin ataduras ni preocupaciones. Soy alguien cuya vida, a la más mínima, pende de un hilo. Alguien que…

—Chist…

Me selló los labios con la yema de un dedo.

—Guarda tus fuerzas para lo que viene, porque te prometo que las vas a necesitar.

Me quedé en silencio. Él tomó aire y, sin apartar su mirada de la mía, deslizó con una lentitud casi reverencial un mechón rebelde detrás de mi oreja.

—La mayoría de las personas pasan la mitad de su vida buscando a su alma gemela sin éxito, probando en otros cuerpos lo que creen que, por derecho, les pertenece. Pero no nos engañemos —exhaló hondo y su tono se tornó inusualmente serio—. La co-nexión no se busca. Aparece. Sin más.

»Encontrarte ha sido lo mejor que me ha pasado. Me bastaron solo ochenta y seis horas para comprender que cambiaste mi mundo, mi rumbo, la forma en que me veo a mí mismo y a los demás.

—Jamie…

Su rostro se volvió borroso ante mis ojos por culpa de las lágrimas que se agolpaban en mis párpados.

—Sé que suena a locura. Sé que lo que voy a decir roza la insensatez, pero… —cerró los ojos un instante, buscando valor, y antes de que pudiera malinterpretarlo, prosiguió—: no quiero despertarme otro día más arrepintiéndome de no estar a tu lado; los quiero todos contigo. Porque sigo atrapado en Oklahoma, anclado en aquel maldito día en que regresé solo a Los Ángeles. Sigo preguntándome por qué no di media vuelta y me quedé allí, juntos.

Se inclinó, con los ojos clavados en los míos. Y en ellos vi que realmente lo había pasado mal sin mí. Me recorrió un escalofrío.

—Elegí mal. No te elegí a ti. No nos elegí a los dos. Y me maldigo cada puto amanecer por ello. Ya he esperado demasiado. Ya me he engañado demasiado. No pienso volver a ese calvario.

Pasó los pulgares por mis mejillas, borrando las lágrimas.

—A eso súmale que ya no necesito hacerme más preguntas. Tengo todas las respuestas. Quiero empaparme de ti cada día. Tres días me supieron a nada. Solo un jodido insensato no lucharía por esto.

—¿Y si con el tiempo no soportas estar conmigo por ser la hija de Howard Olsen? —susurré, con un temor que ni siquiera me había permitido reconocer en voz alta.

—Eso no va a pasar.

—Puede que no ahora, cuando todo parezca fácil, pero me aterra pensar que, en medio de una discusión, en un momento de rabia, puedas echarme en cara quién soy.

—Este no es el momento para debatir cómo actuaría en una situación así. Déjame demostrártelo. No te defraudaré, te doy mi palabra —aseguró con convicción.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —volví a la carga y me puse seria.

Él se acercó y me susurró al oído:

—Porque sigo enamorado de ti.

Negué con la cabeza, incrédula.

—Lo sabes, ¿verdad? —insistió.

Me froté la frente, desbordada.

—De la misma manera que sé que tú lo estás de mí —recalcó.

Apoyé la cabeza en su pecho y suspiré hundiendo mi frente en su camiseta.

—Jamie… No me lo puedo creer…

Levanté la vista, y antes de que pudiera decir algo más, des-lizó la mano hasta mi nuca y me besó. Un beso intenso, hambriento, cargado de todo lo que el tiempo nos había negado. Saboreó mis labios con una sensualidad y una urgencia que me hi-cieron dudar si aquello era real o solo un delirio de mi imaginación.

—¡Jamie, estás loco!

—Dime algo que yo no sepa, Piernas.

Sonreí con lágrimas en los ojos.

—Yo también sigo enamorada de ti… porque nunca dejé de estarlo. —Confesé—. Y si no es contigo, no quiero con nadie.

56
Jamie (2029)

Me costó convencerla de pasar una temporada en la casa de mis padres en Krebs, pero aún más difícil fue persuadir a su madre. La misma casa que, durante esos cuatro años, había reformado a conciencia y a la que solía escapar cuando el mundo me asfixiaba sin ella.

Sin lugar a dudas, recuerdo aquella época como la más dulce de mi vida. Recuerdo las tardes de aquella primavera de 2029, impregnadas de una brisa fresca con aroma a tierra húmeda y flores silvestres recién abiertas. Ella me leía en voz alta mientras yo enre-daba los dedos en un mechón de su cabello o acariciaba la piel desnuda que asomaba por debajo de sus pantaloncitos cortos.

Recuerdo nuestras caminatas por los senderos de Robbers Cave State Park, donde el sol se ocultaba tras las colinas, tiñendo el cielo de ámbar, mientras el crujido de las hojas secas de los arces se entretejía con el eco de nuestros pasos.

Recuerdo caminar de la mano por las calles de Krebs al atar-decer, justo cuando las primeras luciérnagas comenzaban a danzar entre los arbustos, titilando como diminutas estrellas atrapadas en la hierba.

Recuerdo los viernes por la tarde, sentados en los escalones de la tienda de comestibles de Pete’s Place, compartiendo un helado de nuez pacana y miel, mientras conversábamos con algún vecino sobre cualquier cosa y nada en particular.

Recuerdo los domingos, dos veces al mes, asistiendo a la i-glesia por la mañana, no por devoción, sino por el simple placer de ver a la comunidad reunirse, intercambiando saludos con rostros familiares mientras Hope imaginaba mil historias que luego plasmaría en hojas en blanco, creando magia.

Recuerdo cada noche en que nos hacíamos el amor con calma, aprehendiéndonos en cada caricia. Con la certeza de que nunca sería suficiente; no para mí. Y con el miedo latente de que, quizá, esa fuera nuestra última vez.

Y cuando te encuentras en la etapa más dulce de tu vida, con la mujer con la que siempre habías soñado, el maldito destino decide ponerte a prueba una vez más.

Su enfermedad la arrastró en cuestión de semanas hacia un desgaste imparable, sumiéndola en una lucha callada y constante contra el inexorable paso del tiempo. Hope se agotaba incluso con el simple acto de levantarse de la cama, cada vez le resultaba más difícil respirar, como si una mano invisible le apretara los pulmones con crueldad y le dejara sin oxígeno. Sus músculos dolían a cada instante, a veces hasta el punto de que sus gritos se ahogaban, desgañitándole las cuerdas vocales.

Pero el desgaste no era solo físico, sino también mental y emocional. Hubo días en los que no salía de la cama, otros en los que no tenía fuerzas ni siquiera para discutir conmigo sobre si debía darle aire fresco, salir a caminar o simplemente respirar.

Y yo no podía aceptarlo, ni nunca lo aceptaré. Ver cómo Hope se desvanecía poco a poco, que su brillo al que me tenía acostumbrado se apagaba lentamente, cómo cada día dejaba de ser

un poco más ella misma, me destrozaba el alma en mil pedazos.

Aprendimos a gestionar el tiempo, a medirlo en diminutos momentos de lucidez: la tibieza del sol entrando por la ventana de la casa, su voz quebrada susurrándome que me amaba, el tacto de sus manos aferrándose a mi cuerpo, sentada sobre mí mientras acunaba su cuerpo en la mecedora.

Y aunque parezca increíble, no cambiaría ni un solo instante de aquellos fugaces momentos entre ella y yo, porque su fragilidad y mi esperanza convertían nuestro día a día en una belleza indes- criptible.

—Pide un deseo, Jamie —me susurró con los ojos brillantes, llenos de esa chispa infantil, mientras retiraba con delicadeza una pestaña que se había soltado de mi párpado y ahora reposaba en la yema de su dedo.

Ni siquiera lo pensé. Me salió de dentro, del alma, de mis entrañas, desde mis órganos, desde mi piel…

—Tenerte a mi lado el resto de mi vida.

—Bah, tonto… Si se dice, no se cumple.

—No creo en eso. Siempre me los he guardado para mí y, aun así, todo ha salido al revés. Así que…

Sonrió. Y no fue cualquier sonrisa, sino la más hermosa que había visto en mis treinta y cuatro años. Y supe entonces que jamás volvería a verla en los labios de nadie.

57
Jamie

Una noche de verano, mientras el canto de los grillos resonaba en la calle y una brisa cálida se filtraba por las rendijas de la persiana medio bajada, me desperté de golpe. Fue como si alguien se hubiera sentado a los pies de la cama y me hubiese susurrado que debía abrir los ojos. Y entonces, aquella se convirtió en la peor noche de mi vida.

Abrí los ojos y vi el rostro de Hope casi pegado al mío, su expresión serena, su hermosa cara relajada, sus labios ligeramente entreabiertos. Sonreí. Porque, aunque habían transcurrido nueve meses, aún me sabían a poco; quería más de ella. Anhelaba una vida entera a su lado, despertarme así cada noche, en plena oscuridad, solo para observarla y sentirme afortunado de tenerla entre mis sábanas, en mi vida, impregnada en cada fragmento de mis huesos.

Enmarqué su rostro con mis manos y acaricié su mejilla con el pulgar. Fue entonces cuando noté que algo no marchaba bien. Su piel estaba más fría de lo habitual, algo inexplicable considerando que afuera la temperatura rondaba entre los 70°F y 80°F.

—Mi vida, ¿qué te pasa?

Al ver que no reaccionaba y que su respiración era imperceptible, acerqué mi rostro al suyo, esperando sentir su aliento en mi piel. Pero no noté nada.

Le tomé el pulso en el cuello.

Nada.

¡El pánico me golpeó con brutalidad!

—Ey, cielo… Hope… despierta. Vamos, despierta. ¡Ahora…!

Le di unas suaves palmadas en la cara, intentando que reaccionara, pero no hubo respuesta.

—¡Hope, por favor, no me hagas esto…! Quédate conmigo… conmigo… no me abandones, es demasiado pronto…

Ni siquiera lo pensé. No me quedé inmóvil esperando el fatal desenlace. La tomé en brazos. Ella, vestida solo con un camisón blanco de tirantes. Yo, en ropa interior y descalzo. Corrí escaleras abajo con Hope a cuestas, aferrada a mi pecho como si fuera una muñequita de trapo; apenas pesaba nada.

—Santo Dios… no, por favor… nononono…

Salí a la calle y grité, desgarrándome la garganta, como si me arrancaran la vida de cuajo, de adentro hacia afuera, como si mi piel se deshilachara sin piedad, a lo vivo:

—¡Ayudaaaaaaa! ¡Ayudaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

A los pocos segundos, con la vista nublada por las lágrimas, vi a lo lejos la luz de un porche encenderse y, después, a Tom Higgins, el mecánico, corriendo a toda velocidad hacia nosotros.

58
Jamie

Lo más doloroso fue volver a casa. A nuestra casa. Sin ella.

Cada rincón estaba impregnado de su esencia, de su risa, de su voz, de su aroma, de esas miradas suyas, profundas y azules, que competían con el mismo cielo.

Me dejé caer en el sofá, con la vista perdida en ninguna parte, negando con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa vacía. Una sonrisa incrédula, absurda. Como si todo fuera una broma, un chiste pésimo. De esos que te ríes por compromiso, porque sientes que se lo debes a quien lo ha contado con tanta gracia, pero que, en el fondo, desearías que jamás hubiese hecho el esfuerzo.

Sonreí, esperando, absurda y desesperadamente, que en cualquier momento Hope apareciera en el salón, atravesando el arco de ladrillo, y se sentara a mi lado con su expresión traviesa, preguntándome qué había planeado para cenar: asiático o guarreo.

A lo que yo, como siempre, fijaría mis pupilas dilatadas en las suyas y cediendo a sus deseos, le respondería:

«Lo que quieras, mi vida, mientras lo preparemos y lo disfrutemos juntos.»

Pero esta vez no fue así.

Me sentía completamente desubicado, atrapado en un cuerpo que ya no me pertenecía, con ideas de mierda que no sabía cómo gestionar. No quería una vida sin ella. No podía imaginarla con el suficiente sentido como para mantenerme cuerdo sin perder la cabeza.

Técnicamente, me había vuelto a quedar solo. Desampa-rado. Sin la persona que más amaba en este puto mundo repleto de injusticias. Sin escapatoria.

Me levanté de mala hostia y fui al baño. Necesitaba humedecerme la cara, la nuca, sentirme vivo de alguna forma. Me quité la sudadera de la suerte: su favorita desde aquel viaje a Oklahoma, la que aún conservaba su olor y que me negaba a lavar, ese rastro suyo que me hacía sentir que todavía estaba aquí.

Me aferré al lavabo con ambas manos y levanté la vista hacia el espejo, intentando acompasar mi respiración.

Y entonces las vi.

Las dos toallas colgadas, la suya y la mía.

Luego su cepillo de dientes, compartiendo bote con el mío. Su perfume a medio gastar. Sus cosas de aseo, sus diademas y lazos, esos que llevaba con un estilazo que pocas mujeres podían igualar.

Mi labio inferior tembló.

Solo habían pasado unas horas, no más de quince. Y, sin embargo, todo estaba sumido en una calma irreal, asfixiante. Una calma que sabía que iba a volverme completamente loco, porque con ella había descubierto que siempre hay alguien capaz de tirar de ti hasta hacerte rozar el cielo con la punta de los dedos… y evitar que te hundas en el puto infierno.

A veces pensaba que había venido a este mundo para sufrir. Pero cuando cerraba los ojos

y ahondaba en mis recuerdos, comprendía que nada es lo que parece. Que, a pesar de haber compartido los primeros diez años de mi vida con mi hermana Emily y mis padres, los últimos meses los había compartido con el amor de mi vida, Hope Deschanel.

Y entendí que no importa el tiempo, sino la calidad de ese tiempo que pasamos con quienes amamos.

El tiempo es inmensurable, indescriptible, incuestionable. Existe, pasa y muere… como nosotros.

Quien crea que somos eternos está condenado a chocar de bruces contra la realidad.

Lo peor de todo es darle la espalda a la muerte. Creerla lejana, ajena. ¡Qué ilusos…! Porque, por muchas pérdidas que hayamos sufrido, nunca estamos preparados para la siguiente.

Pero, irónicamente, debemos seguir.

Continuar.

Pelear.

Por los que ya no están.

Por ellos.

Y por nosotros.

EPÍLOGO
Jamie (2031)

Cierro los ojos y una corriente de aire me azota, como si me atrajera su olor, esa mezcla de jazmín y vainilla, elegante y envolvente, como lo era ella, como era Hope Deschanel, como aún la percibo a pesar del implacable paso del tiempo.

Porque es una falacia eso de que las heridas dejan de doler con los años. Siguen latentes, cicatrizando a medias, supurando en silencio, hasta que terminas por acostumbrarte a ese hormigueo constante, a esa punzada amortiguada que se instala en lo más hondo del alma. Y al final, haces las paces con el destino más por necesidad que por convicción, porque no te queda otra si quieres conservar algo de cordura.

En pocas palabras, conocía la teoría, esa que dicta que uno aprende a convivir con la ausencia. Pero la práctica era otra historia, porque, al final, daba igual si lo había superado o no; el vacío seguía ahí, inquebrantable, insondable.

—¿Cuántas entradas quiere para la sesión de las ocho de la tarde?

—Una, solo una. ¡No, espera, disculpa! Dos.

El muchacho del otro lado de la taquilla apenas reacciona y me entrega los resguardos. Simplemente suspiro, como si el aire se escurriera de mis pulmones, y acerco mi *smartwatch* al terminal de pago hasta que siento una vibración en la muñeca.

Me abro paso entre la multitud que se arremolina en el vestíbulo. El aroma familiar de las palomitas de mantequilla recién hechas se mezcla con el dulce empalagoso de las gominolas. Avanzo, dejando atrás los carteles iluminados de los próximos estrenos. Sigo caminando, con los dos tickets firmemente aferrados en mi mano, mientras mi corazón comienza a acelerarse.

Cuando entro a la sala 5, siento que la respiración se me corta.

Empujo la puerta y entro en la penumbra, el aire sigue cargado del olor a cuero viejo y una mezcla de perfumes de quienes han pasado por aquí antes. Subo las escaleras con lentitud hasta la fila 15, asientos 6 y 7. Me siento, ocupando el lugar y dejando deli-beradamente la butaca junto a la mía vacía. La miro de reojo, como si esperara que algo cambiara, pero no. El vacío es tangible. Un nudo se aprieta en mi estómago. Maldita sea. Debería estar ella aquí. Si la vida fuera justa, Hope estaría ahora mismo a mi lado, con su vestido corto que hacía guiño de los años cincuenta, su dulce sonrisa iluminando la sala y esos ojos azules que solían darme paz…

Inspiro hondo, tratando de contener todo ese cúmulo de emociones, algunas alegres, otras tristes, y algunas simplemente, ni siquiera sé qué son. Las siento, como si el aire fuera denso, como si todo estuviera impregnado de ella.

Alzo la vista hacia la pantalla justo cuando las luces comienzan a atenuarse. Un murmullo general recorre la sala, seguido del sonido de bolsas de dulces y vasos de cartón acomodándose en los apoyabrazos. La expectación se filtra entre los susurros y las risas.

De pronto, oscuridad.

Y entonces, las primeras notas de una canción comienzan a sonar. Un piano suave, nostálgico. La melodía se desliza por el aire como una caricia. En ese instante, las letras en la gran pantalla aparecen, brillando en dorado contra un fondo negro:

"El último baile de las luciérnagas."

Mi pecho se hincha de orgullo, pero también de algo más. Algo que duele. Algo que arde desde adentro. Es un dolor sordo, una punzada que no quiero ignorar. Este momento es agridulce, como la vida misma. Está incompleto. Porque no puedo girarme y ver su rostro iluminado por la pantalla, ni escuchar su emoción susurrada a mi lado.

Porque el asiento junto al mío sigue vacío. Y siempre lo estará. Pero sé que, en algún lugar, Emily, mis padres y Hope están juntos, compartiendo este mismo instante. Saboreando estos noventa minutos en los que nuestras vidas se proyectan ante otros, contadas a través de una historia que, aunque ficticia, está basada en hechos reales, resonando con la verdad. La verdad de Emily Gordon y sus luciérnagas. La de unos padres que vivieron por y para sus hijos. La de Howard Olsen y su mala praxis. La de la controversia sobre las ejecuciones en los corredores de la muerte. Y la de Hope Deschanel, mi Piernas, una periodista con alma de escritora que jamás dejó de luchar, con uñas y dientes, por ella. Por sobrevivir a toda costa y contra todo pronóstico, para devolverme a mí las ganas de devorar la vida.

En esos nueve meses que compartimos, me dejó un mensaje que se grabaría a fuego en mi corazón para el resto de mi existencia:

«Hope»

(*Esperanza*).

NOTAS DE LA AUTORA

Deseo, con todo mi ser, que hayas amado a Hope y a Jamie tanto como yo lo he hecho al darles vida en esta novela conmovedora y única.

He intentado mantenerme imparcial respecto a la pena de muerte, evitando asumir el rol de juez o verdugo, porque nada en la vida es completamente blanco o negro; siempre existen los matices. Aun así, debo confesar que mis convicciones resuenan más con las creencias de uno de mis personajes.

A través de esta historia, he querido dar voz a una realidad que aún perdura, incluso en el siglo XXI, en demasiados estados de Estados Unidos. He tratado de ofrecer una visión ficticia de una problemática que sucede con más frecuencia de lo que podríamos imaginar.

Este es mi humilde aporte a una realidad tan cruda como desconcertante, un testimonio de hechos que, una vez más, nos recuerdan que la crudeza de la vida real suele superar cualquier ficción.

Aunque el cine y la literatura nos permitan recorrer los laberintos emocionales de un prisionero a punto de ser ejecutado y de los familiares —tanto los suyos como los de las víctimas—, jamás podremos comprender, en su totalidad, el abismo de emociones que los consume.

DATOS DE INTERÉS

En Estados Unidos, la pena capital es legal en 27 estados. Algunos de estos estados son:

** Texas, Florida, Alabama, Misuri, Oklahoma*

Estos estados continúan aplicando la pena de muerte en sus sistemas judiciales.

Cifras de ejecuciones recientes:

En 2022, se llevaron a cabo 18 ejecuciones en Estados Unidos, todas mediante inyección letal. En 2023, el número de ejecuciones aumentó a 24, lo que representa un incremento del 33%. Este aumento se debe, en parte, a que estados como Florida reanudaron las ejecuciones después de una pausa.

Fuente: Amnistía internacional (www.amnesty.org)

Último caso en Oklahoma:

Oklahoma ha sido uno de los estados más activos en la aplicación de la pena de muerte. Desde que reanudó las ejecuciones en 2021, tras una pausa debido a problemas con las inyecciones letales, ha ejecutado a 15 reclusos. La próxima ejecución en Oklahoma está programada para el 20 de marzo.

Fuente: www.apnews.com

Además, el fiscal general de Oklahoma, Gentner Drummond, ha solicitado recientemente al Buró Federal de Prisiones la transferencia del recluso George John Hanson a la custodia estatal para proceder con su ejecución. Hanson fue condenado a muerte en 1999 por el secuestro y asesinato de Mary Bowles, de 77 años.

Fuente: www.apnews.com

Tendencias en la pena de muerte:

A pesar de la disminución en el número de ejecuciones, el apoyo público a la pena de muerte sigue siendo fuerte en ciertos estados, especialmente en el sur de Estados Unidos. Sin embargo, la tendencia general muestra una disminución en el uso de la pena capital, influenciada por factores como la disminución de las tasas de criminalidad, la mejora en la defensa legal de los acusados y la disminución del apoyo público.

Fuente: www.vox.com

AGRADECIMIENTOS

¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS, mi LOKA/O! Por adentrarte en mis historias, por dejarme conmoverte con simples palabras, por permitirme acariciarte el alma, estremecer tu corazón, robarte mil sonrisas y arrebatarte suspiros… Y, en ocasiones, por tentarte a demandarme por dejarme llevar y pecar de dramática en ciertas escenas.

¡GRACIAS por tu cariño infinito!

Un agradecimiento especial a Naiara Sánchez por ese magnífico prólogo y por su compañerismo incondicional a lo largo de este tiempo.

A mis compañeras de letras, por hacer una piña y apoyarnos mutuamente.

A los bookstagrammers y a todos los grupos en redes sociales que leen y reseñan mis libros, promoviendo la lectura e inspirando a más lectores a formar parte de este maravilloso viaje literario.

Mención especial a @surfenadounlibro, @vanessa_books, @_Nira_, @pilasdelibros, @valientegarciamariajose, @mecaieunlibro, @loslibrosdetess, @magiaytinta, @m_angelespelirroja, @unmundodehistoriasfantasticas, @beatrizgomes264, @ @lectura_con_cafe, @begoseal, @izasmagu, @novelacrush, @un_libro_en_mi_mesita, @evita_berme, @miriammramz, @anitadevoradoradelibros, @entrelibrosycastillos2022, @cris_bealo, @lourdes.andresgarcia, @marirosales_74, @manelafer, @mirnita_coni, @silviasaje, @mayka_conesa, @marien_f_sabariego, @naisagodes, @lareinadeloslibros, @entrealmasmaribelmabel, @dreamingofmimibooks, @beli_novelas, @eva_y_suslocuras, @desmontandolibros, @entrelibrosygirasoles, @anag.castellar, @danielaysuslibros, @la_terraza_del_libro, @booksandmark, @protolunaig, @ro_perdidaentrelibros, @eli.p.r., @librosqmencantan, @promocionesesther, @mayka369, @miespaciodelectura, @nymmynbooks, @el_desvan_de_noa, @laratitadelibros, @libros_magia_pasion, @mruano_mjose, @lionela23, @norte_literario, @rocanilla, @lupitareadsbooks_, @buceandoentrehistorias, @lectogramers, @monicacostasb, @monica_martinezsanchez, @mapiboix, @locasdelmundo4, @chapoteando.en.letras, @kelita.books, @marimarpintor, @reino_de_libros_26, @mydreamergirl, @bailandoconlibros, @divina_lectura_paty, @lacolinadelosgatos, @montbdn, @relatosdemara, @cuci¡ocandas, @xicade_frases, @beatrizgomes264, @meryrangeloficial, @loslibros_delaura, @naiarasanchez.escritora, @fernandezdiazbelen, @evvstay, @rocio.librosyscrap, @anna.gils.writer, @johannamartinez8895, @entrelibrosyplancha, @garbival, @mesumerjoentrelibros, @txaro83, @anamomentsmetro, @marivicas5, @reina_de_los_libros, @lilith_lectora, @lalibreriadeoih, @vykamurias, @amaluma0, @manuelmiguelgarcia7647, @marisa_amado_rodriguez, @lorebooksstars, @melanireads, @redblossomwriter, @lauramendolazaro, @sofybook1, @navalucillera_lorena, @sanmartin223_leo_luego_existo, monicadelatorre_author, @raquel75mr, @minervafj72, @elrincondearan_, @trigollorca, @mali.lc14, @libros_y_tortugas, @cristinapinosmartinez, @hoyomari, @yreinam, @ninapettigrewcanary_mgm, @m23v10, @poppynbooks, @marta_booklover94, @mercedesmartinezfe, @ladystardust1975, @ccastillog2, @energia_eterna, @mariablart,

@elsacoemag, @lannah83, @librehastaelamanecer, @teresapp99, @mamenbi75 y ¡millones más!

A l@s organizadores de los eventos a los que asisto y en los que disfruto como una enana, Ainhoa S. Gómez, Miguel Ángel Gash y Tanya Martins de Book's Wings Barcelona; Carolina Galobardas de Your Stories Market Barcelona; María José y Noa de Devoralibros Barcelona y muchísimos más.

A las organizadoras de las LV, en especial a @librosviajerosylibres, por hacer posible que las novelas recorran toda la geografía española y regresen a casa llenas de regalitos, mensajes, dibujos, *post-its* y comentarios maravillosos. ¡Os quiero muchísimo!

A Isidro Santos, por regalarme siempre un espacio y un poco de su valioso tiempo para dar voz a mis novelas en su sección de *Radio Vermut*. ¡Eres enorme, un comunicador excepcional y un gran apoyo en este camino!

Y, como siempre, mi agradecimiento más profundo es para mi hijo, Aleix Subirà. No por ser el último en la lista es el menos importante; al contrario, él lo es todo. Mi vida entera, mi razón de existir, la sangre que corre por mis venas y el aire que respiro. Él es mi pasión, mi sueño, mi mayor inspiración. Por él todo vale la pena: las noches en vela, las comidas a deshoras, la frustración de no encontrar la palabra perfecta. Por él, y solo por él, seguiré luchando, creando historias que toquen el alma... creando sueños para vosotr@s.

¡Gracias, de todo corazón,
por hacer de este sueño una maravillosa realidad!

ÉSTAS SON MIS OBRAS PUBLICADAS

Saga Loca seducción:
Otoño en Manhattan
Quiero ser tu principio y tu fin
Recuérdame
Sin mirar atrás
Alguien inesperado

Bilogía Un millón de nosotros:
Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos
Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas

Serie Christmas's Tales:
Christmas horror Christmas
Christmas sweet Christmas

Volúmenes independientes:
Tentación
Valentine
Brooklyn
Polvo de amor y huesos

Bilogia Celestial:
Cuando Cupido olvidó las alas
Cuando el diablo vistió de uniforme

Nací en Barcelona en 1974. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión, aunque escritora de vocación.



A principios de 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga «Loca seducción». Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en mi gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean a través de mis relatos.

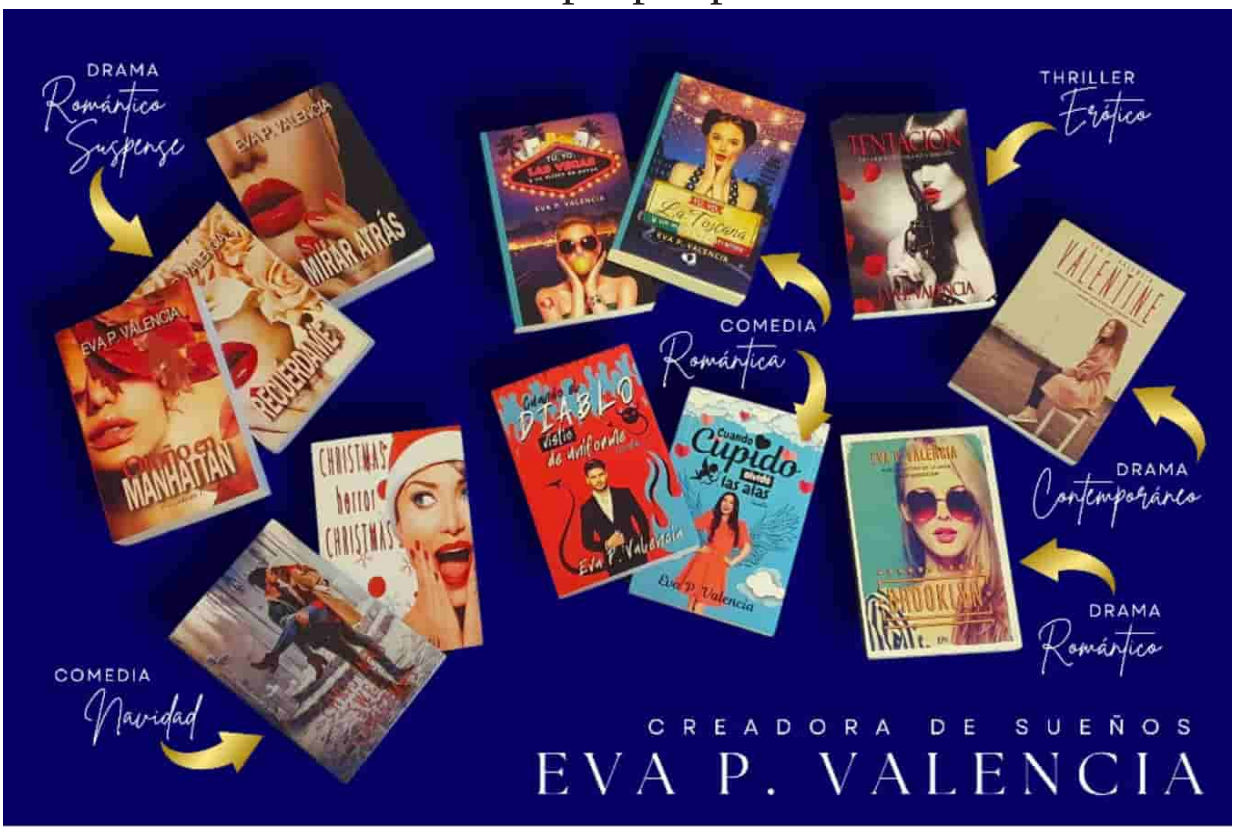
Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:
Facebook: *evapvalenciaautoranovela*

Instagram: *@evapvalenciaautora*
Web: *www.evapvalencia.com*



ATRÉVETE A SENTIRLAS

en tu propia piel



WINNER NEW ADULT 2022 THE WATTYS WATTPAD

MEJOR NOVELA NAVIDAD 2022 OCIO WEB "EL MUNDO"

FINALISTA NOVELA ROMÁNTICA 2022 EVENTO BOOK'S WINGS BCN

AUTOR REVELACIÓN 2022 BOOKSTAGRAMMER LECTURAS FRANCY

DOSSIER PITCH 2023 RODANDO PÁGINAS

www.evapvalencia.com